

**UNA AVENTURA SIN IMPORTANCIA**

*Sin el error*

UNA AVENTURA SIN IMPORTANCIA

A Marta Sánchez de Medina

.... pero don Paco no sentía la felicidad porque su tortura estaba justamente en la intimidad de su matrimonio: su mujer, además de celosa, estaba siempre insatisfecha del lujo que le rodeaba y del ritmo de sus goces carnales.

.... y don Paco era envidiado por ser dueño de varias fincas, por vivir en una casa con visos de palacio y estar casado con un mujer rica y hermosa.

Rica sí era, más que él; hermosa también en cuanto a volumen corporal, que no era tanto como la falta de armonía conjuntada. En su juventud la falta de belleza era discreta y la suplía con amabilidades y simpatías.

Aquella noche, don Paco, después de recontar los billetes recibidos por la venta de la cosecha de aceite, guardarlos en la gaveta de la cómoda, asegurarle a su mujer que le compraría la gargantilla de corales engarzados en oro, cerró las puertas del dormitorio y las del balcón y despojado de su ropas menos de los calzoncillos, se metió entre las sábanas tomando rápidamente su acostumbrada postura de descanso.

Doña Vero - así la llamaban acortando su nombre de Verónica - alargó en silencio un brazo y palpo suavemente el cuerpo de él; el tacto con la tela de los calzoncillos, hizo que la retirara rápidamente; lanzó un suspiro con envoltura de gemido y se atrevió a preguntar: - ¿Tampoco...?

Don Paco silenció la respuesta; parecía dormido. No lo estaba y tardo muchas horas en agarrar el sueño; allá por la madrugada fue despertado bruscamente por el tañido de la campanita de la Parroquia; su mujer se había echado de la cama muy alarmada porque la campanita estaba anunciando la agonía de una feligresa; luego se supo que Pepa, la viuda del Justo, moría dejando "solita en el mundo" a la hija con sólo dieciséis añitos, ¡una niña como quien dice!

Solita en el mundo porque la única familia que tenía era una hermana de la difunta, cargada de hijos y de miseria, que vivía en Baena.

“Solita en el mundo”, pero allí estaba doña Vero que “ardía en caridades”.

- Servirá en mi casa y cuidará de Verita, que cada día está más difícil.

- ¡Mujer...! - solamente dijo don Paco, y no sabemos si fue amonestación o alabanza.

Florentina, la huerfanita, abandonó su pobrísima vivienda: una cocina, un corralito y una salita que servía de alcoba, el suelo de tierra; en el patinillo, con honores de corral, un pozo y una raquítica parra; en la fachada, el hueco de una ventana sin reja.

Al salir de la casa <sup>donde</sup> había nacido, viviéndola con amor, había quemado la paja que durante años relleno el colchón donde dormía; desde la cama escuchaba a los padres que descansaban junto a ella en un catre grande con colchón de borra. Recordaba todo como si pasara en el momento.

- Justo, tenemos que <sup>reunir</sup> ~~juntar~~ para mercar un catre para la niña, porque en el colchón entre dos sillas, donde duerme, no puede descansar bien...

- ¿ Y como vamos a juntar ? Quedamos en comprar lo primero un burro porque con él, acarreando cosas para los señoritos, ganaremos buenos reales...

- El cuento de la lechera...

- ¿ Y fue cuento cuando en la vendimia de hace dos años, entre tú y yo, apañamos unos dineros para quitar las pajas de <sup>techo</sup> y ponerle las tejas ? Si en aquel entonces hubiéramos puesto una reja a la ventana para que Flor pueda pelar la pava cuando llegue la hora...

Su padre siempre la llamaba Flor; la mimaba y le cazaba pajaritos para guisarlos con arroz porque a ella le hacía ilusión desplumarlos y guardar las plumas y él decía riendo:

- Ya tienes una almohada y pronto juntaremos plumas para un colchón y entonces quemaremos esa paja que tienes ahora...

Y no pudo juntarlas porque la enfermedad abatió las ilusiones de la familia.

“ Algún día - pensaba - podré cumplir el deseo de mi padre: un colchón y un cubrepiés...”

¡ El deseo de su padre ! Lo voceaba constantemente; a veces, aunque era muy discreto en la ejecución de sus labores matrimoniales, parecía, al término de ellas tan satisfecho y contento que entablaba una conversación aunque la madre le había dicho desde el principio, muy bajita la voz:

- Justo, que la niña está despierta...

- Bueno, pero tú escúchame...

Y seguía hablando ya sin reparos:

- ... siempre he deseado, y tú también, tener la casa llena de niños y nos hemos quedado sólo con Flor..., mi ilusión más grande es llegar a viejo, como mi abuelo Rafael, rodeado de nietos... ¿ Te acuerdas de su entierro ? Entre dieciséis machos, ocho a cada lado, lo llevamos a hombros al cementerio y había que vernos a todos como cortados por la misma tijera: altos, morenos, bien parecidos y “reformíos”, ¡ unos jayanes de una vez ! y la gente nos miraba más a nosotros que a la caja donde iba el difunto... Pues eso, mujer, que parece que te has secado y ya no puedes seguir pariendo...

- Tú sabes, Justo, que los hijos los manda Dios.

- Pero echándole nosotros una manita... Si por lo menos tuviéramos ocho hijos más y los ocho machos..., pero al pasos que vamos, solamente con Flor, será difícil reunir por los menos veinte nietos ..., para mi entierro...

La madre se reía: - ¡ Cuidado con la manía del entierro...!

- ... pero mientras hay vida hay esperanza ¿verdad, Pepa?

- ¡ Quita, quita, vamos a dormir, deja los piecitos quietos y vete al filo del catre...

A Florentina le costaba trabajo dormir esas noches y enredaba sus pensamientos en cosas adivinadas, sabidas y deseadas.

Por la mañana todo volvía a la sencilla rutina: el padre salía a buscar algún trabajo y la madre a dar “medios días” a las casas que ya tenía apalabradas; la niña quedaba en la casa encargada de las haciendas caseras y jugaba con las muñecas, todas de trapo, confeccionadas por su madre y por ella misma. Todas no, porque su padre, una vez, en la feria de Lucena ,  
...

- He mercado esta muñeca para mi Flor.

- ¡Ay. Justo, gastarte el dinero teniendo la niña tantas muñecas...! - se quejó la madre.

- Pero Pepa, ésta que traigo tiene la cara de china y el pelo de verdad...

Una muñeca preciosa que sólo pudo tenerla en sus brazos el primer día o cuando tomaba el purgante de ricino como premio a su docilidad; entretanto la muñeca estaba expuesta en el vasar, junto a dos copas de cristal verde, dos tazas finas y los retratos de los abuelos.

Al volver la madre de sus trabajos salía Florentina a jugar con otras niñas; nunca fue a la escuela, ni siquiera a la “miga” y era feliz porque no sentía envidia y estaba pletórica de ilusiones.

Hasta entonces. Hasta el día que Justo se fue a bañar a la Laguna Grande, con la promesa de volver a la tarde con la capachita llena de bogas que pescaría para la cena.

Hasta entonces.

Y quedaron solas.

A Florentina le pareció que un pozo hondo y oscuro se abría bajo sus pies. Enfermó la madre y era ella la que salía a dar los “medios días” ; la mayor miseria se apoderó de la casucha, hasta la muñeca de cara de porcelana, las dos copas de cristal verde, las dos tazas finas y las plumas guardadas en un saco, fueron cambiadas por unas monedas que no alcanzaban para comprar medicinas. Las plantas de geranios, colocadas en un tiesto en el alféizar de la ventana, dejaron de florecer por falta de cuidados. Florentina sólo atendía a su madre hasta que una madrugada, la campanita de la Parroquia se lamentaba por la muerte de la feligresa Pepa, la viuda del Justo, la madre de Florentina que estuvo acompañada en aquel trance por el cura y por la vecina Anica ¡tan viejecita ya!

¡ Doña Verónica, qué bondadosa !

¿Y don Paco ? Se ocupó del entierro pero doña Verónica avanzó más: costeó la Misa de los nueve días.

Florentina podría estar satisfecha del comportamiento de tan buenos señores, que, hasta le habían dado trabajo en su propio hogar; un trabajo delicado pues tenía que cuidar y distraer a la pequeña de la casa, única hija de escasa salud mental y de fuertes e inesperados contratiempos; hacía falta una persona que exclusivamente cuidara de ella. Florentina podría ser la indicada y lo fue por su instinto maternal y carácter bondadoso; Verita podría ser para ella como una muñeca o la hermana que nunca tuvo; se entregó a la tarea y al decir de los observadores, la pequeña iba adquiriendo tranquilidad y mansedumbre, signos de manifiesta mejoría.

También era manifiesta la transformación de Florentina; ya no era la muchacha pálida, delgaducha y desgarbada porque doña Vero se interesó por su alimentación, por caridad y “ porque poniéndola fuerte me sirve de descanso. Y hasta mi Verita está a gusto y se deja llevar y peinar sin llantos ni patadas como antes”.

Y era así: la niña era feliz al cuidado de Florentina que la mimaba hasta en los momentos en que la pequeña sufría arrebatos de ira, cuando se tiraba al suelo; entonces Florentina fingía creer que aquello era un juego y se tiraba también y también se mesaba los cabellos y gritaba; la primera vez que esto ocurrió, doña Vero, indignada dijo:

- ¿En vez de una loca tengo dos?

Y Florentina humildemente contestó, mientras besaba a la niña:

- Estamos jugando ¿Verdad, Verita?

¶ Verita juntó las cejas y dijo con amargura:

- No estoy loca, no estoy loca...

Y doña Vero se retiró en silencio.

Según el médico aunque la niña mejoraba en conducta el mal iba avanzando con prisa.

Y doña Vero, continuaba su vida apacible y holgazana, cultivando en su corazón deseos que nunca satisfacía en plenitud y paz.

Y don Paco, frecuentando el café con sus amigos, vigilando el laboreo de sus fincas y compartiendo políticamente los avatares y beneficios del pueblo; sólo le inquietaba la enfermedad de su hija y las exigencias carnales de sus esposa a la que le costaba mucho esfuerzo corresponder.

Florentina y Verita paseaban por los campos, por las calles y a veces llegaban a entrar en la pobrísima casa donde la ventanuca del cuarto seguía sin reja y los jaramagos se multiplicaban por las tejas del alero; asomaba la vieja Anica a la puerta y charlaban un ratito, entretanto que la niña acariciaba al gato recostado en el asiento de la silla de enea.

Florentina quería a la niña con ternura de madre y sólo pensaba en el bien que pudiera hacerle aún a costa de su descanso. ¿Qué le importaba a ella que Joseíto, aquel zagalón que entraba en la casa haciendo encargos para el cortijo? Ni había reparado en él hasta el día que Verita, al verlo entrar dijo:

- Joseíto es bueno porque me trajo un grillo en una jaulita de cartón...  
- y al terminar de decirlo, repentinamente se enfureció.

- ¿Por qué, Verita? ¿Por qué? ¿Por qué te pones así si dices que es bueno...?

- Porque mi mama mató al grillo.

Florentina por eso habló a Joseíto :

- Tráele a Verita más regalos de grillos que yo cuidaré de que no molesten a la señora.

Joseíto, un zagalón grandote y bellissimo la miró con ojos de hombre y ella bajó la cabeza; se llevó a la niña a pasear mientras iba paseando en aquel deseo de su padre: "...hierros en la ventana para que Flor pudiera "pelar la pava" cuando llegue su hora".

¿Acaso habría llegado su hora? ¿Sería Joseíto su destino? Al pasar después por la antesala se detuvo delante del espejo grande que colgaba sobre la vieja consola de madera negra.

Se gustó.

Se gustó mucho: tenía, como su padre los ojos negros como la endrina y el cabello como rayitos de sol amontonados en su cabeza, como la madre; con solo su pelo y sus ojos ya era bonita, pero había más; el corte de su cara, la nariz, la boca, los dientes, el cuello, la cintura..., se gustó y pensó... Sí, se atrevió a pensar que en la casa donde servía había hermosas ventanas con rejas y que doña Vera no le importaría, cuando llegara la hora, que las utilizara para "pelar la pava" con Joseíto. Y aquella noche soñó con él.

Y desde entonces, casi todos los días se hacía la encontradiza en el portal al salir a pasear a la niña.

A Joseíto al verla se le incendiaba la cara.

A Florentina también.

Lo de Verita fue muy rápido y muy triste. Una fiebre altísima y en unas horas Florentina se quedó sin su niña, huérfana de nuevo y otra vez solita en el mundo.

Solita no porque doña Vero la tomó de doncella.

- ¿Para qué necesitas tú una doncella?

- Podemos pagarla y es como una obra de caridad pensando lo bien que se ha portado con Verita...

Como doncella quedó y su nuevo trabajo le impedía hacerse la encontradiza con Joseíto; por eso lo veía poco pero de cada vez quedaba más impresionada por la apostura del zagalón; soñaba con hablar con él despacio para escuchar sus palabras proponiéndole el noviazgo; ella entonces le diría que los dos eran muy jóvenes y contestaría que como era hijo único y de viuda se libraba del servicio militar y que .... Soñaba, soñaba. Tal vez algún día despertaría en brazos de Joseíto.

Sueños, sueños; duele decirlo: sueños.

Había llegado el estío con su corte de colores.

La parva, la trilla, el sudor.

La era.

La casa de don Paco tenía la era muy cerca y a su espalda. Al terminar la labor que fue muy difícil porque el viento se hizo el remolón, y como en el pueblo había festejos verbeneros, don Paco pensó darle asueto a los gañanes, mientras él quedaba al cuidado de todo hasta que ellos volvieran <sup>Paco</sup> a dormir.

- ¡ Ah ! - decid en mi casa que me traigan una manta que también voy a dormir esta noche aquí.

Dieron el recado en la casa, pero en la casa no había quien llevara la manta y doña Vero recurrió a Florentina.

- No te entretengas en peinarte; recógete las greñas con una cinta - rebuscó en su bolsillo y entre las avellanas y piñones que guardaba siempre en él para saciar su glotonería, había una cinta ancha y roja - tómala.

Sobre el cogote descansaba el pelo recogido con la cinta hecha una lazada.

- Parece que llevas un manojo de amapolas.

Florentina rió complacida y le brillaron de orgullo sus ojos.

- No tardes en volver... Anda ligera que con el amo ha quedado Felipe el lucentino y tienes que llegar antes de que él se vaya...

La era estaba cerca, la atardecida fresca y don Paco solo, porque a Felipe lo habían llamado desde la lomilla y tuvo que irse rápido.

Doña Vero estuvo torpe, muy torpe, ¿se iría el Felipe antes que llegara Florentina? De todas formas, aunque el esposo era tan dado a mariposear, no se iba atrever ni a piropoarla...; además en la casa ni tan siquiera la miraba ¡quiso tanto a la niña! ¡los dos le estaban agradecidos...! Pero no tenía por qué preocuparse: el Felipe estaba allí y además ella volvería enseguida, así que no la esperaría. Se marchó a curiosear la verbena.

Doña Vero estuvo torpe sabiendo las inclinaciones del marido y el lazo rojo, el cuello fino, el talle armonioso y el azabache de sus ojos...

Don Paco tasó la belleza de la moza.

- ¿Traes una manta?

Se la alargó y él la extendió sobre la paja.

- ¡Que hermosa luna y como alumbra!

- Todavía no es de noche, señorito.

¡ Y tanto que no era de noche con aquel lucero del amanecer que se le había presentado de improvisó !

- Todavía no; anda, siéntate aquí un ratito y cuéntame tus cosas.

Se lo dijo en tono paternal y ella quería obedecer de buen grado, pero las observaciones que le había hecho doña Vero, la contuvo: - Tengo que irme enseguida... - dijo haciendo movimiento de volver.

La detuvo por el hombro.

- Es solo un momentito...; dime ¿tienes novio?

Florentina pensó en Joseíto, ¡con qué orgullo hubiera podido decir: Sí.

Negó con la cabeza, humillada.

- ¿Cuántos años tienes?

- Ya cumplí el otro día los dieciséis.

- ¿Sí? ¿Y no le hemos celebrado con el ratoncito Pérez?

Florentina rió a carcajadas. Era la primera vez que la oía reír y su risa espontánea le avivaron sus indomables deseos.

La tomó por la cintura.

- ¿Te gusta...? - la manoseaba.

Ella estaba aterrada. El era diestro y rápido; con la mano le tapaba la boca y con la otra la despojaba de sus ropas...

La Luna y una miríada de adelantadas estrellas fueron testigos de la felonía.

12

Doña Vero no estaba en casa.

Petra, la encargada de la cocina, tomaba el fresco en el patio.

-¿Ahora vienes de la era? -preguntó.

-Ahora... -y la muchacha se internó por el lavadero para entrar en el excusado.

-¿Quién estaba con el señorito?

Petra no oyó la respuesta.

-La juventud de ahora sólo piensa en las musarañas -y continuó balanceándose en la butaca.

En el patio no había encendida ni una luz, sólo alumbraban las estrellas y la luna y con tal intensidad que se distinguía claramente el paseo que una salamanquesa daba de la pared al grueso tronco del viejo jazmín, pero no lo suficiente para que Petra pudiera observar, en el rostro de Florentina, la indignación y dolor que reflejaba cuando volvió de su quehacer íntimo.

-Estás muy callada Florentina ¿encontraste a alguien por la vereda? ¿No te vas a asomar a la verbena? ¿Desde cuándo no ves a Joseíto?

La contestación de la muchacha fue un llanto incontenible.

Y Petra sonrió ;lo que a ella se le escapase..! Era observadora y curiosa; el zagalón le gustaba a la Florentina... "¡Toma y a mí! ¿Porque ya pasé con rebose de los cuarenta? Pues bien que me acuerdo y paladeo los buenos ratitos con el Andrés y con Pedrón y con el Carloto y con otros y una sabe donde hay calidad y Joseíto, aunque no lo he catado, sé yo que es de lo más "calioso". Nunca di escándalos, ni las piedras se enteraban y si no hubiera sido así ¿cómo iba a estar trabajando en esta casa? Y el amo ni tan siquiera me mira, sin quererse acordar de nuestros juegos en el olivar del cortijo San Cayetano... ¡Si me hubiera dejado preñada! ¡qué bien viviría ahora con mi casita, con una buena viñita, como la que le regaló a la Consuelo..!

Seguía Florentina hipando y dudando si se confesaba con la buenaza Petra que hacía de madre con ella y parecía quererla.

-Bueno niña, no llores más, que como Joseíto los hay a millares y si es de ley volverá... -y agregó alegre: -¡Mira por donde asoma! Entra, entra muchacho, que te esperamos como agua de Mayo...

Florentina escapó a las habitaciones altas y Petra quiso explicar:

-¡Cosas de chiquillas! Llámala y verás como viene...

-¿A quién tengo que llamar -preguntó atónito el zagalón.

-¿A quién va a ser? A la Florentina.

Seguro que enrojeció el muchacho pero se atrevió a decir:

-Es que vengo de casa del aperador con el encargo de que recoja aquí su mochila y que la lleve a la era.

De esta conversación no se enteró la niña y cuando Petra subió, concluida y recogida la cena de doña Vero, fingió estar dormida. Se había acercado Petra a la cama y la contempló a la débil luz que entraba de la mariposa de la antesala; suspiró y se dijo en su pensamiento: "Así era yo a su edad y me desgració una tarde bajo un olivo el señorito Los ~~de~~ **T**ueros ¡maldito sea! ¡para él fue una aventura sin importancia y para mí la desgracia de ser una puta escondida..! ¡quiera Dios que lo de Joseíto se arregle y sean los dos felices, aunque nunca junten ni un real y aunque pasen hambre!

El encuentro con don Paco fue al día siguiente durante el almuerzo. Al ir a servirle la sopa, le temblaban las manos y parte se derramó sobre los limpiísimos manteles.

-¡Torpe! ¿En qué piensas? -chilló doña Vero.

Él ni siquiera la miró.

Más tarde se encontraron en el desierto vestíbulo alto y él

dijo en voz queda:

-Ya hablaremos un día.

La niña Flor lloraba en la soledad del cuarto que compartía con Petra.

La vida en la casa seguía monótona y plácida menos para la niña Flor siempre aquejada de vómitos y molestias.

Una noche, doña Vero, lagotera y mimosa suplicaba a don Paco correspondencia para su cuerpo, y él, en tono glacial le reprochó:

-¿Por qué no te cuidas más? Me molestan tus besos porque me pincha tu bigote.., ¡cuídate, por favor, Vero..!

-Antes no te molestaban mis besos..; vas cambiando con los años...

-Yo no soy viejo.

-Ni yo vieja y me sigues gustando como siempre y nada tuyo me molesta, ni siquiera tus ronquidos ¡hijo que parecen un terremoto!, me despierto y me acerco a ti y tú ni te das cuenta de que te beso los brazos, el hombro y te cojo una mano y no me rechazas y la pongo en mis pechos y tú ¡roncando! Ni te das cuenta cuando algunas veces lloro.

-¿Lloras? ¿Por qué?

-¿Por qué va a ser? Porque necesito tus caricias, porque sabes muy bien que mi cuerpo necesita del tuyo, porque me pregunto que si me quieres, porque envidio a las otras, a las que buscas, porque no puedo dormir teniéndote tan cerca y tan lejos, porque no me importa que cuando me abrazas en la cama pienses que estás abrazando a otra, que cuando me das el placer en silencio desearías decir algo pero a otra y soy yo la que hablo tonterías y te digo: -¡Niño mío! ¡mi gloria!

Don Paco se había sentado en el lecho; encendió la luz y la miró compasivo; alargó una mano y se la pasó suavemente por el

vello crespo del labio superior de ella.

-¡Vero, Vero..! -decía dulcemente.

*estos párrafos no  
tan separados*

Ella lloraba encogida.

Él miraba el cuerpo huesudo, el triste rostro empapado en lágrimas, el pelo revuelto y mojado por el llanto, y compadecido, buscó los senos largos y flojos..; le pidió perdón por no poderla complacer.

Fue el despecho el que le hizo a ella escupir:

-¿Cuándo preñaste a la Florentina?

Él se sorprendió.

-¿Cuándo y dónde? -insistió ella.

Y él, cínico y cobarde, respondió:

-No tengo culpa alguna.., me sonsacó y respondí ¿qué iba a hacer?

*aquí espacio*

Florentina volvió a su pobre casita en el atardecer del día, cuando el sol resbalaba su luz sobre los jaramagos que habían crecido en el alero del tejado.

Doña Vero había sido muy generosa dejando que se llevara los dos vestidos y otras ropillas, amén del velo de tul, del delantal de puntillita y las sandalias de piel.

-Doña Vero tiene un corazón de oro.

-Doña Vero no sabía que estaba abrigando en su casa a una víbora.

-...y que una criatura como la Florentina, tan llamativa, es la perdición de una familia...

-¿Don Paco..?

-¡Bah, don Paco!

...era un hombre ejemplar: su casa, su trabajo, sus amigos, su cumplimiento con la iglesia..; no le hacía mal a nadie y era muy limosnero.

¿Lo de la Florentina?

Ella misma se lo había buscado por no respetar la casa de sus bienhechores; ella misma se había labrado su deshonra.

*Aquí mas espacio*

Cuando entró en la soledad de su casa, apretó los labios, tragó saliva y lágrimas, cerró cuidadosamente la puerta de la calle y abrió la del corralito. Un puñado de aire le azotó la cara; en la barda un gorrioncillo piaba alegre escarbando entre unos yerbajos que habían nacido en una ranura de la tapia. Tapia estrecha y baja como correspondía a la pobreza de la casa; el suelo a su libertad de guijarros y tierra, recreo de bichejos, espinos y jaramagos; una olla desvencijada se mostraba hueca en su abandono; Florentina la movió con el pie y se le alteró un nido de inquietas lombrices; la olla, en tiempos estuvo plantada de geráneos blancos, y fue el orgullo de su madre.

Se miró a sí misma: ya no era una flor, ni siquiera un jaramago; ella, como la olla, estaba hueca; rodaron sus sensaciones de abandono y vergüenza como si fuera una noria invisible y silenciosa.

-¿Quieres abrirme la puerta? Me gustaría hablar contigo -le habló desde el patio vecino la anciana Anica, que tanto le había ayudado en la enfermedad y muerte de su madre; la vieja costurera que le enseñó a coser y a hacer vainicas, respuntes y punto de ojal.

Le abrió la puerta, Florentina llorosa y conmovida. La niña volcó en ella su angustiado corazón.

-...me han echado los dos.., don Paco me llamó arpía y mentirosa y doña Vero dijo "que se vaya a vomitar a su casa", y he salido de allí con mi lío de ropa y mi desgracia...

-¿Piensas abortar..?

-¡Ay, tía Anica!, si todavía no se mueve y ya la quiero ¿cómo podría yo..? De todas formas la vergüenza la estoy pasando porque todo el pueblo lo sabe... Don Paco niega ser el padre y la gente hace como creer que yo pretendo sacarle los cuartos..; yo sé trabajar y no lo necesito para nada..; algún día le pediré Dios cuentas de sus acciones.

Anica se había sentado en una silla limpiándola, previamente de polvo, con su delantal; Florentina seguía hablando, sin descanso, de su desgracia; al fin pudo decir la anciana con voz pausada:

-Tener un hijo es la gracia más grande que le concede Dios a una mujer, te lo digo yo ;un hijo, aunque sea como el tuyo y el, de tantas otras desgraciadas..! Escúchame tranquila y piensa en lo que te voy a contar: yo, como tú, fui hija única y me quedé, como tú, sin padres cuando más los necesitaba, en la flor de la vida. Mi Curro tampoco tuvo hermanos; nos casamos, murieron sus padres y nos quedamos, como quien dice, solos en el mundo. Mi Curro era una hermosura y yo tenía "mi aquél", así que formábamos una bonita pareja. Cuando quedé preñada me sentí la mujer más feliz del mundo, quiero decir que nos sentimos felices, porque mi Curro desde que lo supo estaba más alegre que unas castañuelas y cuando volvía del trabajo del campo lo primero que hacía era alzarme las bajeras para besarme el vientre... ¿Y yo? Yo me decía continuamente, voy a ser madre y miraba embelesada a todos los pequeños y se me saltaban las lágrimas de emoción; conforme iba creciendo dentro de mí y se me agrandaba la barriga, me ilusionaba más, y cuando lo sentí moverse por primera vez, estaban tocando a oración las campanas de la iglesia y dije en voz alta, aunque nadie me oía: "¿Tocan por mi niño o es que mi niño las ha sentido y quiere ir a la iglesia?". Y fui allí, sin pensar que cuando mi Curro volviera al no encontrarme esperándole se iba a preocupar... Me entré en la iglesia y cuando en las Ave María, madre de Dios, yo decía en el pensamiento: "Anica madre del Currillo..." A la vuelta ya estaba mi Curro en la casa: "¿Dónde has estado?" "Con el niño en la iglesia...". Él se rió y me dijo: "Se te están aflojando los tornillos..." "¿Y a ti, no?", le pregunté yo, y él me pasó su manaza por el vientre: "A mí, también". Mira Florentina, tú no te acordarás de él porque cuando pudiste conocerlo llevaba ya unos años que no se movía del sillón porque estaba baldado por mor del mal de los huesos, pero mi Curro era rubio como un almiar y tenía el sol dentro de los ojos ;cómo le brillaban!, era derecho y alto como un ciprés y las manos..., eran unas manazas callosas pero cuando me tocaban eran de seda como la pechuguita de un gorrión, como las alas de las mariposas... Y yo le pedía al Señor: "¿Qué sea el niño como su padre..! ;Ay, Florentina, sentir que se mueve, no hay gusto más

fino ni más grande en este mundo que se le pueda comparar! En mis ratos de holganza, que eran pocos porque yo desde niña iba a las casas ajustada para coser, preparé el ajuarito más primoroso que hice nunca y mi Curro que era muy mañoso le hizo una cunita de madera de olivo ;más preciosa! Todavía la guardo y está sin estrenar porque... porque...

Anica se llevó la punta del enorme pañuelo de yerbas, a los ojos para enjugarse el llanto que le brotó al llegar a ese punto del relato.

Florentina escuchaba con emoción contenida sentada junto a ella y acariciándole un brazo.

-...pasaron los nueve meses y todo preparado pero el parto se retardaba más de lo debido según Isabelota que entonces era la comadrona y hubo que avisar al médico..; a un hospital de Córdoba me llevaron y allí se liaron con el niño (porque era un niño), que me lo sacaron muerto y yo no la espiché por milagro pero quedé destrozada por dentro y además inútil para siempre... El hatillo que hice tan primoroso sigue guardado en el arca y la cunita que el padre le hizo con tanto arte todavía cuelga del techo del cuartichín que nos servía de desahogo para guardar los trastos; yo lavaba de vez en cuando el ajuarito para que las camisitas y pañales no se pusieran amarillos y mi Curro le sacudía el polvo a la cuna todos los años y de vez en cuando le daba barniz; ni la prestamos, ni la vendimos, ni la regalamos y tampoco la ropita ¿cómo íbamos a dar unas cosas tan sagradas?

Guardó Anica un largo silencio hasta que digo:

-Florentina, mañana vas a mi casa y te traes la cunita de mi Currillo; luego sacamos del arca la ropita y te encargas de lavarla y plancharla; y ya habrá tiempo de buscar alhucema para darle buen olor...

La obligación del pobre es bajar la cabeza y decir amén. Así explicaba Anica su filosofía de la vida: el dinero es el rey del mundo. De nada sirve querer andar un camino derecho porque te tuercen a la mitad y si te caes tienes que seguir un camino torcido y a rastras.

Anica con estas explicaciones no quería que Florentina creyese que estaba de acuerdo con el pensar y decir de su tía Manuela que había venido desde Baena por enterarse bien de lo ocurrido; Manuela incitaba a la sobrina que recurriese por las buenas o por las malas a don Paco "...que se haga cargo de la criatura y que te tenga en este pueblo o en otra parte como te mereces, como una reina..."

Anica, quizá por sus muchos años o porque en su oficio había tratado a mucha gente, opinaba que nada de precipitarse que había que darle tiempo al tiempo que todo lo allana.

Otro día don Juan el cura llegó a visitar a la anciana según acostumbraba hacerlo de vez en cuando. Florentina le abrió la puerta y al verlo sintió que todo su pelo se había convertido en alfileres que le pinchaban la cabeza y la bajó avergonzada, con el rostro arrebolado y queriendo esconderse de las miradas del cura a su vientre, ya muy abultado.

El cura quiso disimular su propio azoramiento y saludo en tono jovial.

-Que Dios os guarde.

-Venga usted con Él, don Juan.

Anica estaba acostumbrada a las esporádicas visitas del cura que le proporcionaba clientela de la buena, la que después de pagar mandaba buenas regalías en agradecimiento y le abastecía la despensa, y la obsequiaba con frutos de huerta. Era costumbre de aquellas señoras hacerlo desde que quedó viuda, al amparo del cielo.

Preguntó el cura por su salud y por su trabajo.

-De salud, don Juan, va una renqueando y de trabajo, gracias

a Dios y a usted, no me falta y así voy tirando con la ayuda de Florentina, que remienda mejor que yo y que se encarga del arreglo de la casa, todo de balde porque no me admite ni un perro chico.

Seguía Florentina con la cabeza agachada, con cara del color de la amapola y con un ligero temblor de sus manos, que no habían dejado de dar puntadas en la tela, pregonando su estado nervioso.

-Florentina, hija mía -dijo el cura dirigiéndose a ella- cuando uno cae procura levantarse..; lo tuyo es difícil y tengo que pensar en que estarás arrepentida.

(La niña no podía hablar, sólo pensar aquello de "la obligación del desgraciado es decir que sí a todo").

-...nacerá la criatura y procuraremos ayudarte cuanto esté en nuestras manos..; tienes que rezar mucho y venir por la iglesia...

-¡Ay, don Juan de mi alma! -interrumpió Anica- si no quiere salir a la calle para nada y tengo yo que ir por los mandados porque le da vergüenza de que la vean.

-La vergüenza, hija mía -amonestó el cura- hay que dejarla para otras cosas, y no para dejar de ir a la casa de Dios a rezar pidiéndole ayuda.

Cuando terminó la visita, dió Florentina rienda suelta a sus nervios llorando con enorme desconsuelo.

-No llores, hijita mía, no llores... Yo también me pregunto ¿cómo se admiten en la iglesia con honores a gentes tan malas? Golpes de pecho, golpes de pecho y el corazón lleno de víboras... No llores, corderita, que Dios lo sabe todo... -y añadió con amargura: -¡Y lo tranquilo que está don Paco!

*Es buen espacio*

Pues no. De tranquilidad no gozaba la casa de don Paco. Parecía, como suele decirse, que "se le había vuelto de espaldas el santo", todo se volvía difícil y engorroso en la casa: hasta

las minucias hogareñas, porque doña Vero se había destapado con un humor de todos los diables; no quería tener cerca ni a su gato, un hermoso felino atigrado que gozaba de todos los privilegios, hasta el de dormir en los cojines de damasco y de hacerse la manicura en las patas de la consola de madera negra que adornaba la antesala de las alcobas; el Micho era con la niña Verita los grandes tiranos de la mansión; después el Michi solo, ahora ni el Michi siquiera; doña Vero reparaba en flatas y faltillas, hasta el punto que, Petra, tan pegada a la familia por natural egoísmo, estaba pensando si tendría que despedirse del trabajo que tan muellemente había realizado tiempo atrás.

Don Paco apenas aparecía para comer y dormir y pasaba horas encerrado en su despacho con los papelotes; sus campos no rendían como antaño, debido a la revuelta atmósfera que parecía haber perdido su exactitud periódica.

-¿Cómo no llueva este otoño..!

Petra llamó al despacho: -Señorito, ¿se puede?

Petra para poder vivir había aprendido a olvidar, porque de aquellos arrumacos y dengues de sus años mozos, cuando él le decía: "Petrilla, vales un cortijo", y ella le contestaba "Paco, con un olivar me conformo..." Que las cosas no siguieron adelante porque ella no quiso dar disgustos a sus padres y dejó de hacer locuras ¿y qué sacó de su decencia?: hambre y desprecios porque ningún hombre de bien, con buenas intenciones le dijo "por ahí te pudras..." Ahora tenía que decir: "Señorito, ¿se puede?"

-¿Qué pasa, Petra? -contestó de mal humor.

Ella entró, con ademán humilde y servicial, dijo:

-Que el capataz del cortijo grande manda a Joseíto con el parte de que al Jeremías se le ha muerto la mujer en Lucena.

-¿Y yo que tengo que ver con el Jeremías ese? Ni siquiera lo conozco...

-Es un jornalero de la cuadrilla que trabaja en el cortijo.

-¿Y qué...?

-Que le ha quedado un hijo de cinco años pero que es "fartusco" y como no tiene a nadie que cuide de él, pide al señorito que le permita llevarlo al cortijo que le asegura que el

chiquillo no le va a perjudicar porque es muy noble...

-Bueno, que lo lleve y que lo tenga allí mientras tenga trabajo, y que cuando se acabe se vaya con el niño a otra parte...

Doña Vero fue más cruel: -¿Un niño con la cabeza "destornilla"? No dejaré trabajar bien al padre ni a los de la cuadrilla ;si sabré yo lo que es un niño de esos! ;Bastante que hemos sufrido con mi Verita de mi alma!

Petra, naturalmente, aunque nada dijo, pensaba de otra manera: un niño sin madre y con esa falta ;pobrecito! ;si yo pudiera cuidarlo..!

Doña Vero había entrado en el despacho a tiempo de enterarse del recado dado por la cocinera.

Aparecía vestida con su más elegante traje y enojada como una imagen de las que procesionan en Semana Santa; además muy bien rasurada y perfumada.

Don Paco se puso en guardia porque pensó: "Esta viene flechada a pedirme cuentas y a reponer atrasos", y con una levísima y forzada sonrisa <sup>ga</sup> le dijo: (sonrisa)

: -¿Vas a salir? Te has preparado muy bien...

-Me he preparado así para ir a la novena de la Patrona porque hoy me toca estar en la mesa petitoria, pero antes de irme quiero hablar contigo.

Algo escamado, él dijo:

-Te escucho, ¿qué pasa?

-Pues pasar, pasar, no pasa nada, si no que yo estoy de ti hasta el moño y quiero terminar de una vez este estado de cosas.

-Tú dirás..., explícate...

A don Paco la inesperada actitud de su mujer le sorprendió tanto que no acertaba a encontrar palabras, ni gesto o ademán para dar naturalidad de comportamiento. Ella se había sentado en una silla cercana a la mesa y jugueteaba con el precioso y pesado pisapapeles que le regaló hacía muchos años en un cumpleaños.

-Que no aguanto más el poquísimo aprecio que me tienes, que soy el hazmereir del pueblo, que me ha tenido que borrar de la catequesis porque me da grima tener que enseñar a rezar y decirle

a los niños que hay que respetar a los padres.

-Mujer, no es motivo...

-¡Tú, cállate, que yo te explique que en mi grupo hay dos niños, casi de la misma edad, que son hijos tuyos!

-¿Cómo puedes saber..?

-Sin que nadie me lo diga porque los dos son bizcos como tú, y con tu misma cara... Conque desde hoy vida nueva: no dormirás conmigo porque después de no hacerme caso, ni siquiera por cumplir para mantener el matrimonio, tengo que aguantar tus ronquidos y tus ventosidades, que no huelen a rosas..; he vivido hasta aquí de limosnas de tu cuerpo y ya se acabó porque no consiento más humillaciones y ésta última faena me la pagas.

-¿Qué faena..? <sup>no</sup> *acertó* a preguntar componiendo cara de inocente.

-¿Cuál va a ser? La de la Florentina que te tiene más preocupado que la sequía, porque no quiere recibir de ti ¡ni gloria!.., pero no te preocupes, hombre, que esa manera de hacer como que te desprecia, es pura comedia para sacarte una tajada más grande que las de las otras y si no se le desgracia el encargo, pronto tendremos otro bizco o bizca con tus mismos mofletes, como sus otros hermanos, porque tienes la gracia de marcarlos todos con los ojos torcidos.

-Pero Verita no ~~se~~ adelantó a decir.

Y ella, riendo sarcástica, le espetó:

-Es que tú no fuiste el padre de Verita.

Don Paco se levantó del sillón y fue amenazador hacia ella, que le detuvo defendiéndose con el pisapapeles, dispuesta a tirárselo a la cabeza, mientras decía:

-Pues sí, te engañé y tú, tan acostumbrado a desflorar mocitas, no te diste cuenta de que otro pasó antes que tú...

Estaba congestionado, estallante pero quiso saber:

-¿Y quién..?

-Te lo digo ahora mismito: un aceitunero más pobre que una rata a quien yo volví loco y con el que me revolcaba en la cuadra y en el molino todos los días... Mi madre lo echó del cortijo y no lo he vuelto a ver jamás... ¡ojalá nos hubiéramos casado, pero mi madre me ordenó que no bajase para nada de mi cuarto hasta que yo un día le dije: "Voy a tener un hijo, cásame por favor", y ella me dijo: "Te casarás enseguida pero con el que yo te

busque". Y te buscó a ti, invitándote a una fiesta en el cortijo, para celebrar la buena cosecha, con la gañanía y se te hinchó el corazón cuando supiste que la finca aquella y otras más eran mías porque las había heredado de mi padrino, mi tío Anselmo, viejo solterón que me quería mucho... Aquella misma noche empezaste a cortejarme y después a los pocos días dijiste que te querías, casar y mi madre puso reparos que si mi juventud, que si separarse de mí, pero que comprendía que un hombre podría llevar por delante la administración de mis fincas mejor que ella pues desde que murió mi padre el peso de todo caía sobre sus hombros y se sentía cansada... ¡Cómo te engañó!

*más fuerte* { -¡Hija de puta!

-¿Quién? ¿Mi madre o yo?

Intentó abalanzarse sobre ella loco de furor, pero antes de rozarle siquiera la tela del vestido, se derrengó sobre la silla que ella había ocupado.

-¡¡Putá...!!

-Sufre, sufre ahora por lo que me has hecho sufrir a mí... Y ya que lo sabes todo estarás conforme con la separación ¿no? Para tu consuelo te diré que podemos seguir viviendo bajo el mismo techo, pero que te pediré cuentas de mis fincas y te juro que el día que me hagas una charranada dentro de mi casa te echo a puntapiés de aquí aunque se escandalice el mundo entero.

-¡Putá...!

-Lo que sientes es saber que caíste como un chorlito y con tanta práctica como ya tenías, no te enteraste de que te daban mercancía averiada y eso es lo que te duele, tu orgullo de macho.

-Putá, reputa...

-Pues sí lo soy, como tú, pero nunca te he puesto en evidencia... Al principio de casarnos, aunque yo no olvidaba a Paco (se llamaba Paco, como tú), Paco el Aceitunero, procuraba apartarlo de mi pensamiento pero el corazón podía más y yo sufría mucho, y después como tu comportamiento iba de mal en peor y Verita tenía los mismos ojos que él y hasta me parecía que era él mirándome, no podía resistir tanto tormento y por eso decidí que cuidaran de ella personas ajenas...

Don Paco tenía la barba clavada en el pecho, juntas ambas rodillas y la respiración entrecortada.

-¿Y vas a seguir atormentándome?

-Sí, voy a seguir porque nunca después de hoy hablaremos de estas cosas y quiero decirte que te he sido fiel sólo en apariencia, porque no he disfrutado con tu cuerpo si no que me figuraba que era el del otro y que cuando me llegaban los hervores y decía "¡Ay, Paco de mi vida!" no era a ti, era a Paco el Aceitunero y gozaba igual que entonces.

-¡Putá...!

-Igual que tú porque también pensabas en otra siempre. Los dos tenemos el mismo pecado.

-Y le habrás contado todo al cura...

-Pues no, porque entonces tendría que acusar a mi madre que no consintió en casarme con el padre de mi hija porque era simplemente Paco el Aceitunero y tendría que acusarte a ti de no ser un buen esposo cumplidor de su deber conyugal ¿dónde queda mi culpa? ¿Por qué tuve que fingir desde el principio? ¿Por qué tuve que hacerte creer que una niña tan hermosa era sietemesina?

En aquel momento la campana grande de la Parroquia volteaba alegremente llamando a los fieles y parecía que sonaba solamente para llamar la atención del matrimonio; ella recogió presurosa el rosario que se salió del bolso al brusco y nervioso movimiento de sus manos y se dirigió a la puerta sin mirarlo; él volvió a repetir:

-¡Putá...! -y añadió con ronca voz -¡Te mataría...!

-Y yo a ti -dijo, y salió mirándolo con odio.

A Petra le había dado tiempo de correr silenciosamente al patio. Tenía por costumbre escuchar tras las puertas, así que se enteró de todo y se dijo con recóndito regocijo: "¡Anda, don Paco, que estás más adornado que una dehesa! ¡Y tener una que guardar el secreto para no perder la pitanza!)"

Doña Vero iba repartiendo sonrisas por la calle entre sus

amigos, que eran muchos, porque doña Vero, a pesar de que tenía mucho rango en el pueblo, era sencilla y afable con todos.

Doña Vero entró en la iglesia como una reina en su corte y se dirigió devotamente al Sagrario como hacía siempre. En la mesa petitoria, que ella iba a presidir, ya habían ocupado sus sitios las señoras que la iban a acompañar en tan devoto menester.

Y naturalmente hablaron entre ellas compadeciéndola.

-Es un ángel...

-No se merece el marido que tiene...

-Mujer, él no es malo..; como hombre tiene sus faltillas...

-Y que la culpa no es siempre de ellos, es que ¡hija!, se está poniendo la vida de una forma..., y que algunas mujeres se meten por los ojos.

-Eso es verdad.

-Y que Vero es muy cristiana y tiene mucho aguante.

-Es un ángel.

*Más espacio o empiezo otra hoja*

Tía Anica había cumplido con creces los setenta años pero seguía gozando de una robusta salud que le facilitaba el trabajo para vivir con relativo desahogo. Su clientela se mantenía fiel, pues aunque no utilizaban su arte para perseguir y disfrutar de la moda, seguía siendo la costurera ideal por el primor que ponía en todos los casos; su clientela además agradecida a la prontitud y baratura, la compensaban con regalos; así, Anica siempre tenía abastecida la alacena de todo lo mejor, desde los torreznos en manteca en el invierno, hasta los platos grandes y hondos de gachas de mosto en las vendimias, amén de uvas, melones, garbanzos, huevos, leche, aceite; en resumen, ella sólo tenía de precisión que comprar el pan diario.

Naturalmente, por poquito dinero que recibía, en relación a la cantidad era mucho el que "guardaba en el calcetín". No lo negaba y decía que lo juntaba para que su entierro no fuera de caridad, si no como el de su difunto marido: con una buena caja, un buen nicho y lo que sobrara en misas para pedir por su alma.

Los trabajos, desde que se hizo público que ella protegía a

*serviera* Florentina, fueron amenguando, como igualmente las regalías; la sociedad no comprendía como un mujer tan decente como siempre fue Anica, ~~servía~~ de tapadera al pecado "Quién encubre, desea", y se decían unas a otras: -Estamos manteniendo a una indigna.

Claro que las más rebeldes daban ese achaque para liberarse de su contribución voluntaria.

Anica barruntaba que de seguir las cosas como iban, tendría forzosamente que sacudir el calcetín: "Tendré un entierro de caridad y me echarán al hoyo y aunque no tenga más que la misa de obligación, el Señor me pondrá a su lado".

Anica habló con el cura y él prometió hablar con aquellas señoras tan puritanas.

-Señor cura, yo no quiero ni limosnas ni regalos, sólo pido trabajo para las dos y que además cualquier día de estos hay una criatura más en el mundo.

: Cualquier día de aquellos podría ser y fue.

La niña Florentina sufría ya los terribles dolores del alumbramiento. Estaba en su casa durmiendo tranquila, cuando como una cuchillada lenta y profunda taladrándole los riñones la despertó bruscamente: "¿Qué es esto?", se dijo intentando incorporarse y comprendió enseguida: "Esto es que quiere salir para darse a conocer..."

Se echó de la cama y fue a llamar a Anica. Entre las dos prepararon la candela para el agua y el lebrillo para bañar a la criatura.

-Voy a por la partera... -dijo Anica saliendo a la calle.

¡Qué noche, Señor! Muchas estrellas en el cielo, una luna redonda de plata que parecía hacer muecas a la anciana, el silencio repentino de un grillo y el canto estridente del gallo del corral vecino; el aire era fresco y Anica estornudó; se ajustó el pañuelo negro que le encubría el ralo pelo de su cabeza y echó a andar sin miedo alguno; apenas se había separado de la casa, cuando un griot desgarrador de la niña le hizo volver y

*grito*

de pie  
entrar... Y no pudo salir más, porque Florentina estaba al lado de la cama, sujeta a los hierros del cabecero, abiertas las piernas y mirando despavorida el suelo mojado.

Pero a Anica le dio tiempo de recoger en su delantar a la hermosa criatura que llegaba con un llanto que alegró los corazones de las dos mujeres, y cuando Anica utilizó sus tijeras para cortar el cordón, dijo con una amplia sonrisa de su desdentada boca:

-¡Lo mejor que he cortado en mi vida de costurera!

*Un espacio pequeño y continúa la 29)*

Para Anica, que había recogido en sus brazos el cuerpecito palpitante del nuevo ser, la vida había cambiado; le rebosaba el corazón de ilusiones; se le escondieron los años con su corte de incapacidades y una singular juventud pedía aposento en su decrepito cuerpo como un vaho de primavera. Anica era dichosa, aunque la economía le venía mal y barruntaba que en cualquier momento tendría que pedir ayuda al calcetín. Sólo se alteraba su felicidad presente cuando alguna que se encontrara en la calle al hacer la compra le pinchaba con esta pregunta:

-Dicen que es una niña muy hermosa ¿tiene bizquera?

Anica que era comedida en el hablar, silenciaba el taco que se le venía a la boca y simulaba sordera.

Ella fue al Ayuntamiento para dar parte del nacimiento como asimismo a la iglesia para acordar el día y hora en que la niña dejara de ser mora para convertirse en cristiana.

Don Tomás, el cura, no puso obstáculo pero le preguntó por los padrinos.

-La madrina una servidora.

-¿El padrino?

-¡Ay, señor cura, que no tiene porque una servidora contaba con mi sobrino Eulogio, pero desde que hice lo que hice, no quiere nada conmigo.

-¿Qué ~~has~~ hecho, mujer? hiciste

-Pues que como mi casa y la de Florentina tienen los corrales separados sólo por un tabique medianero, pues yo misma con un hacha he abierto un portillo para pasarnos de una casa a otra sin tener que salir a la calle, y es que, señor cura, las dos nos ayudamos, somos como hija y madre ¿he hecho bien?

-Pues sí, has hecho bien.

-... y es que el Eulogio piensa, como es muy interesado, que no va a heredar mi casa ¡ay, señor cura, vivir para ver!

Al fin no había padrino.

-Pero como Dios está en todo -le comentaba luego a Florentina- y como yo me puse muy triste y empecé a llorar, el mismo don Tomás le preguntó al sacristán que se presentó en aquel momento: -"¿Quieres ser padrino de la niña de Florentina?" Ni lo dudó siquiera, "Sí, -dijo y luego con pesar me explicó- pero no puedo hacerle ninguna regalía porque el bolsillo anda alicaído -" ¡Y qué más regalo que apadrinarla! A la niña no le falta ni

gloria!".

Fue un bautizo muy silencioso pero Anica decía después que la iglesia se había llenado de música que Dios envió con sus ángeles del cielo y lo decía creyendo firmemente que estaba en lo cierto.

-... y hasta un rayito de sol que entraba por la ventana alta fue a posarse en la cabeza de Pepa en el instante mismo de echarle el agua bendita...

Lo del nombre de la niña tuvo por parte del cura alguna reticencia que Anica no receló.

-¿Qué nombre?

-Pepa.

-Será Josefa.

-No, señor cura, la vamos a llamar Pepa.

-Llamarla como queráis pero se escribirá en el libro Josefa.

-¡Pepa...! ¡Ay, don Tomás, que en el juzgado no han puesto reparos en el nombre!

-Allá ellos ¿Apellidos?

-Los mismos de la madre: Fernández García.

...y la Pepa, tragaba la lechecita de su madre ¡más bien! Durante las mamadas, Anica dejaba las faenas caseras o la costura, para mirar embelesada "el cuadro", sin conseguir dominar la emoción que envolvía todo su ser; aquello era volver atrás y sentir de nuevo las delicias de una maternidad presentida. Palpaba la presencia de Curro junto a su cuerpo y revivía aquellos días que él la consolaba acariciándole el vientre vacío y los pechos llenos de aquella leche que nunca probó su malogrado hijo.

-¿Por qué lloras, Anica? -le preguntó Florentina.

-No lloro..., bueno, sí, lloro de alegría de ver los chupetones que te da la Pepa.

Sonrió Florentina un poquito orgullosa de poseer tanta abundancia y riqueza en sus pequeños pechos.

Eran tan pequeños que Anica había dudado si podrían tener leche para la criatura; pequeños, redondos y duros como fueron los de ella en su tiempo; los juguetes de Curro que se enardecía con sólo adivinar por el escote la canalita de la separación. - "Para nada han servido" -decía ella con tristeza. -"Me sirven a mí estas palomitas blancas con piquitos de oro castaño que me saben a miel" -"A miel me sabía a mí su boca y a alas de mariposas sus manos grandes y duras para el trabajo, como suavísimas para tocar mi cuerpo. ¿Qué quedó de todo aquello? ¿Qué de aquellas palomitas? Pellejosas y lacias estaban ya y si él viviera le volvería a decir: -"Piensa en las uvas recién cortadas de la cepa y piensa en las pasas oscuras y arrugadas ...la dulzura de la vejez también es grande".

Anica, liada en sus recuerdos no se había dado cuenta de que estaban llamando a la puerta.

Abrió Florentina con la niña en los brazos y exclamó sorprendida:

-¡Petra, que alegría verte!

Y entró Petra, tomando seguidamente en sus brazos a la niña, saludando afectuosa a la anciana y sentándose amigable en la silla que le ofrecían.

-¿Quién te manda? -preguntó Florentina desconfiada.

-Nadie. Vengo por mi cuenta. A doña Vero le pedí permiso para visitar a mi tía Antonia y como vive por aquí cerca me he alargado para conocer a este primor de niña ¡qué Dios la bendiga y la haga una santa.

Poquito rato estuvo Petra con ellas y al despedirse le dijo a Florentina entregándole una moneda de plata:

-Toma estos veinte reales; son mi regalía para la niña.

-¡Por favor, Petra, no!

-¿Por qué no si este dinero lo he ganado yo con sudores?

Y se despidió rápida.

¡Ay, el calcetín de Anica que no podía engordar por mor del poco trabajo que entraba por las puertas para las dos mujeres!

¿Dos mujeres? Anica decía mujer y media y una niña.

Dos añitos había cumplido Pepa y Anica se acercaba ya a los ochenta temerariamente, por eso, apenas cosía y las haciendas domésticas pesaban todas sobre Florentina. ¡La pobre Anica, con qué prisas iba a reunirse con su Curro!

Y se reunió en una mañana cálida y bella; no tenía ganas de dejar la cama y Florentina notó en su cara los avisos de la muerte y salió con su niña para avisar al médico y al cura.

Todo fue sencillo y fácil porque la anciana lo tenía preparado desde siempre: su mortaja guardada en el arca y sus perritas reservadas para lo demás.

Florentina le entregó el dinero al sobrino de la difunta y éste dispuso todo conforme a su sentir: "La caja no tiene que estar forrada, ni pintada por dentro; se le cantará el gori gori como es costumbre y la meteremos en el nicho que se tapará con ladrillos y yeso porque los dineros que ha dejado no dan para una lápida".

Florentina sentíase culpable de aquella penuria y sabía que la amistad que la habían unido no fue del agrado de la clientela por lo cual dejaron de abastecer en parte la despensa y le escatimaron el trabajo.

El Eulogio era desconfiado y al hacerse dueño del misérrimo caudal de su tía y antes de que a esta la sacaran de su casa para el entierro, hizo que el portillo que comunicaba a las dos casuchas quedara tapiado y cuando fueron a tapar la caja, se acercó y viendo que algo brillaba en el pecho de su tía, se acercó más y observó que el brillo procedía de una modesta medallita de plata grabada con la figura de la Virgen María. Decidido le arrancó la medalla, no sin dificultad por la rigidez del cadáver, la apretó en sus manos después de contemplarla y al guardársela en un bolsillo dijo: -Las cosas de valor no deben tirarse."

Florentina, que había hecho un movimiento como para impedir el despojo, volvió a sentarse y renovó el llanto, ¡cómo le hubiera gustado explicar a las gentes presentes la historia de la medallita sin valor monetario pero símbolo de ternura y fidelidad. "De esta medallita no me desprendo aunque fuera a morir de hambre -dijo el día que volvió a la casa después de

haber vendido los aretes de oro que colgaron de sus orejas-  
porque esta medallita de plata me la mercó mi Curro en la romería  
de S. Antonio; le costó dos reales y desde entonces la llevo  
colgada de éste cordón de seda y no me la quito nunca ;a mi nicho  
me la llevaré!"

Florentina no supo impedir el despojo.

*Compués para pag. 34*

Empezó para ella una nueva vida llena de incertidumbre.

Pidió ayuda a la hermana de su madre sin resultado, porque, en resumen, cuando se vieron en Baena, a donde Florentina fue con la pequeña Pepa, su tía más o menos le dijo esto:

-Estás señalada para toda la vida, pues aprovéchate lo que puedas. Pídele al padre de tu hija que os mantenga a las dos...

Florentina volvió a su casa con el propósito de hablar con don Tomás el cura, el cual le dio ánimos y consejos:

-Señor cura, trabajaré en lo que sea, de jornalera, de moza, de costurera...

Por recomendación del cura tuvo de vez en cuando algún trabajillo, poco y malo y se vio obligada a comprar fiado en la tienda de comestibles. Las palabras de su tía la atormentaban "...y no llores que cada una traemos un sino y el tuyo está en ti misma si quieres ser ricachona o pordiosera".

Petra la visitó llevándole un mensaje de don Paco.

-Lo que quiero es que reconozca que mi niña es hija suya.

-Eso no lo hará, compréndelo ;con lo que él representa en el pueblo! ;Y tendría que reconocer por lo menos a tres de los que viven aquí!

-;Canalla!

Y fueron vanas las consideraciones de la embajadora.

-Es que lo tuyo resulta escandaloso; estás tirada siendo todavía casi un niña y encima eres orgullosa... ;Vamos, Florentina, quédate con estos billetes que te manda don Paco y punto en boca; él vendrá a conocer a la niña esta misma tarde y seguirá viniendo y no te faltará ni gloria.

Florentina se indignó: -¿Quiere hacerme su hembra? ;Antes me tiro a la vida!

-Pues no sé como te la vas a arreglar para criar a la niña.

-Trabajando.

-Ya habrás notado como te lo niegan a pesar de las recomendaciones del cura...

Bajó la cabeza sorprendida porque hasta ese momento no advirtió que cuando se ofrecía para trabajar era rechazada y a veces sin excusas; hasta ese momento no se dio cuenta de que

nadie le hablaba ni contestaba a su saludo.

La empujan al arroyo pero ni aún así tendría trato con el culpable de su desdicha: -Nunca le va a faltar a mi Pepa de nada a costa de lo que sea.

A costa de sus humillaciones.

Su sino. Se lo dijo su tía. Se lo dijo Petra.

Estaba decidida y un día cuando Manolo, el de la tienda de comestibles, que le fiaba porque ella era buena pagadora, le dijo: -Si tú quisieras te podías llevar de aquí toda la tienda sin costarte un real...

Y aunque llevaba días decidida, se sonrojó al decir:

-Quiero.

-¿Cuándo?

-Cuando tenga una mariposa encendida en el poyo de mi ventana...

Y se llevó la capacha llena: azúcar, café, arroz, aceite, harina, pan, jabón... todo de balde.

La casita estaba limpiísima. Por la puerta abierta del corralito volcaba su plata la luna; del corral vecino llegaba el aroma profundo de la "dama de noche". En un rincón bajo el vasar colocó a Pepa en su cuna. Descolgó de la pared los retratos de sus padres; el de él, de cuando fue quinto, el de ella el que se hizo en Puente Genil cuando estuvo allí sirviendo en una casa. Los colocó dentro de la alacena con las viandas que había traído de casa de Manolo. Preparó agua en una palangana, jabón y un lienzo limpio a modo de toalla.

La mariposa esperaba, en la mesa, ser encendida y colocada en la ventana, como señal.

Llegada la hora la encendió y con manos temblorosas la colocó en su sitio; luego se santiguó y abrió la puerta.

Manolo el de los ultramarinos era un solterón con fama de mujeriego y de mucha fachenda.

-Dios te guarde -dijo al entrar.

Ella no esperaba esas palabras y contestó con la voz muy apagada:

-Buenas noches -y se apresuró a retirar la luz del alfeizar.

-Le traigo a tu niña esta muñequita de goma -dijo él, entregándole el pequeño juguete.

Lo tomó, Florentina, emocionada y prorrumpió en llanto: - ¡Acordarte de mi niña, acordarte de mi niña! -y le echó los brazos al cuello.

-¡Amos, anda, que no es para tanto -contestó él sorprendido de aquella explosión de agradecimiento por una cosa que había cogida del estante pensando: "A la cría le gustará, y como no me la compra nadie..."

Y luego, al tener entre sus brazos el cuerpo de Florentina no supo disimular impaciencias y la llevó al cuarto. Ni siquiera ella se dio cuenta de que había sido despojada de sus ropas, de que la había manoseado brutalmente, de que su cuerpo se rendía en holocausto.

La luz se ponía cada noche y era visitada por quien pudiera entregarle tres pesetas por cada encuentro.

La fama de Florentina alcanzaba a los cortijos cercanos y se iba alargando a los lejanos y a los pueblos de alrededor.

-Mal andas, Florentina -habíale dicho don Tomás el cura- has escogido una mala senda pero aún estas a tiempo...

-¿A tiempo de qué? ¿De morirme de hambre? No escogí yo la senda, es el camino que me han dejado... Mi sino.

Cada noche se preparaba para su trabajo; arreglaba el catre, preparaba la palangana con agua limpia y el jabón de olor, el agua de colonia, los jazmines esparcidos en un plato y a punto la mariposa que habría de colocarla encendida en el alfeizar en

señal de que ella estaba disponible.

Y una noche al ir a colocar la luz en la ventana llamaron suavemente a la puerta con los nudillos y antes de abrir preguntó:

-¿Quién llama?

Y una voz de hombre respondió:

-Soy yo, Flor...

Así la llamaba su padre; así la llamaba Joseíto...

El corazón le brincó enloquecido ¿Joseíto? Se le aflojaron las manos y el vaso de la mariposa cayó al suelo esparciendo el aceite entre los ladrillos del mismo; se le doblaron las piernas y quedó arrodillada.

Siempre deseó y temió este encuentro que le llegaba tan tarde. ¿Le abriría la puerta? Ya estaba de pie delante y con sólo darle una vuelta a la llave...; le diría al entrar en el cuarto: -"Ten cuidado no resbales, que se me cayó al suelo la mariposa..." Le sonreiría y volvería a llamarla "¡Flor!...", como su padre la nombraba, piero esa palabra ahora y en labios de Joseíto era una blasfemia. *pew*

No giró la llave.

-¡Flor..., Flor...!

El muchacho no pudo oír el llanto ruidoso de ella, porque era mayor el ruido que hacían dos perros de la vecindad, enfadados.

-Eres una puta marrana que sólo te revuelcas con los señoritos...

Luego, un silencio de los animales en calma y unos pasos alejándose de la casa.

Fue una noche muy larga que pasó sentada en una silla baja, junto a la cuna de Pepa que sonreía plácidamente.

La novedad del pueblo era que por fin había llegado un médico titular y con él la tranquilidad a muchos hogares.

*sin espacio*

En cambio, en el de don Paco seguía existiendo un aire enrarecido desde que se tuvo la evidencia de la nueva vida de Florentina; doña Vero, que en su conciencia de gran señora no se permitía confianzas con sus servidores, no resistió más de una vez hacerle preguntas directas a Petra, la cual gozaba de lo lindo hablándole del encargo que le dio su esposo, de visitarla y entregarle unos billetes.

-¿Cuántos?

-No los conté ni cuando fui a dárselos en persona ni cuando se los tuve que dar devueltos al señorito.

-¿Qué no los quiso?

-No los tomó porque ella lo único que pide es que la niña sea reconocida por el padre.

-¿Quién sabe quien será el padre porque me han dicho que la niña no es bizca!

-No lo es, pero tampoco lo fue Verita... -añadió con falsa inocencia.

*sin espacio*

Doña Vero no supo interpretar el tono de Petra.

Ésta, ladina y cuca, fue observando cómo día a día se iba haciendo un sutil cambio en el comportamiento de la señora, no tan sutil porque a medida que avanzaba el tiempo se iba transformando el aspecto de doña Vero, que por fin, en uno de sus viajes a la capital pudo hacerse de un inofensivo depilatorio que dio a su boca frescura y famenil presencia; una peinadora venía cada semana a componerle el peinado y su tocador estaba abarrotado de perfumes y pomadas.

*sin espacio*

Doña Vero quería gustar.

*sin espacio*

Don Paco se dio cuenta del cambio pero no le dio la atención suficiente para que ella estuviese complacida; él, con aquello de que el ojo del amo engorda el caballo, andaba de una finca a otra vigilando las labores y muchas noches dormía en algún cortijo.

A don Paco la negativa de Florentina a su proposición de dejarse querer lo había estimulado doblemente, y estaba dispuesto a darle más dinero que a las otras, pero cuando ella se decidió

a "tirar por la calle enmedio" sintió cierto pesar por no ser el único que la gozara, y no sintió remordimiento sabiéndose culpable de la deshonra de ella, acallando la tenue llamada de la conciencia con aquello de <sup>que fue</sup> una aventura sin importancia, de no ser él, pensaba, hubiera sido otro.

Aquel día don Paco regresaba del campo antes de lo acostumbrado en él; venía marchoso montando su brioso caballo, satisfecho porque presentía buenas cosechas; se detuvo en el café de Pastor para tomarse una gaseosa fresca y pegar la hebra con algún desocupado; en el rebate de la puerta estaba con el vaso en la mano, cuando vio salir de la tienda de Manolo el de los ultramarinos, con un canasto al brazo a la mismísima Florentina y la sorpresa fue tan grande que a punto estuvo el vaso de caer al suelo.

¿Desde cuándo no la veía? Desde que salió de su casa, cuando era fina y delicada como una cañita de bambú; ahora es una mujer pero con la misma cintura estrecha que él abrazó con una sola mano aquel anoche en la era. Una mujer.

Llegó a su casa; su esposa estaba preparada para ir a la iglesia donde se celebraba una solemne novena.

-Dios te guarde, Vero -le dijo al dejar el caballo sin apenas mirarla.

-Ven con Él, Paco -contestó con su indiferencia habitual.

*SIN espacio*

Quedó solo en la casa y una inquietud nueva le hacía andar de un lado a otro como sonámbulo.

Petra observaba en silencio y evitando su presencia.

Que la cena fue silenciosa.

Que él salió a dar una vuelta y volvió pronto para leer el periódico antes de acostarse.

Que ella entretanto repasaba una revista de modas.

Que el ambiente no era el habitual.

La habitación del matrimonio, bonita y amplia, estaba amueblada con gusto y sencillez.

Don Paco, por rutina, se metió en el lecho acomodándose para dormir.

No podía; naturalmente que no podía porque la figura de Florentina y el recuerdo de su "hazaña", le habían espantado el sueño y alterado los nervios.

¿Qué hacía Vero delante del armario?

Vero... Vero... No la quería mirar pero sus ojos no se cerraban; ella se había soltado el moño y le colgaba la trenza que parecía de fuego a la luz de la lámpara del tcho; todo el cuarto estaba envuelto en un perfume penetrante y turbador.

Si él se insinuara...

Ella no se opuso.

Después no hablaron.

*este mismo espacio*

Petra era muy observadora y por eso se atrevió a decirle a doña Vero, que el médico nuevo parecía muy bueno y como era "voz del pueblo que la señora es santa por compasiva y limosnera, podría interesarse por el pobretico Jeremito, el matabichos, el hijo tonto del viudo Jeremías... *Jeremito*

*Vero*  
*que*  
A doña <sup>+</sup> le agradó la sugerencia que vino a resolverle lo que ella no sabía cómo hacer para poder trabar amistad con el médico al que había conocido justamente en la casa parroquial. ~~Fue entonces cuando~~ Petra notó <sup>Y</sup> ponía desde entonces especial cuidado en su arreglo personal. También observó que visitaba con más solicitud a los pobres feligreses enfermos en los que podía encontrarse con don Luis, que era joven, fuerte, guapo, machote. Don Luis era el vivo retrato del hombre que ella adoró y seguía adorando, el padre autentico de su llorada Verita, Paco el Aceitunero. Paco, su Paco del alma.

El médico y el Aceitunero.

Sabía las horas de <sup>VISITAS</sup> consulta y las de consulta; para traerlo a su casa ideó mil enfermedades que serían increíbles; la única enfermedad verdadera eran las pesadillas; eran el tener que contenerse para no pedir placer a su marido porque le sería negado; eran sus propias caricias íntimas que le producían más desasosiego que calma.

Y Petra, observadora, apuntó como enfermo ideal al Jeremito, el Matabichos, el hijo tonto del viudo Jeremías que vivía en una casa como un tabuco allá por el lado de la Fuente Nueva.

La misma Petra fue a avisar a D. Luis.

¡Qué ladina era Petra! Tras el ojo de la cerradura pudo calibrar las miradas de rendición que dirigía al apuesto doctor.

Y le salieron bien las cosas a doña Vero, gracias a que Jeremito jugando en la Fuente Nueva cayó al <sup>agua</sup> ~~agua~~, cogió un remojón con acompañamiento de fiebre y las visitas del médico y de la santa señora, tan caritativa y sacrificada, pudieron durar seis deliciosos días.

Pocos, para la ambiciosa señora.

Y Petra, muy fecunda en gloriosas ideas tuvo una:

-A mi me duele aquí -y se señalaba la espalda- en la paletilla y de noche me despierta la tos.., me tendrá que dar permiso para ir al médico y no sé de donde voy a sacar tiempo... ¡si viniera por aquí..!

A doña Vero le sorprendió la repentina enfermedad de su cocinera porque nunca la oyó toser pero en su interior se alegró de la poca salud de Petra y mandó un recado al médico.

Durante el enfriamiento del Jeremito habían <sup>Suprimido</sup> ~~seprimido~~ el tratamiento y ya eran Vero y Luis.

Pues el doctor no encontró nada anormal en Petra pero le recetó un jarabito y que no hiciera grandes esfuerzos y se le pasaría lo de la espalda.

De ese modo consiguió Petra una "pinche" para la cocina y disfrutar de salidas sin previo permiso. Doña Vero trabó con ella una amistad desde el día en que la oyó decir en tono sentencioso:

-Pues los maridos mujeriegos merecen que sus mujeres no les sean leales...

Luis y Vero.

Ella, plena de felicidad por creer haber encontrado a su <sup>P</sup>aco el Aceitunero, el mismo día de su entrega dijo alucinada y traspuesta: -¡Ay, Paco de mi alma!

Luis tuvo tiempo de pensar ¡qué rara fidelidad la de esta mujer!

Y don Luis, el médico joven, fuerte, guapo y machote, dio súbitamente en pensar que doña Vero padecía una enfermedad digna de estudio, y aún no se explicaba como pudo rendirse al acoso de aquella mujer.

No volvería a ocurrir.

*estuviera*

A don Paco le preocupaba que su mujer estaba siempore quejándose y necesitando al médico, y como él era una persona ejemplar quiso poner los medios para que recobrarla la salud, por eso acompañaba al doctor mientras éste ejercía su función; preguntó a la salida de una de estas visitas diarias y rutinarias:

-¿Es grave?

-Grave, no; delicado, sí... Ella es muy sensible y cualquier cosa, por insignificante que sea le afecta mucho... De no mejorar, convendría consultar con un especialista.

-Especialista ¿de qué?

-De nervios.

Don Paco, de pronto pareció comprender que los comportamientos de su mujer estaban regidos por su salud y así sus aberraciones, sus arrebatos religiosos, su amistad con Petra, aquel querer resucitar una juventud pasada a fuerza de afeites, potingues y lujosos vestidos, era de lo mismo. ¡Tate! ¿Y si pierde completamente la cabeza? ¡Menos mal que habían hecho testamento!

El especialista no encontró nada que pudiera inquietar a don Paco.

*estos espacios están bien*

Petra pasaba sus horas libres visitando amigas y por eso más que nunca estaba al corriente de los sucesos del lugar, de los cuales daba cuenta detallada a doña Vero que gozaba con ello, menos el día en que le dio la noticia del casamiento del médico.

Don Luis había faltado del pueblo sólo tres días al cabo de los cuales volvió con su flamante esposa llamada Dorita; el nombre de Dorotea no le gustó nunca.

Era menuda, agraciada, de carita infantil y de pronunciadas curvas sin ser sus carnes abundantes.

-Poquita cosa; él, vale más que ella, pero unos ojos tan

bonitos, tan parlanchines y risueños como los de doña Dorita hay pocos en el mundo.

*menos espacio*

Doña Vero echó una furtiva mirada al espejo de la consola y comprobó que por culpa de unas prematuras arruguitas en sus párpados que le achicaban los ojos, todavía le era fácil hacerlos, languidecer prometedores.

Petra hacía hincapié en lo bien que había caído en el pueblo la esposa del médico.

Otras de las ocupaciones de Petra era la de visitar de vez en cuando a Florentina para sacar a la niña de paseo. La joven pasaba un buen rato y agradecía la atención invitándola a una tacita de café recién hecho, porque sabía que esa bebida era para Petra, un vicio delicioso.

-¿Sabes que se casó Joseíto?

-No sabía que tuviera novia.

-Pues sí, la hija del Quino, una muchacha muy apañadita... ¿y sabes que se van de caseros al cortijo Grande?

-¿Cómo iba a saberlo?

*mas espacio*

Eso. ¿Cómo iba a saberlo si ella vivía orillada, apartada, desprendida de todo trato normal con el resto del pueblo?

Eso. Una noticia que alteró su espíritu, que le estrujó el corazón, que le arrancó lágrimas calientes y lentas.

Volvieron los recuerdos sañudos, violentos, en avalancha y se consideró la persona más desgraciada del mundo. Había perdido la gloria de ser madre de muchos hijos, como deseaba su padre; había perdido la dicha de ser esposa; lo había perdido todo; rotos sus sueños; quemadas sus ilusiones... ¡qué feliz hubiera sido con Joseíto! ¡qué profundos placeres hubieran gozado los dos!

No quería recordar, ni pensar, ni vivir; comprendía que la muerte era un bien; morir y dejar de sufrir vergüenzas, desprecios y humillaciones; no tener que poner nunca más la lucecita en la ventana anunciando que "la puta marrana está disponible"; no tener que seguir pensando ¿qué dirá la hija cuando tenga conocimiento del trabajo de su madre? No tener que bajar más la cabeza cuando sale a la calle y se encuentra con otras personas, no estar obligada a acariciar cuerpos que le repugnan... ¡y tener que sonreír siempre..!

Quitarse la vida es fácil; tirarse al pozo o abrirse las venas. "Eres una puta marrana que sólo te revuelcas con los señoritos". Nunca podía olvidar éstas palabras de Joseíto y si él supiera cuánto le había querido, cuánto lo quería todavía...

La idea de la muerte martilleaba tercamente su cerebro, que poco a poco iba transformando la desesperación angustiosa en una esperanza de paz; el sosiego del que deja de sufrir; la tranquilidad de la certeza de que termina todo lo malo.

Estaba decidida; no más pensar en Joseíto, en lo que pudo ser una felicidad completa; no más sacrificar su cuerpo y su espíritu.

Salió al patinillo. El pozo ofrecía cándido la frescura de su agua y el negror de su profundidad; apartó a un lado la maceta de albahaca y abarcó <sup>con sus brazos</sup> el brocal, húmedo aún de la cal que le <sup>había dado</sup> dio aquella misma mañana; estaba enloquecida y hubiera cumplido su propósito, si su hija no la detuviera con un llanto fuerte y sobrecogedor.

Corrió a la camita.

La niña soñaba.

*están bien los espacios*

Tres días pasaron sin que la luz de la mariposa apareciera en la ventana.

Decidida a vivir reanudó las audiencias nocturnas y aunque odiaba a los visitantes se doblegaba al gusto de ellos amable y cumplidora.

Su idea fija era ahorrar dinero para salir del pueblo y trabajar honradamente en cualquier otro. Era una idea fija y de constante tortura.

Llaman quedamente a la puerta. Se apresura a abrirla y a retirar la mariposa de la ventana; en la mesa del cuarto hay un quinqué y le aviva la llama; así pudo ver al visitante que ya depositaba las tres pesetas junto a la luz.

Las manos de Florentina temblaron al recogerlas; toda ella tembló al mirar al visitante ";Señor! -se dijo con tristeza- ;Si es un niño!"

-Cuántos años tienes?

-Catorce cumpliré dentro de un mes, pero soy un hombre y vengo a que me enseñes...

Florentina no supo por qué aquel muchacho tan jayán, fogoso y torpe le conmovía hasta sollozar.

-Volveré pronto -le dijo como despedida.

Clareaba el día.

*más espacio*

Ya contaba Pepa cuatro añitos; preciosa era la niña, el vivo retrato de su abuela. Pronto necesitaría amigas y había que llevarla a la escuela.

-¿Me la admitirán?

-Con dinero vale todo -le había dicho Petra y también el señorito de Los Laureles, la noche que pasó con ella hasta el amancer; cinco duros le dejó; cinco duros en una moneda de oro.

-¿Qué hago con tanto dinero? ¿Cómo lo cambio? Creerán que lo robé...

El de Los Laureles se reía y le dio varios consejos: salir del pueblo; valorarse más porque poseía cualidades, era fina, limpia, amable y lo mejor su candor y su inocencia.

-¿Inocente yo?

-Sí, Florentina, tienes una rara inocencia en esa bondad innata que te adorna.

*mejor espacio*

Ella no comprendía las palabras tan bonitas y raras del hombre; lo que entendió bien fue el consejo: "Márchate de aquí cuanto antes".

Salir del pueblo pero no para seguir con el mismo oficio; salir del pueblo para empezar una vida honrada. Seguro que el señorito de Los Laureles le ayudaría; él podía hacer posibles sus sueños y deseó con todas sus feruzas que volviera pronto.

Esperó en vano.

*fuertes*

El caballero de Los Laureles no volvió.

*está bien el espacio*

Florentina estaba triste. Le pareció que la tarde había ennegrecido súbitamente y que el silencio repentino dejaba oír el trotar de su loco corazón. Temía que llegara la hora de su

trabajo y también que su Pepa no se durmiera a la hora de costumbre porque estaba inquieta y juguetona; canturreaba y daba saltitos imaginando que lo hacía con el cordel de la comba.

Al pasar la barca  
me dijo el barquero:  
"Las niñas bonitas  
no pagan dinero".  
Yo no soy bonita  
ni lo quiero ser  
porque las bonitas  
se echan a perder.

-Mamá, tú eres bonita y no te has echado a perder, ni toses, ni tienes pupa; yo quiero ser como tú...

Florentina no podía hablar y la niña seguía cantando y saltando a la imaginaria comba.

-¿Quién te ha enseñado esa copla?

-La cantan las niñas en la plaza.

-¿Y cuándo vas tú a la plaza?

-Cuando me lleva Petra y juego con las otras niñas.

"Juego con las otras niñas", había dicho con expresión feliz; igual que ella de pequeña jugaba con las de su edad y también cantaba aquello de:

Jazmines y azucenas  
amapolas de colores  
cantaremos, cantaremos

a la reina de las flores, y preguntaba a las otras: "¿Dónde hay amapolas de colores? Yo sólo he visto las coloradas...". Algún día su Pepa podría enterarse de que su madre por bonita se echó a perder y ese día sería el más triste de su vida... Había que cambiar de vida.

La niña cansada de cantar y de saltar a la comba se había dormido en el regazo materno.

Las estrellas ya se habían aglomerado en el limpio cielo; la Luna aún tardaría en verse; la tierra del patio respiraba como un animalillo en reposo; del pozo subía el frescor como una caricia; el aire estaba remolón.

A la puerta -aún no había encendido la mariposa- llamaron

*están bien los espacios*

tímidamente y ella con un gesto de resignación la abrió enseguida.

-¿Te acuerdas de mí? -le preguntó el hombre al entrar.

-Sí -contestó en voz baja- tú eres Jeremías.

*más espacio*

Jeremías era un buen mozo, viudo y padre de un ser inocente, como solía él decir refiriéndose a Jeremito, llegaba endomingado aunque era lunes; tenía apetencias sensuales con más frecuencia de la permitida por su salario; andaba buscando novia entre el mocerío del pueblo y aunque era buen trabajador y de presencia muy aceptable no encontraba pareja porque la existencia de Jeremito era un obstáculo tremendo; se acomodó a su viudez y se entregó, como buen padre, a la atención de Jeremito, quien ya iba a cumplir los diez años; su cuerpo creció mucho y prometía igualar a la buena altura de su padre, pero su cerebro apenas contaba.

Florentina habló muy quedo indicando que la niña dormía; él se acercó para contemplarla y musitó: -Que Dios la bendiga.

Luego entraron en el cuarto; al lado del quinqué colocó él las tres pesetas; al observar ella que eran de calderilla se conmovió.

Jeremías era fogoso y potente; a Florentina se le iba esfumando el odio intenso que se albergaba en su corazón por todo lo referente a la humillación de su cuerpo.

Cuando ambos reposaban en el lecho conversaron como antiguos amigos.

-...porque es lo que yo pensé cuando he visto a tu niña tan hermosa, tan limpia y tan bonita, ¡velay, me he dicho!, mi Jeremito vino al mundo dentro de un matrimonio como Dios manda, y además de tener los tornillos rotos es feo, siendo como era mi mujer una preciosidad y yo no mal parecido, y, sin embargo, tu hija, que ha llegado al mundo de contrabando, parece una virgencita...

*nuevo espacio*

Lo escuchaba ella con mucha atención; parecía un hombre bueno y desgraciado. Le contaba él intimidades de su vida y el trabajo que le había costado reunir las tres pesetas.

-...yo rabiaba por estar contigo porque tu fama es grande ya que tenía, hará como dos meses, reunido el dinero y preparado en pesetas de plata, tuve que emplearlas en cuidar a mi Jeremito,

que después de curarse de la pulmonía que cogió en la Fuente Nueva, quedó endeblucho y sin ganas de comer ;cómo que creí que se me moría el hijo de mi alma! Yo confiaba en que doña Vero, que, mientras la pulmonía no dejaba ni un día de ir a mi casa con el médico, se diera cuenta de que la criatura necesitaba medicinas y alimentos que yo no podía comprar, pero doña Vero no apareció después más por allí y gracias a algunas vecinas que lo cuidaban, pude salir del trance sin perder ni un jornal..; después a perra chica y perra chica he vuelto a reunir las tres pesetas y pronto me verás por aquí porque hoy mismo me han buscado para un buen trabajo... -y agregó abrazándola fraternalmente- ¡Me has traído suerte!

*menos espacio*

De pronto se incorporó en la cama y dijo alterado:

-Con la charla se me iba a pasar la hora ¿no has oído el canto del gallo?

*menos espacio*

Efectivamente, en un corral cercano un gallo lanzaba al aire su grito alertador y después un silencio en el corral y un movimiento y ruido de alas de palomas.

-Son las doce de la noche y me ~~tengo que~~ <sup>he de</sup> ir cuando más a gusto estoy, pero a estas horas tengo que levantar a mi Jeremito que ha cogido la maña de dar de cuerpo, y si no lo hago ~~amanecerá~~ <sup>través</sup> empapado en porquería hasta las trancas.

*↙ mientras duerme*

*no tanto espacio  
más o menos por aquí*

Rita era una viuda joven, de muy buen ver, con arcas muy repletas, de vida pacífica y poco amiga de visitas; se olvidaba de novenas, tríduos y rosarios; en su esfera era más conocida por el mote -la Dengosa- <sup>por</sup> por su sencillo nombre; como cristiana era cumplidora <sup>de</sup> los mandamientos, aunque la confesión anual fue superior a sus fuerzas; decimos <sup>fue</sup> porque a raíz de la muerte de su esposo, al llegar la <sup>C</sup>uaresma fue el trance de descubrir su conciencia y así toda avergonzada enumeró sus pecadillos y el pecado gordo: "Me acuso, padre, de que tengo sueños sicalípticos.." (así llamaba ella a los eróticos). Parece que el cura no le dio importancia y quiso tranquilizarla haciéndole hincapié en que los sueños eran involuntarios, pero ella insistió en la gravedad diciendo que despierta se recreaba en recordarlos. Al fin, encontró la tranquilidad y ya no temía la llegada de la Cuaresma y seguía disfrutando de sus sueños. Son cosas naturales. Muy naturales y sencillas.

Vivía con una hermana de su madre de quien cuidaba con delicadeza; también cuidaba de dos perros y de tres gatos que dormían juntos en una <sup>era</sup> de las destinadas al transporte del carbón, tan grande que se comparaba con una plaza de toros. Algo exagerada era Rita.

*que sus espacios*

¿Por qué Dengosa? Un misterio. Ella era clara como el agua, voluntariosa como el viento, independiente, libre y humilde como el gorrión.

¿Por qué? Porque no compartía las ideas de muchos y le agobiaban las hipocresías.

Fue la única -aparte de Petra- que se atrevió a defender a Florentina; la única que le ofrecía ayuda; la única que fue varias veces a verla a su casa a las claras del día, sin conseguir que le aceptara la crianza y educación de la niña.

Florentina no consentía desprenderse de su hij apor nada del mundo.

-Podemos arreglarlo..; deja esta vida, toma otro camino...

-Ya es tarde.

Rita sólo conseguía llevarse a la niña unas horas a su casa; a la vuelta se quedaba a charlar un rato mientras tomaba el café recién hecho que le ofrecía Florentina. La Dengosa era por eso criticada por los paisanos que terminaban sus comentarios diciendo:

-Si le gusta la porquería es porque ella también es puerca.

*meun espan*

¿Qué busca Rita en una casa así? ¿Qué buscaba? ¿Apoyar la vida de Florentina o buscaba hombres en el vicio?

-Sólo vengo para que no te veas sola en tu desgracia y por si puedo hacer algo mejor por ti.

-Es tarde.

*meun espan*

Y Rita no dejaba sus visitas enfrentándose con las piadosas personas que tuvieron la osadía de afearle su conducta. Rita, ya lo sabemos, era clara como agua de lluvia, fuerte como el huracán e independiente y libre como un gorrioncillo.

La niña Pepa la quería tanto como a Petra pues si ésta la llevaba a la plaza para que jugara con otras niñas, Rita la agasajaba como a una princesa y la dejaba jugar con los dos perros y los tres gatos que parecían conjurados con el ama para hacer feliz a la niña.

Con Petra era distinto. La llevaba a la plaza y la acercaba al corro de niñas que la miraban <sup>envidiando</sup> envidando su vestido tan adornado de encajes; a veces, una niña mayor hablaba en secreto con las otras y todas se dispersaban dejándola sola; Petra la tomaba de la mano y la sacaba de allí.

Aquella tarde, la niña quedó sentada en el poyete cogida a la falda de Petra, viéndolas jugar.

¿A qué jugaban? No pensemos en maldades infantiles que no deben existir, pensemos en la casualidad de que aquella piedra que se escapó no iba dirigida a Pepa aunque chocó con su cabeza y se adornó su cabello con tres amapolas, tales parecía la sangre que empezó a brotar.

-El angelito -decía Petra enfurecida- no tiene culpa de ser de quien es..; yo la saco a pasear porque le tengo ley a su madre..; el angelito no tiene culpa y no hay derecho a hacer lo que han hecho esas zanquilargas...

*meun espan*

Las zanquilargas al ver la sangre en la cabeza de la niña desaparecieron.

Petra la llevó a casa del médico; su esposa le abrió la puerta y ella misma la entró en el despacho sin previa llamada aunque sabía que don Paco llevaba un buen rato de consulta.

Si Dorita hubiera sido curiosa como Petra, sabría que clase

de consulta se ventilaba a puerta cerrada.

Hablaba don Paco:

-...ya ha dejado de acosarme.., ya no me exige el débito, como ella lo llama; ahora mi mujer me amenaza con su entrega a cualquiera y fíjate Luis, me dijo que se había acostado contigo...

-¡Paco..! -el médico, todo su rostro arrebolado como el de una doncella, no sabía más que decir, como en súplica: -¡Paco!

-No te apures hombre..; cosa de esa loca, ni siquiera imaginarlo...

-Realmente está muy enferma.

-¿Crees posible que la pueda encerrar en una casa de locos?

*meus espai*

No dio tiempo a la respuesta por la entrada de Dorita con la niña y Petra.

Entonces el del rostro encendida fue don Paco.

Las palabras de alivio y consuelo; el lavado y cura de la herida, los piropos a la chiquita y Dorita que no sabía nada de nada dirigiéndose a don Paco: -¿Ves que preciosidad de niña? ¿Quiénes son sus padres?

*meus espai*

Y don Luis quitándole leña al fuego desvió la conversación:

-¡Ea, llévatela, Petra, que no es nada grave.., mañana se le puede peinar... -y a su esposa: -Acompáñales a la puerta...

*espai moderado*

Petra dejó a Pepa con su madre, enterándola de que unos niños tirando piedras a unos perros...

*en casa del médico* Eran niñas -rectificó Pepa- y no había perros... He visto que a un hombre se le escondían los ojos cuando me miraba... No me gusta, me da miedo ese hombre...

*espacio grande pero no exagerado*

Rita, en sus espaciadas visitas a Florentina le había tomado cariño y se reprochaba el no haber acudido a tiempo a socorrerla. Siempre pensó, que la joven era como las demás que gozó don Paco, calculadoras y frías, y aunque la vieja Anica hablaba muy bien de ella siempre le quedaba la duda; podría estar engañada Anica, porque fingir dignidad era una táctica muy productiva.

Pero al saber el rumbo que tomó la joven, a Rita le produjo remordimiento. "Entre todos la hemos empujado y ha caído en el estiércol". Y ya era tarde para auparla. La luz que cada noche ponía en su ventana; los que disponían del dinero suficiente a cambio de sus servicios... ¿Qué servicios? Y Rita, que era libre como un gorrioncillo, sacudía su imaginación a donde habían acudido en tropel sus locos sueños, aquellos que momentaneamente la hacían gozar atormentando sus vegilias. *vegilias*

¿Qué servicios? Y se avergonzaba como si alguien pudiera leer sus pensamientos.

Rita cada día sentía más remordimientos. Habló con don <sup>JUAN</sup> Tomás y lo que se esperaba de él, que "la he aconsejado y no me quiso escuchar" ¿Y si el cura la hubiese escuchado a su vez? Todos sus pensamientos, sus proyectos, sus ideas se desmoronaban ante su impotencia.

Volvía a visitarla por lo que al cabo entablaron amistad hasta hacerse mútuas confidencias.

-...no llevo esta vida por gusto..; te aseguro que es un martirio y sólo soy feliz cuando duermo y sueño.

-¿Qué sueñas?

-Siempre lo mismo; que estoy en un campo, muchos árboles, muchas flores, pájaros, perros, gallinas, conejos y yo en medio muy contenta con mi niña de la mano que arranca yerbitas y canta.

-¿Qué canta? ¿nanas?

-siempre lo mismo, aquello de la barca que dijo el barquero, ya sabes lo que dice que las bonitas se echan a perder y yo me despierto gritando "No, Pepa, tú no eres bonita, no eres bonita... Es lo que no me gusta del sueño que es tan ~~bonito~~ *precioso* por lo demás...

-Pues tu niña es bonita y no se echará a perder; de eso me encargo yo.

-¿Y cómo?

-Buscándole un colegio cuando cumpla un añito más.

-¿Quitármela?

-No; veríamos la forma de que tú estuvieras con ella; yo sé que hay algunos conventos que te aceptarían con ella. *niña.*

Era una lucesita en el fondo del tunel donde estaba metida; una lucesita de esperanza que la hacía bendecir a Rita la Dengosa, la que soñaba locuras inauditas de las que se avergonzaba...

-...yo sueño con hombres extraños que me manosean y me acarician..; cuando sueño con mi Pepe siempre vamos de paseo por unos jardines preciosos y nos besamos como hermanos..; pero sueño pocas veces con él.

Los sueños de Rita: deseos.

Los sueños de Florentina: ilusiones.

¿Y los sueños de don Paco?

*creer*  
Preciosa era la niña de Florentina, la suya; evocó a Verita a la que tanto quiso; tampoco era bizca pero según su madre el padre fue el Aceitunero; pudo, *✓* en un principio que era cierto y que le dijo aquello sólo para herirle; él quiso a Verita y la seguía queriendo después de la confesión de su mujer; que no heredó la bizquera, como la habían heredado todos los crios que le habían nacido de las otras mujeres, pero si la niña de Florentina no padecía ese defecto, ¿podría creer a Vero?

Y por otra parte aquella boda tan precipitada que fue la suya y un alumbramiento adelantado como fue el de ella...

¿Y si fuera a buscar a Florentina? ¿Sería capaz? ¿Su vida de escándalo! Nadie que él conociera se escandalizaba por aquello que era natural.

Don Paco no atinaba a recapacitar y como otras veces, acudió a su remedio soberano: en la alacena grande, al pie de la hermosa escalera, se alineaban en los anaqueles unas pequeñas garrafitas; no necesitaba ni vasos ni copas; tomó una que estaba casi llena de un vino rubio -como el pelo de Florentina, como el pelo de la niña- y alzándola con las dos manos volcó un chorro en su garganta.

Petra volvía de la calle y él la miró mientras colocaba la garrafitita en su sitio y dijo estúpidamente:

-Nada tiene importancia en este mundo ¿verdad, Petrita? ¿te acuerdas cuando yo te llamaba así?

-No me acuerdo, señorito.

Soltó él una carcajada y dando un paso hacia ella, continuó hablando:

-¡Señorito, señorito...! ¡Bah!, llámame Paco como entonces... y todavía estás hermosa... ¿por qué no te has casado?

*menos espacio*

Lo miró ella con desprecio y se retiró a la cocina.

*este está bien*

Cuando doña Vero volvió de sus ocupaciones religiosas, lo encontró en su despacho dormido profundamente en la butaca. Lo zarandeó con brutalidad y le dijo resulta y autoritaria:

-Mañana me voy al cortijo Grande.

-¡Bah! -contestó dando un torpe manotazo en el brazo de la butaca. -¡No tiene importancia!

*mas espacio*

Jeremías, haciendo equilibrios en su economía diaria pudo al fin reunir la primera peseta; le faltaban dos y quizá las pudiera reunir con alguna holgura porque el Jeremito, en sus andanzas por las calles, había encontrado un alma caritativa que cada tarde lo obsequiaba con un "joyo" bien empapado de aceite por lo que a la noche apenas quería comer los garbanzos del puchero, que quitándose horas de descanso procuraba cocinarlo él mismo; al principio del desgano del muchacho creyó que tendría empacho, pero los lamparones de aceite en toda su ropa y el brillo perenne de su barbilla, le dio luz y por fin un día, al entrar en su casa antes de costumbre, vio como el muchacho se estaba comiendo un apetitoso "joyo".

-¿Quién te lo ha dado?

-La Manuela.

La Manuela era una anciana muy bien conservada ella, su alacena, su canasto del pan y su pequeña pero segura cosecha de unos olivitos que heredó de sus mayores; era muy amante de las prácticas religiosas, muy humana, muy caritativa y amiga de los niños; cuando jugaban delante de su puerta ella los contemplaba con entusiasmo; la Manuela andaba con una muleta, pues estaba coja a causa de un accidente en su temprana juventud.

-... a pesar que me falta una piedad, como tenía mi aquel,

encontré novio, me casé pero no tuve suerte con los hijos; se me murieron al nacer tres y el que pudo cuajar se me fue al cielo apenas hecha la primera comunión...

La Manuela estaba acompañada por una sobrina que cuidaba de todo; heredaría los olivitos y la casa; podría casarse con un buen trabajador aunque ya le pasó la flor y la poquita belleza que tuvo se le había esfumado por mor de las arrugas que habían invadido su cara.

-... pero si mi sobrina pusiese empeño, se diera en la cara polvos de arroz, se peinara marcándose las ondas que tien naturales y con la mata de pelo tan hermosa se hiciera un buen moño, y se levantara la pechera..; se quedará soltera porque quiere, porque en último caso ahí está el Jeremías...

Sus pensamientos fueron participados más de una vez a la sobrina que parecía no prestar atención alguna. Y Manuela comenzó a emplear, a cuenta de la caridad y compasión, cierto patrocinio con el Jeremito, tratándole con cariño, invitándole a entrar en su casa aún a costa de tener que aguantar "las gracias" del muchacho que no sabía contener las necesidades de su cuerpo; así, la anciana preparaba la era para la trilla porque algún día el Jeremías iría a la casa para darles las gracias.

Y en efecto, un día de lluvia que no pudo salir al campo a trabajar, después de ~~el~~ somero arreglo de su casa y del lavado de la ropa, se acercó, como un buen nacido a dar las gracias a Manuela y "la compañía". La compañía ya se comprende, era la sobrina, quien al abrirle la puerta se había retirado para seguir con sus haciendas.

-Mi sobrina es muy hacendosa ¿sí no fuera por ella qué iba a ser de mí, con lo inútil que soy?

*mejor espacio*

Y así ensartando habilidades y primores de la joven, que valía un tesoro, y que haría la felicidad de cualquier hombre.

Claro que Jeremías parecía muy complacido con los dotes de la sobrina y creía que sí, que haría de la casa de un pobre un palacio como el de los cuentos de hadas.

-... y que no es amiga de salir y entrar y chismorreos..; ella a su iglesia y a su trabajo..; algún día encontrará su recompensa..; por lo pronto todo lo que yo tengo pasará, a su tiempo, a ella...

De aquella primera visita protocolaria, el Jeremías sacó una conclusión: que comiendo Jeremito el diario "joyo" y otras cosas que caían, el reunir el dinero para visitar otra vez a Florentina le era más fácil y no tendría que sacrificarse tanto en dejar de fumar; ese vicio era para él imposible de suprimir, no así el vasito de vino <sup>que</sup> de vez en cuando y la copita de aguardiente, algunas mañanas. *caían en su agradecido estómago*

Y las ahorró. Reunió las tres; una en moneda de plata, las otras en veinte perras gordas (Todavía no se acostumbraba a decir céntimos). Dejó al hijo dormido en su camastro; se lavó la cara y parte de su cuerpo sin olvidar los pies y cuando amainó la lluvia, antes de que otro se le adelantara, aunque no estuviera la luz en la venta, <sup>ya</sup> ni la pusiera, porque sería apagada por el agua, <sup>ya el viento</sup> llegó y llamó suavemente en la puerta.

-¿Quién..?

-Soy yo, Jeremías ¿me abres?

Abrió Florentina rápidamente la puerta y le hizo señas para que no hablase porque la niña se estaba durmiendo y con mucho sigilo le hizo entrar en la habitación, todavía a oscuras.

-Ahora vendré; siéntate en la cama.

Sentado estuvo un buen rato sintiendo caer la lluvia en canales por las tejas que cubrían el techo; pensaba que cuando saliera de la casa si seguía lloviendo con la fuerza que había empezado, se empaparía porque él, para estar "más mejor", no se había traído ni la embreada, ni la pelliza; la primera, porque la arpillera se había embebido mucho con la última mano de brea que le puso, y la pelliza tenía las solapas casi deshechas a fuerza de limpiarlas de las vomitaduras del Jeremito; se había puesto la chaqueta negra de la boda, que guardaba para mortaja, y parecía un señorito. También pensaba en que su hijo podía despertar con el ruido que el agua hacía al caer sobre el techo de latas que cubría lo que en tiempo de la difunta era gallinero y que tuvo que dejar de serlo porque Jeremito no dejó ni una gallina viva; ¡qué habilidad tenía para atraparlas y retorcerles el pescuezo! ¡Si para otras cosas fuera tan listo! ¡Sí el Jeremito despertara!, Jeremías estaba inquieto e impaciente; parecía que a la niña le estaba costando trabajo atrapar el sueño...

-Ábreme, Florentina. *llamaron desde la calle*

Escuchó que ~~decían desde la calle y que~~ ella contestaba: -No puedo.

Insistía el hombre: -Es que soy Manolo el de los ultramarinos, abre que te traigo una caja llena de regalos.., que llueve mucho, ábreme.

Y ella: -No puedo; hay otro.

-¡Maldita sea mi sombra! -decía en voz alta retirándose el de los ultramarinos.

La niña, por fin se había dormido. El agua seguía cayendo musical; no hacía frío y dentro de la casa algo muy tenue flataba en el aire como una caricia tímidamente pura.

*con más espacio*

*flotaba*

Manuela, la anciana y casamentera Manuela, seguía forjando proyectos y manejando redes. El Jeremito merendaba cada día su "joyo" con aceite y terrón de azúcar. Lo que no conseguía Manuela era que su sobrina fuera dócil a sus consejos y que siquiera por una vez, limpiara las suciedades del muchacho, porque seguro que el padre lo agradecería y vendría más a la casa y lo es verdad que el agradecimiento y el roce obra milagros.

La sobrina callaba y algo recogía de los sermones de su tía, pues se había comprado en casa de Manolo el de los ultramarinos un sobre de polvos de arroz para la cara y unos trocitos de crepé para ahuecarse el pelo, aunque el nuevo peinado no la favorecía mucho, su tía no se lo hizo saber. "Algo es algo y por poquito se empieza... ¡Ah, si a ella le hubiera cogido el plan con menos años! Porque el Jeremías no era cualquier cosa: alto, fornido, guapo, con un aque en los los ojos, que a ella, con ser tan vieja hasta le entraban mareos, y por tenerlo cerca, para darse el gusto de mirarlo, era capaz de comprometerlo con la sobrina; además un buen padre que se sacrificaba por no darle madrastra..."

-Por eso no -había dicho en una ocasión la sobrina- por eso no, porque no encuentra ninguna que tenga estómago para cuidar del tonto que con lo grande que es, no sabe cuando tiene que dar de cuerpo y padece de diarreas.

-Las diarreas se curan; lo que a la criatura le pasa es que necesita una madre ¡si yo tuviera menos años..!

-¡Ay, tía, que si alguien la oyera habría tela que cortar en todo el pueblo! ¡mira que enamorarse a su edad!

-¿Qué estás diciendo, mujer? ¿A mis años?

-A sus años ¿por qué no, si los ojos y el corazón, según dicen, son siempre niños?

*meus espau*  
Al decir esto se fue a *planchar* plancar ropa y Manuela quedó sola evocando sus años mozos, su noviazgo, su casamiento, su vida matrimonial y suspiró hondamente; a pesar del examen de conciencia, se dijo a sí misma, que era una lástima haber conocido al Jeremías cuando sólo debía pensar en el viaje sin vuelta, *y* no pensar en imposibles y apartar de su cabeza tamaños disparates que hasta rozaban el pecado.

*meus espau a conclusion*

Jeremías, cada vez tardaba menos en reunir las tres pesetas, gracias a Manuela.

-Ven, Jeremito, siéntate aquí conmigo que vamos a ver jugar a las niñas a la rueda...

La explanada, convertida en paseo era lo suficientemente grande para acoger a las niñas que formaban corros y cantaban.

Había llovido y el suelo estaba blando; aquella tarde no llóvía y en el cielo jugaban las nubes "a que te pillé" y las niñas a la regaña.

Jeremito iba de grupo en grupo curioso y con ganas de pisar las líneas que marcaban el juego de la regaña.

Una niña dio un grito de susto:

-¡Un sapo! ¡un sapo!

*meus espau*

Y todas corrieron hacia el rincón donde el único árbol, que había en la plazuela, se erguía fuerte y robusto embalsamando el aire y engalanando el sitio con sus flores blancas que caían en chorreones como un puñado de perlas.

Junto al tronco, asustados sus ojos saltones, se acurrucaba un sapito verde que parecía un puñadito de hojas caídas de la acacia; sólo los botoncitos negros de sus ojos tenían movimiento.

El Jeremito cogió un trozo de grueso mármol con el que estaban jugando las niñas y corrió con él al árbol; el sapito no podía esconderse y su espaldita se movía convulsa como si un viento soplara el puñadito de hojas que parecía; no podía

escondese; no le hubiera dado tiempo porque el Jeremito lo estrujó con la dura arma; una masa informe y viscosa; lucían quietos los ojitos que nunca más podrían bañarse en las aguas generosas; y ninguna niña, pudo impedir que Jeremito hurgara en la viscosidad pegada al tronco de la acacia para extraer con sumo cuidado aquellos botoncitos negros, poneros en sus manos y palmeaar hasta que desaparecieron aplastados. *ponerlos*

Manuela lo vio todo. La sobrina también.

-Es malo -comentó ésta.

-Le falta el cariño y el cariño y el cuidado de una madre -dijo aquella.

Dorita (le vamos a suprimir el doña, porque no le va a su juventud ni a su armonioso y pequeño cuerpo) había estado observando, como cada día, desde la ventana de su gabinete, el juego de las niñas en la plaza y la acción cruel del Jeremito la conmovió de tal forma que se reunió con la chiquillería como una más, sin hacer caso de las palabras de repulsa y asco de todos, sin que el aspecto repugnante del muchacho -pantalón sin ajustar, bragueta abierta, cabeza enmarañada, baba chorreante por la boca abierta en una risa estúpida- se acercó a él y tomándolo por un brazo se lo llevó a su casa.

-¿Qué le pasa a Jeremito? -preguntó el esposo en su misión médica.

-Que es una criatura de Dios y está des<sup>de</sup>válido sin que a nadie le importe su vida.

*meus espou*

Don Luis quiso explicar que algunas señoras, doña Vero precisamente, se preocupaban del muchacho, huérfano de madre y mal atendido por su padre por circunstancias normales de su trabajo; que él había propuesto en el Ayuntamiento que se hicieran las diligencias para internarlo en un sitio adecuado dada su enfermedad cerebral.

-¿Mi hijo en un manicomio? No, mientras yo viva.

-Estaría cuidado y viviendo con niños de su edad...

-¿Un hospicio? Tendría yo que morirme antes... Mire usted, don Luis, mi niño lo que necesita es cariño y eso lo tiene de mí hasta rebosar... Yo lo he sacado adelante con muchas fatigas.., le falta una madre ¿y dónde encuentro una capaz de quererlo como la quiero yo?

*Menos espau*

¿Dónde encontraría una madre para el pequeño salvaje? Le sería fácil casarse con cualquier mocita, o viuda, o solterona, pero ¿y ellas lo cuidarían con el cariño que necesitaba? Además que ya lo intentó y no encontró porque el Jeremito con su cara de inocente bobo, sus risas estúpidas, sus babas repugnantes, sus manías de matar pequeños animales y ensañarse haciéndoles agonías interminables, era algo, que ponía vallas en el posible concierto.

Pero Dorita, que sabía ya de los dulces avisos de una maternidad próxima, se compadeció del muchacho ;cuánto habrían sufrido sus padres al ver truncadas las ilusiones de tener un niño hermosos, sano, inteligente como premio inigualable al mutuo amor!

Dorita, pequeña y grácil, tenía grandes ojos oscuros fáciles de humedecerse a compás de tiernas sensaciones.

*Menos espau*

Aquella tarde lloró Dorita.

Lo lavó; le arreglo la ropa; apretó sus manos entre las suyas y supo entonces de la sensibilidad del infeliz que rió ruidosamente mientras devolvía la caricia con besos sonoros.

*acogido*

Cuando Jeremías, enterado por Manuela, supo que su hijo tras la salvajada con el sapito, fue ~~recogido~~ por la señora del médico, fue directo a recogerlo, y se lo encontró acurrucado en el suelo, junto al pastor-alemán que le lamía de vez en cuando la cabeza. Después de agradecer al matrimonio lo que habían hecho por su hijo, ya en su casa recontó el jornal, que había engrosado seis reales por un trabajo extra, reunió las tres pesetas y se prometió una visita a Florentina.

Como Dorita se convertía en enfermera durante las horas de consulta de su marido, no podía ver como todos los días el Jeremito permanecía sentado en la plaza observando la puerta de la consulta, esperanzado en la escapada del perro; pocas veces salía el animal y cuando lo hacía corría buscando las caricias del muchacho; cuando el perro ponía sus patas delanteras en los hombros de Jeremito medían la misma estatura; el muchacho tomaba con sus dos manazas el cuello del animal y le buscaba la boca mezclándose las babas.

-¡Se me escapó el <sup>Todo</sup> Yodo! -exclamaba la criada cuando se daba cuenta y lo llamaba autoritaria: -¡Yodo! ¡Yodo! ¡Ven aquí..!

Dejaba Yodo sus arrumacos, bajaba la cola y miraba triste al Jeremito; en los ojos del animal se veía la misma ternura que en los del muchacho; Yodo, obediente a la llamada, caminaba lento; al llegar a la casa, la mujer le hablaba amonestándole: -¡Los perritos buenos no se escapan..!

Yodo volvía la cabeza antes de entrar y algo comunicaba a su amigo que este reía con estrépito (El error de Julian<sup>o</sup> al llamarlo perrito cuando era un gigantón).

Jeremito recorría el pueblo cada día y se defendía con piedras que guardaba en sus bolsillos, cuando algunos valentones lo llamaban Matabichos; mote que tenía bien ganado porque todos los pequeños animales que rastrean la tierra, eran sus enemigos, por eso no lo dejaban entrar en sus casas las personas que poseían surtido corral, ni las que tuvieran pájaros enjaulados; él admiraba a los animales grandes y a los pájaros libres y adoraba a los perros.

Una noche sorprendió a su padre llevándolo al patio en donde guardaba dentro de una espuerta un perro.

-¿Quién te lo dio?

-No me lo han dado, me lo he traído porque no me dejaban jugar con él.

-¿Lo has robado?

Jeremito bajó la cabeza y se retorció las manos.

-...dímelo ¿de quién es?

Y pudo decir silabeando: -Den-go-sa.

Jeremías no podía permitirse el lujo de tener un perro y tampoco se permitía amparar un robo. Por eso tomó al <sup>animal</sup> perrito en sus brazos y los tres llegaron a casa de Rita que en aquellas horas ya había recorrido todas las casas vecinas buscando a su perrito con afán maternal.

Jeremías disculpaba al hijo:

-...tiene cuerpo de hombre pero es un niño pequeño...

Rita, en su alegría por recobrar al animal, invitó a Jeremito a jugar con los perros.

-...con los perros y con los gatos..; la gata parirá pronto y le puedo regalar el gatito que más le guste...

De esta manera fue como el inocente, -así lo llamaba su padre- tuvo un nuevo cobijo de cariño, alguna que otra golosina, siempre recibida con alborozo, y dos perros para jugar aunque no dejaba sus diarias visitas a la plaza acechando la posible escapada del Todo.

A cambio del placer del inocente, Rita tuvo que aguantar los sofocos de su tía a cada visita de este. La anciana que era muy tolerante con las "manías" de la sobrina, no soportaba la presencia del muchacho por la suciedad y la incontinencia.

-¡Guarro! -le decía cuando notaba humedades en el suelo- Se mea en el corral.

Rita limpiaba los orines.

-No sé por qué te ha dado ahora por el Matabichos ;encerrado debía estar!

Rita callaba y pensaba "amarás al prójimo como a ti mismo" ¿Amaba ella a Jeremito o aguantaba todo por el padre? ¿No era una figura como la de Jeremías el que se presentaba en sus sueños? ¿Dios me libre de un mal pensamiento! Tolero al muchacho porque necesita cariño.

Jeremito tenía bueno a su favor el no querer acostarse tarde porque no le gustaba mirar al cielo y ver la Luna, a cambio se echaba de la cama apenas amanecía el día y comenzaban sus paseos por el pueblo, previamente llenos los bolsillos de piedras y el estómago satisfecho con el café y el tarugo de pan del día anterior. *que el padre le había guardado.*

Su primera ocupación era sentarse en la escalinata de la iglesia para ver entrar a las personas que acudían a la Misa; sentado sin molestar, sin hacer movimiento alguno, como ausente

su pensamiento, sólo se alteraba con una sonrisa cuando llegaba doña Vero tan rebién vestida, con el rosario de plata y azabache líado en la muñeca izquierda, con el libro y la bolsita de las limosnas; y también se alteraba y sonreía, cuando Dorita, menuda y gentil, llegaba a pasitos cortos y le hablaba.

-Buenos días Jeremito y hoy ¿entrarás en la iglesia?

Y él no contestaba por no disgustarla diciéndole que no quería entrar. Después se iba a dar vueltas.

Una mañana observó que a la señora del médico la pasaba algo raro en su cuerpo, antes tant~~o~~ menudo y delicado, y ahora con una barriga muy redonda y como si llevara un bulto sobre ella y andaba como si temiera caerse. De pronto le asaltó la verdad: doña Dorita llevaba dentro un niño. Estaba preñada como la burra del compadre, a la que cuidaban esperando un <sup>Pobretico</sup> potrito y como la gata de la Dengosa, que parecía que iba a reventar; reventar es malo "¡Así revientes, Jeremito, como un triquitraque!", le habían dicho muchas veces deseándole cosas malas; reventar es malo; la gata de la Dengosa podría reventar. "¡Pobretica!" -Jeremito era compasivo.

A hora desacostumbrada llegó a casa de Rita; ella le abrió y le ofreció una rebanada de pan frito que aceptó entrando en la cocina; los perros, después de prodigarle zalamerías se fueron al portal donde solían esperar a la tía <sup>de Rita</sup> que volvía de la iglesia.

A Rita, la temprana visita le agradó porque era señal de apego y quizá poco a poco pudiera conseguir que se comportara con normalidad, porque el muchacho necesitaba cariño.

Y una madre. Sí, una madre. Ya podría Jeremías decidirse de una vez por el bien de los dos.

Divagando componendas empezó la limpieza diaria de la casa,  
empezando por el patio de las flores,

Jeremito ya estaba junto a la vera del dormitorio de los animalitos que daban compañía a Rita.

La gata estaba sola.

Jeremito se agachó para verla más de cerca; el animal descansaba sobre su costado, las patas abiertas, el rabo levemente separado y las tetitas como humildes margaritas silvestres adornaban la pancita que no dejaba de moverse en oleadas de dolor, a juzgar por las aceradas miradas y por la erección de sus bigotes.

-Vas a reventar y eso es malo.

Dijo, desapareció y volvió con unas enormes tijeras -las de podar los rosales-, se volvió a agachar y con mucha destreza rasjó lo que hasta entonces había sido santuario de maternidad; la gata pudo incorporarse fiera y defendiendo su tesoro, clavó sus uñas en el rostro de Jeremito, ya salpicado de la sangre que brotaba del cuerpo herido, y llamó con un maullido estridente a su ama que llegó acompañada de los otros animales.

Se horrorizó Rita.

Y chillaba Rita porque no conseguía quitarle las tijeras al muchacho empeñado en abrir del todo la panza para sacarle la bolsa donde ya no se notaba latido alguno.

-Iba a reventar.., iba a reventar, iba a reventar...

Rita envolvió, en los trapos que había preparado para el parto, a la gata con sus hijos no nacidos; en las uñas del animal había tiritas de piel del rostro de Jeremito.

La salvajada del inocente se supo rápidamente en el pueblo y naturalmente llovieron los comentarios.

-El Matabichos es un loco.

-Los locos no deben estar sueltos como él está, igual que un animal sin amo y sin riendas.

-El Jeremito es un tonto y no sabe lo que hace.

-Su padre tiene la culpa que no cuida de él.

-Cualquier día ocurre una desgracia.

-Debían encerrarlo.

Al padre le llegaban los rumores pero no lo veía tan peligroso porque su hijo era noble y si hacía algo malo era sin querer. Él no podía tenerlo todo el día a su lado porque ningún amo quería contratarlo así "porque distrae al personal y cunden poco las faenas". Hasta entonces había pasado entre sus cuidados y los de las vecinas.

Ahora las vecinas se retraían un poco y algunas, como la Manuela y la Dengosa muchísimo; ya no había "joyo" por la tarde ni pan frito por la mañana, sólo Dorita le prestaba atención,

poca atención porque el embarazo le estaba sentando muy mal.

Nuevamente la economía de Jeremías se resintió y le costaba mucho reunir en calderilla las tres pesetas que dedicaba a Florentina.

Llegaba temprano, apenas dejaba al hijo acostado y llamaba con los tres golpecitos suaves a la puerta.

-Empuja -decía Florentina- está abierta.

Y él empujaba y entraba con la cara radiante de felicidad diciéndole:

-No espero a que tengas la mariposa en la ventana.., aligero los trabajos de la casa y vengo corriendo...

Ella se dejaba abrazar complacida.

-Si te parece -le dijo- iré yo a tu casa cuando quieras.

-¿Tú a mi casa? No está para recibir a una persona tan fina y tan limpia como tú.

-Te lo digo de corazón y será de balde, te lo juro, porque tú eres el único hombre que me ha tratado con decencia.

-Es que te estoy tomando cariño.

-Y a mí me gustas por lo macho que eres; tienes un cuerpo bien terminado y una cara y una cabeza... ¿Cómo es que no te has vuelto a casar?

-¡Mujer, con el Jeremito!

-¡Y con veinte Jeremitos..! ¡Más de una y más de diez andarán locas por ti!

*meus espai*

Se miró a sí mismo; calibró la fuerza de sus brazos; hinchó su pecho; se palmeó las piernas; se sintió orgulloso de su potencia viril.

-...pero el Jeremito...

A Florentina le inspiraba una gran compasión.

-¡Si tuviera una madre! ¡Y si mi Pepa tuviera otra clase de madre!...

Convinieron en que un día a la semana ella iría a su casa y le cobraría lo que él pudiera darle aunque fuera sólo un real.

Y así fue durante un par de meses.

Llegaba Florentina, muy vencida ya la noche y parecía que entraba el sol por la puerta y que ya era día claro; hablaba, y era como si hubiera dentro de la alcoba una jaula con jilgueros; y se acercaba a él y lo envolvía en fuego y lo transportaba a una cueva de flores; no sabía; quedaba alhelado; aspiraba su pelo;

buscaba su carne en la espalda, en el pecho, en los brazos, en el vientre, en las piernas; se volvía loco y todo él temblaba.

-Eres como un niño... -y lo abrazaba maternal.

*meus espacio*

Antes de irse, le arreglaba la casa; le preparaba la mochila; aviaba la comida de Jeremito; metía en agua y jabón la ropa sucia...

El hombre, ya en calma sus sentidos, la miraba complacido hasta que cerraba los ojos y no se daba cuenta de su marcha.

"¡Si viniera todas las noches! ¡Doce reales! ¡Imposible! ¡Si fuera su mujer..! ¡Imposible! Florentina era mujer cada día de quien tuviera, para dárselas, las tres pesetas, y de esos, había en el pueblo unos cuantos... ¿Qué dirían de él? ¿Con qué cara miraría a los otros?

Dorita no entendía que su marido le pusiera obstáculos para acompañarla a visitar a doña Vero.

Dorita la encontraba muy interesante, muy amable y muy comprensiva, de no ser así ¿cómo podía tolerar las infidelidades del marido?

-Hay hombres -le había escuchado- que necesitan más de una mujer y a mí, por suerte o desgracia, me ha tocado uno de ellos; pero es lo que yo digo, Dorita, teniéndome Paco cumplida ¿qué me importa lo que haga fuera?

Lo comentaba Dorita con su marido y éste por toda contestación le decía: -No me gusta que tengas intimidad con ella.

-Pero es buena y caritativa..; me han dicho que cuando el Jeremito tuvo la pulmonía, ella lo cuidaba como una madre.

-Es verdad y yo la acompañé mientras duró la enfermedad...

-Sin embargo no quieres que...

-Sin embargo te aconsejo que no hagas amistad con ella.

*meus espacio*

Dorita no quedaba satisfecha, porque él no daba explicaciones, y a juicio de ella, Vero era una mujer muy

completa que sufrió la pérdida de su única hija, y las humillaciones de ver por las calles a los hijos que su esposo tenía de diferentes mujeres. ~~Ella~~ <sup>ella</sup> la compadecía y la consideraba muy superior a ella por saber conservar, aguantando su orgullo de mujer, la estabilidad de su matrimonio. ¿Toleraría ella que Luis..? Nunca. Ni el menor tropiezo, aunque pensar en eso era absurdo, su marido, ¡si lo conocía ella bien!, era un hombre enamorado que la quería hasta la exageración. <sup>pensamiento</sup> Dorita pensaba en el abandono de Jeremito y en la educación de la hija de Florentina, algo daría ella porque todo fuera de otra manera.

A Dorita le gustaba el orden y el aprecio de la gente, por eso insistía en visitar a doña Vero a quien había escogido como amiga, porque Dorita, hay que decirlo, era celosa, y pensaba que tendría que amistar con señoras mayores que ella, no sólo por la experiencia, si no que la diferencia de edad garantizaba la paz de su matrimonio.

Dorita era ingenua.

Pasado un tiempo, ya avanzado su estado de gestación, quiso adivinar que la salud de doña Vero era muy deficiente; sabía que se había ido de temporada a uno de sus cortijos y se murmuraba que tardaba demasiado en volver.

Y una noche, ya de madrugada, llamaron a la puerta solicitando de parte de don Paco la ayuda del médico.

Después, cuando <sup>él</sup> volvió, cumplida su misión, Dorita curiosa, preguntó:

-¿Le pasa algo grave?

Y él, explicó: Que a doña Vera la habían traído del campo porque tuvo un accidente al coger una navaja y herirse, que debido a la habilidad de los caseros, aunque había perdido mucha sangre, su estado era bueno.

-¡Ay que ver, Luis, los peligros que hay por esos campos tan alejados de los pueblos, las cosas que pueden pasar!

-Las mismas que en cualquier parte.

*más espacio*

Claro que lo pasado en el cortijo Grande, no suele ocurrir con frecuencia. En el caso de doña Vero todo fue ruín y ridículo.

Ella, que había llegado a la finca cuando atardecía el día, embebida en sus pensamientos, y que no pudo savorar la despedida remolona del sol entre los olivos, ni la algarabía de las aves en el cielo, ni el olor de la tierra que palpitaba amorosa, se

encontró rodeada del cariño del casero y su familia, y antes de subir a sus habitaciones quiso saludar a ~~todos~~ los trabajadores, se presentaron todos, parecía que pasaba revista a aquellos rudos hombres, pensaba Petra que había llegado con ella, y en efecto así era, porque en su delirio buscaba a Paco el Aceitunero, ninguno tenía parecido, ni remotamente, con aquel, su primero y único amor.

-¿No hay más trabajadores en el cortijo? -preguntó.

-Sólo los presentes para servir a la señora.

*menos espa*

Y la señora al retirarse a sus cómodos y lujosos aposentos, le pidió a Petra que no la dejara sola ni un momento. Tenía arrebatos de tristeza y lloraba con desconsuelo, a veces caía en un mutismo largo y preocupante o en unas alegrías extrañas.

En ocasiones se le antojaba bajar a la gañanía para charlar con los jornaleros. Por las tardes salía al campo en paseos interminables.

Petra estaba asustada y el susto le subió de puntos, cuando vio llegar a un nuevo jornalero porque era joven, a puesto y dicharachero. A doña Vero le agradó y lo tenía siempre ocupado con sus caprichos.

-No. No se parece a mi Aceitunero, pero era así de joven y simpático.

*menos espa*

Al joven simpático no le agradaban demasiado las reiteradas complacencias de la señora.

Tal vez pudo evitar lo ocurrido, pero en su corta experiencia con las mujeres y viendo peligrar su jornal, no supo declinar cautamente la invitación que de parte de la señora le hizo Petra, para subir a la habitación de ella.

Rojo se le puso el rostro mirando a su alrededor por si alguien estaba enterado, calculó los comentarios de todos y se avergonzó, ¿qué haría? ¿y por qué iba a pensar que la señora lo llamaba para satisfacer sus instintos? ¿y por qué no podía ser una velada inocente? ¿por qué era tan tonto y presuntuoso pensando que le gustaba a ala señora como hombre cuando podría ser su madre?. ¡Caprichos!

Y el muchacho subió a la hora convenida, es decir, cuando los gañanes y los caseros se disponían al descanso, subía tímidamente, en el rellano le esperaba Petra.

-Anda, entra y no seas tonto que te pagará bien.

*menos espa*

El joven, cual un nuevo José, bajó rápidamente los escalones y desapareció.

Petra no sabía como explicar a doña Vero, que esperaba con enfermiza impaciencia, al galán, que éste se había escapado.

Doña Vero, trágica y teatral, tomó de encima del velador, la navaja que le había servido para pelar la fruta y se la clavó en la muñeca.

*menos espacio*

No habló *ni una palabra*.

Y Petra gritó.

Lamentable. Ni debió ocurrir ni debió ser relatado. Y si ocurrió...

De madrugada llegaron a la casa. Aún no se había dormido don Paço cuando sintió que un coche paraba en la puerta, bajó rápidamente; no había dormido porque su estado nervioso, producido por su visita a Florentina, lo tenía desvelado.

Él había llegado a la casa de Florentina, cuando aún ella no había puesto la señal en la ventana, quedó escuchando a través de la cerradura porque le pareció sentir que dentro estaban cantando, sí, cantaban, se emocionó recordando a Verita a quien tantas veces le había escuchado la cancioncilla:

*con espacios naturales*

Todos los patitos se fueron a *bañar*  
~~bañar~~  
y el más chiquitito no sabía *nadar;*  
~~nadar;~~  
su madre enfadada le quiso pegar  
y el pobre patito se puso a *llorar*  
~~llorar.~~

*menos espacio*

Luego un silencio, sin duda la niña se había dormido, llamó suavemente.

-¿Quién es?

-Yo -contestó con voz muy ténue.

-Empuja, está abierta.

La sorpresa de Florentina fue muy grande y su irritación enorme.

*menos espacio*

-Aquí no puede usted entrar.

En vano suplicó; en vano apeló a su paternidad; en vano, cuantos ofrecimientos le hacía; en vano, que le hablara de arrepentimiento.

-Ya es tarde. Y Dios le pedirá cuentas de la aventurilla, sin importancia para usted, que me ha hundido a mí en esta charca apestosa de la que no puedo salir.

Intentó acercarse a la niña, que ya dormía profunda y plácidamente, poniéndose delante de su camita. *ella se ha adre lo impidió*

-Salga de esta casa, que aunque usted me ha hecho una puta, no admito en ella a bandidos hipócritas y criminales... ¡Fuera de aquí!

*menos espacio*

Volvió a su casa humillado y lleno de rencor y aunque, como otras veces, recurrió a la garrafita, no consiguió calmarse.

Despierto estaba cuando llegó la comitiva del campo.

-Que venga enseguida don Luis para que la cure -ordenó de inmediato.

-No, no -gritó doña Vero, con las pocas fuerzas que tenía después de la hemorragia.

-Dime, Petra ¿cómo ha sido?

-¡Cómo va a ser, señorito? Un accidente.

-Como fue te he preguntado.

-Pues sin pensar, como pasan estas cosas.., la navaja que estaba encima del velador.., alargó sin darse cuenta el brazo y...

-Está bien.

Petra no oyó, pero, adivinó lo que decía entre dientes:

-¡Qué bien que hubiera sido adrede..!

El elixir de la garrafita no intervino en este deseo; don Paco tenía muy claro que de un modo u otro, tendría que encerrarla en un manicomio y aquella ocasión se le escapaba por causa de las muy creíbles declaraciones de Petra.

La noticia en el pueblo corrió y hubo comentarios de todas clases, pero todos coincidían en la honradez, la bondad y la

caridad de la señora; y entre el accidente de doña Vero, el parto de Dorita y la salvajada del Jeremito, había temas para conversar mucho tiempo.

*más espacio*

Manuela fue poco a poco retirando la merienda porque su sobrina iba a enfermar de asco y el Jeremías ni siquiera aparecía por la casa; los vecinos se fijaban en que se emperejilaba con arte y sabiduría femenina, como la que quiere guerra, es un decir; cansada de arreglarse en vano, dejó de ponerse los polvos de arroz, el crepé y el justillo que algo elevaba sus pechos, pero que le molestaba para respirar a gusto; y Manuela iba reduciendo el número de "joyos", el aceite y el azúcar.

En cambio, Rita la Dengosa, a pesar de la fechoría con la gata, lo seguía admitiendo en su casa, lo dejaba jugar con los perros y a veces, pocas, lo obsequiaba con comida.

Observaba Rita que el muchacho parecía mejorar en su presentación, las orejas limpias, los ojos sin legañas y la ropa menos sucia. Comentando esto con Florentina, a quien seguía visitando, la joven le contó sus relaciones con el padre.

-Me da lástima de él.. Yo voy a su casa y muchas veces no le cobro.

: -A ti te gusta.

-A mí no me gusta ningún hombre.

-Pero el Jeremías tiene una planta y un aquel...

-El Jeremías es un desgraciado.

Que Rita la Dengosa era buena cristiana pero parca en sus cumplimientos de feligresa era notorio. Sin embargo llevaba una temporada que se la veía frecuentar la Parroquia y sobre todo sus conversaciones con don <sup>Juan</sup> Tomás el párroco fuera del confesionario.

Lo que Rita traía entre manos era una tarea de mucho empuje. Ella poseía un cortijo con algunos olivos, la finca le resultaba casi un lastre, porque faltando el marido, faltaron los cuidados a la tierra y el cortijo, que de estar cerrado por utilizarse nada más que en la temporada de recolección, se estaba

deteriorando lastimosamente. El nombre de la finca era La Calandria; estaba situada muy lejos del pueblo y formaba parte de un grupo de caseríos de diferentes dueños.

Rita le planteó a don Tomás su plan, don Tomás habló con Jeremías y Jeremías una noche sorprendió a Florentina diciéndole, nada más entrar en la casa:

-¿Te quieres casar conmigo?

-¡Estás loco! -exclamó abriendo mucho los ojos.

-No estoy loco, si nos casamos Jeremito tendrá una madre que lo cuide y lo quiera y Pepa un padre como Dios manda.

Y lloró colgada de su cuello.

-¡Loco..! ¡Loco..! ¡Eres un bendito!

Y él, soltándole el pelo, como cada noche, pasándole las manos por la nuca y apretándola, le decía mordisqueándole las orejas:

-Nos casará el cura, la madrina Rita, el padrino mi cuñado Pedro. Nos vamos a La Calandria de caseros.

Con el mayor secreto y misterio se fue preparando el casamiento. No había inconvenientes ni por el lado de la Parroquia ni por el del Juzgado, gracias a Rita y al médico. Ambos entusiasmados y esperanzados en una felicidad que la pareja se merecía.

Se lo comunicaba don Luis a Dorita, que estrenaba el primer hijo:

-El Jeremito tendrá una madre.

Y Dorita miraba con embeleso al tierno ser que tenía en sus brazos.

A Florentina todo aquello le parecía un sueño y cuando vio que todo era real, tiró la caja y el vasito de las mariposas y puso nuevamente en el vasar los retratos de sus padres.

-No deberías venir ahora por la casa, Jeremías...

-¿Por qué? -preguntó perplejo.

-Porque me da como vergüenza, que me parece que me he vuelto mocita y pura.

No pudo él evitar una carcajada insultante, y ella enrojeció y dejó libertad a sus lágrimas.

Jeremías comprendió y le pidió perdón sin atreverse a acercarse aunque deseaba enlazarla por la cintura, atraerla hacia su cuerpo y enjugar a besos aquellas benditas lágrimas.

No se movió, se rascaba la cabeza y parecía meditar mientras ella ponía orden en los juguetes de la niña. Por fin dejó la rascadura y preguntó con cómica humildad:

-¿No vendrás a la casa para hacer la comida y arreglar a Jeremito? Él te quiere y es inocente.

-Tú me comprendes, ¿verdad que sí Jeremías? Que me gustaría ir al altar contigo, pura y clara como agua de lluvia...

-Y así te considero, mujer, créeme -se atrevió a abrazarla y besándola en la frente, volvió a pedirle perdón. -No me lo tomes a mal, es que yo soy muy bestia.

-Y yo muy tonta. ¡Nunca más me disgustaré por las ofensas que a ti se te escapen sin darte cuenta, porque sé que no quieres hacerme daño.

Terminaron en un abrazo muy fuerte.

Y Jeremías muy satisfecho. Aquellos escrúpulos de Florentina, no los compartía él pero les producían una desconocida complacencia.

*más espavó*  
Manuela no atinaba qué clase de tufo le llegaba a la nariz. Que en casa de Jeremías se estaba tramando algo extraordinario y misterioso a juzgar por la limpieza y alegría que mostraba el Jeremito y se valió de mañas para atraerlo con el cebo del "joyo".

-Estás muy guapo, Jeremito ¿y por qué está tan limpio?

El misterio que Manuela no llegó a descubrir atisbando hasta altas horas de la madrugada desde su ventana, lo iba a desvelar el inocente.

-Voy a tener una madre.., voy a tener una madre...

¿Qué se casaba Jeremías? ¿Y con quién? ¡Mira que perder la vez su sobrina, con lo que las dos habían bregado con el puerco Matabichos!

-¿Una madre? ¿Quién? ¿Cómo se llama?

-...una madre y una hermana...

Pero ¿quién? se preguntaba Manuela sin encontrar pareja

aparente entre los conocidos. Con estas suposiciones echó la noticia al vuelo: Jeremías se casaba con una viuda que aportaba una niña.

La que supo, sin indagar, si no anotando en su mente lo que oía y veía, fue la devota tía de Rita; las visitas del médico sin que ninguna de las dos hubiera enfermado, eran sospechosas y más, sumadas a las del cura y las del viudo Jeremías; de lo que estaba segura era de que no se trataba directamente del Matabichos, como pensó al principio, si no de un casorio en puertas.

Y Rita, su sobrina, no era la novia. ¿Con quién se iba a casar Jeremías, ya que lo daba por seguro novio? Se lo preguntó:

-¿Con quién se va a casar Jeremías? ¿Puedo saberlo?

-Puedes saberlo, tía, si no lo espurreas por ahí.

-¿Me llamas chismosa?

-¡Qué disparate, tía! Es que hasta que llegue el día de las bendiciones es mejor no hablar del asunto.

Le extrañaba a la anciana lo que ella estaba llamando tapujos entre el cura, el médico y su sobrina.

-¿Con quién se va a casar?

-Con Florentina, tía.

-¡Ave María Purísima! ¿No será una burla?

-Es una cosa muy seria.

-Pero don <sup>Luis</sup> ~~Tomás~~ ¿sabe qué clase de mujer es la Florentina?

-Florentina es mi amiga.

-No, si a mí no me extraña tu amistad con ella porque tú eres muy especial, pero que don <sup>Luis</sup> ~~Tomás~~ y don Luis estén metidos en el lío, me parece muy raro, como cosa de otro mundo...

-Como una cosa muy buena porque es quitar a dos personas de un peligro...

-Sí, del pecado..; pero vamos a ver, Rita, antes de casarse tienen que comulgar y antes de comulgar tienen que confesar...

-Tía, esas cosas no deben preocuparte, son cosas de ellos y del cura.

-Pero, Rita de mi alma, apéate del burro y dime qué clase de confesión van a hacer esos pecadores públicos?

Rita se sofocó y sin poder continuar con el tono pacífico con que llevaba la conversación, exclamó con voz alta y contundente:

-A los pecadores, públicos o no, sólo Dios los juzga y acuérdate de aquello que dijo Jesús: "El que esté libre de pecado

tire la primera piedra". Yo no podré tirarla ¿la tirarías tú?

-¡Hija! Es que hay pecados de una clase y de otra...

-¡Vamos, tía! Dejemos de hablar de los pecados de los demás... Y que sepas que yo voy a ser la madrina y el padrino lo pone el novio, y como testigos don Luis y Doña Dorita -los ojos de la anciana no podían agrandarse más- y van a vivir como caseros a La Calandria.

-¿A La Calandria? Me parece una profanación habiendo como hay allí un oratorio sagrado.

-Había, tía, lo había cuando tú eras niña.

-Sí, y mi abuela nos llevaba a todos, hasta a los jornaleros, a rezar el rosario todos los días al anochecer..; había un altarito con el cuadro de la Virgen de Araceli...

-Sí, tía, sí..., y el cuadro está ahora en una de las alcobas y al oratorio se le cayó el techo y todavía no he podido reponerlo...

-¡Qué especial eres, Rita! ¿No has tenido dinero para conservar el oratorio?

-Me he visto obligada a reponer los tejados y paredes de algunas cuadras.

-¿Y has cuidado de las cuadras que son para alojar animales y no has querido cuidar el sitio donde desde siglos nos hemos reunido la familia para rezar agradeciendo a Dios cuanto nos dio?

-Pues sí, así ha sido y Dios lo ha permitido y ahora se va a poner muy contento cuando en La Calandria se vulva a cantar, a reír, a jugar, que todo eso, tía, todo es oración.

No quedó convencida la anciana, pero el tono de Rita -ya lo hemos dicho- era tan contundente, que decidió callar, prometiendo en su corazón, pedir al Cielo por aquella herejía que se iba a consumir en el cortijo, santuario de sus mayores.

Pero esa preocupación de la anciana también la tenían los novios y Florentina lo comentó con Rita. Ésta le dijo:

-Pero tú no tienes la culpa de lo que has sido y de nada tienes que acusarte, sólo tienes que decir a don Tomás: "Padre,

JUAN

seguiré siendo buena".

-No, Rita, no, porque yo me he desesperado y me quise matar tirándome al pozo, y eso es un pecado grave.

-Pero no lo hiciste.

-Porque mi niña lloró en el momento que ya ~~estaba~~ <sup>estaba</sup> subiéndome al brocal...

~~Estaban~~ <sup>Estaban</sup> ya ~~en~~ <sup>en</sup> los últimos preparativos para la boda. A Jeremías también le preocupaba el asunto de la confesión ¿desde cuándo no se acercaba a un confesionario? Desde que se casó con la Antonia, ¿y desde cuándo no entraba en la iglesia? Desde el entierro de la Antonia. Y pensaba que, dado que don ~~Tomás~~ <sup>Juan</sup> parecía un cura del mundo y de los pobres, tenía decidido decir: "Padre, yo no he rezado nunca porque no sé ni una sola oración; yo no le he hecho, a sabiendas, mal a nadie; ni guardo rencores, ni envidias; me llevo bien con todo el mundo, y si he ido con la Florentina, cuando ella era lo que usted sabe, iba por una necesidad porque otras cosas que hiciera para desahogarme serían peores.

Y a rezar le ayudaría el mismo don ~~Tomás~~ <sup>Juan</sup>, tranquilizado, llegó al día de la ceremonia.

Fue un amanecer cálido y transparente. Florentina y Pepa habían pasado la noche en casa de Rita, no sin aspavientos de su tía que quería inventar una jaqueca para acostarse y evitar la relación con la joven, pero Rita se lo impidió diciéndole, con mucho cariño:

-Tía, si el Señor la acoge ¿qué harás tú?

La niña, que ya conocía a la anciana, parecía muy contenta de estar allí. Florentina, con su modesto traje azul marino, de endeble lanilla, sus medias negras, sus zapatos de corto tacón, su porte humilde y a la vez señorial, ganó la simpatía de la anciana que hasta la elogió cuando admiraba su cabeza.

-¡Qué hermosura de pelo y qué color de oro y que larga tiene que ser la trenza para hacerte un moño tan grande!

-Me llega más abajo de la cintura -dijo Florentina agradecida.

-Cuando yo era joven, allá en La Calandria, para peinarme -hablaba la anciana evocando otros tiempos- ponía en el asiento de una silla alta un espejo y el neceser, me sentaba delante en una

silla baja, como si estuviera delante de un tocador, y cuando me quitaba las horquillas y me soltaba el pelo me llegaba hasta el suelo y mira en lo que ha quedado aquella hermosura...

Mirándole la blanca cabeza parecía imposible que en otro tiempo hubiera sido espléndida, suave y negra.

Ante las palabras de Florentina más corteses que veraces, se animó la anciana continuando la evocación de antaño.

-Nosotros nos fuimos La Calandria al salir de la iglesia acabaditos de casar porque no quisimos quedarnos al agasajo que mis padres daban a los invitados, achacamos las prisas a que como en invierno los días son muy cortos y el cortijo está lejos, había que llegar antes del anochecer, la verdad era que los dos queríamos estar solos cuanto antes y si en vez de ir montados en el caballo hubiéramos ido en lo alto de una nube, como en los cuentos, hubiera sido mejor... ¡ay, qué tiempos!

Calló la anciana pensativa y todas Rita, Pepa y Florentina estaban emocionadas. Rita, porque era la primera vez que la oía recordando su felicidad, Pepa, porque le gustaban los cuentos, y Florentina porque envidiaba aquellos recuerdos.

-...pues el día -continuó la anciana- que mi Benito, al entrar en el cuarto donde me estaba peinando sentada en la silla baja, todavía no teníamos el tocador que ahora tengo, y vio que me llegaba el pelo, tan ondulado y brillante, hasta el suelo, que el Benito se encabritó...

-¡Tía...!

-¡Hija, que estoy pensando en voz alta sin darme cuenta y es que los recuerdos a estos años son puros aunque no lo parezcan!. En fin, será hora de acostarse ¿verdad, Rita?, no me vaya a dar la jaqueca...

-¿Sufre de dolores de cabeza? -preguntó Florentina.

-A veces.

Contestaron a la par tía y sobrina.

La madre y la niña se acostaron juntas en una cama grande. La primera apenas durmió, le parecía imposible lo que estaba ocurriendo, sentía miedo del futuro, temor de que Jeremías volviera el pensamiento atrás y la recordara en su casa esperando a cualquier hombre, tendría que hablar y mirar con muchísimo cuidado para no levantar recuerdos, porque ahora Jeremías estaba ciego y todo le parecía bien, pero después, cuando se diera

cuenta de que a ella ninguna mujer la tratara como a igual en decencia, que algún que otro mal nacido hiciera un guiño o un comentario a cuenta de su conducta pasada... Se le aparecía la vida como un cielo lleno de nubarrones anunciando tormenta y lloró.

A ella no le eran fáciles las lágrimas pero también lloró, cuando a la madrugada, ya en la iglesia, al llegar el momento de recibir la Comunión, recordando aquella primera que hizo, en vida de sus padres, vestida de blanco desde los zapatitos hasta el velo, tan pura y limpia como el agua de lluvia, tan candorosa como un niño pequeño, tan buena como el pan, tan bonita como una flor... Todo tan cambiado... Aquella ventana que su padre pensaba ponerle unos hierros para hablar con el novio se convirtió en un alerta con la mariposa encendida: aquí hay una puta para gozarla... Lloraba hasta el punto de llamar la atención.

-¿Qué te pasa? -le preguntó muy bajito Rita.

-Que me acuerdo de mis padres...

Le alargó un pañuelo y ella se enjugó el llanto, Jeremías se inquietó: ¿Y si después de haber armado todo este tinglado dice que se arrepiente? Cuando la vio sonreír pudo serenarse.

En la iglesia, como la Misa, sin previo aviso fue adelantada en media hora, no había muchos feligreses, pero los que estaban, se acercaron, por bondad o por malsana curiosidad y todos dijeron lo mismo: -Que sea para bien.

Un desayuno en casa de la madrina. El padrino y los testigos se retiraron según lo convenido, porque terminado el desayuno saldrían los recién casados con sus hijos por la puerta trasera de la casa a subir al carro, ya cargado con los enseres más necesarios, que los llevaría a La Calandria.

La mañana era fresca y risueña, y ~~era que~~ <sup>porque</sup> todo alrededor de aquellos seres parecía sonreír, empezando por el sol que se obstinaba en atravesar con sus fuertes hilos el ramaje de los árboles dorando cuanto tocaba.

Un pajarillo los acompañó un buen rato sin dejar sus trinos y acrobacias.

Pepa, miraba asombrada.

Jeremito, se retorció las manos y babeaba.

Florentina, miraba al cielo preguntando.

Jeremías, la miraba a ella, le sonreía y hasta quiso cantar.  
Arre mulilla torda, campanillera.

La Calandria era un antiguo cortijo rodeado de olivos y de una pequeña viña cuyas cepas, cansadas de años, daba escaso vino aunque muy bueno. La fábrica estaba encalada y los hierros de las hermosas ventanas pintados de verde, como las maderas de las puertas. La principal, lucía clavos negros y abundantes jaramagos ~~en~~ el tejado, y a simple vista se notaba la escasez de cal. Era un hermoso edificio que pregonaba antiguas riquezas. En la fachada principal colgaban unas grandes anillas de hierro que en tiempos pasados sirvieron para el amarre de las bestias durante la carga o descarga.

La explanada era muy amplia, anteriormente parte de ella había sido jardín y aún quedaban vestigios: dos tinajas desvencijadas donde crecieron a placer las ortigas, un limonero y varios naranjos raquíuticos; los que fueron arriates para rosales se habían convertido en cuna de alimañas.

La Calandria tenía por vecindad varios cortijos y lagares, todos tan blancos y tan cerca entre sí, que la tierra parecía una amplia sonrisa.

Tal le pareció a Florentina al divisar la agrupación de las casas, pero le inquietó, le pareció que el paisaje le sonreía siniestramente. Al ayudarle Jeremías al bajar del carro, notando el temblor de el cuerpo de ella y estando él embriagado de ilusiones le había dicho:

-¡La mejor tierra del mundo y aquí viviremos los cuatro muy felices!

Ella ayudaba a los niños a bajar. Jeremito encontró un palitroque y comenzó a hurgar con él en las ortigas de las tinajas, algunos bichillos escapaban asustados y los perseguía. La niña se había agachado para coger una margarita silvestre.

Abrió Jeremías la gran puerta de la casa, por la que entró el carro con los enseres al inmediato patio. Éste estaba empedrado en su totalidad, al fondo el pozo y cerca de él los

bebederos de los animales y la pila para lavar la ropa. A la derecha las habitaciones de los señores, a la izquierda la cocina y los aposentos de los caseros y las dependencias de la gañanía.

Todas las puertas estaban abiertas: bodega, cuadras, corrales, molino, pajares... ¿Dónde estaría situado el oratorio? Al lado del salón de los señores, había sido una habitación junto a la escalera, con el techo muy alto, quizá preparado para una campanita, <sup>que</sup> lo pudo ser altar era un maltrecho poyete y encima de él la pared hinchada a trozos, maravillosos nidos de murciélagos, desde allí podía verse el cielo y los pájaros.

En esa ruina había quedado el oratorio de La Calandria.

-¿Lo podremos arreglar nosotros, Jeremías? -preguntó ella angustiada.

-Con el tiempo todo tiene arreglo, mujer. Afianzar las vigas y techar es fácil.., todo llegará.

Y casi había llegado: antes de que se cumpliera el mes de la llegada, estaba todo enjorjado de cal y resplandeciente por fuera y por dentro; la explanada limpia de ortigas y de otras malezas; la cocina reluciente de cal y de frotos con estropajo, arena y jabón; los dormitorios limpiísimos; el de Pepa al fondo del pasillo, casi aislada, separada de los mayores y de Jeremito.

-Las habitaciones de los señores las tenemos que dejar primorosas para cuando nos visite Rita y su tía.

-Todo llegará, mujer, todo llegará...

¡Y vaya que iba llegando! Por lo pronto las primeras visitas de los caseros vecinos y la del dueño de Los Lampazos quien al despedirse, después de haberse ofrecido para lo que haga falta, dijo:

-...me encarga mi mujer que le diga a la tuya que un día de estos vendrá por aquí para conocerla y saludarla.

¡Y vaya si iban llegando, aunque a Florentina cada anuncio de visita la ponía nerviosa! ¡Sabrían aquellas gentes qué había sido ella? ¡Habría entre ellos alguno que pudiera haber pasado un rato en su cama?

No estaba tranquila; le asustaba la vecindad, ¿cómo fue que pudo callar cuando Jeremías, entusiasmado por la visita a Los Laureles, le dijo:

-Es el cortijo más hermoso y cuidado de estos contornos, y ¡fíjate! se llama Los Laureles y no hay un solo laurel en aquellos campos; el señorito apenas aparece por él y lo tiene

todo al cargo del administrador. Un día de estos te voy a llevar para que veas y compares: Los Laureles es un palacio y La Calandria una choza...

Malamente durmió aquella noche ella, como malos habían resultado sus entretenimientos amorosos; lo notó él:

-A ti te pasa algo...

-¿Qué me va a pasar? *-Un poquillo*

*-Un poquillo* me duele la cabeza.

-Es que trabajas como una mula, mujer; ve pian pianito que todo llegará...

¡Sí estaba llegando! Si ya les habían vendido a dita una chivita para que Jeremito se ocupara de ella y algún día llegara a ser cabra y ¡quién sabe!

Y la dueña de Los Lampazos la había visitado y la trató de igual a igual. *Cinco* ~~Tres~~ niñas tenía y "lo que viniera", había dicho palpándose el abultado vientre.

Y la casera de San Ambrosio, una mujer con fama de relimpia y que además se decía que era muy "estirada" porque los marqueses, dueños de la finca la consideraban muchísimo.

Podría olvidarse de todo si no estuviera danzando en su mente el nombre del cortijo Los Laureles, cuyos caseros le habían hecho una visita muy fría. Que el señorito venía poco porque vivía en Madrid ¿Y cuándo venga? ¿Se lo diría a Jeremías para que él no frecuentase tanto ese cortijo? ¿Se lo diría?

En cambio él era plenamente feliz: satisfecho de todo, de su mujer, de sus hijos, porque a la Pepa la consideraba como hija suya; su trabajo seguro; la estimación de los vecinos y sobre todo ver a Jeremito siempre limpio desde la mañana a la noche, aunque todavía no había conseguido dominar las insistencias de su vientre, a pesar de eso, hasta olía bien el muchacho y desde que tenía la obligación de cuidar de la chivita, se entregó con afán a la tarea y abandonó la captura de bichejos.

-Si tuviéramos un gato alejaría a los ratones.

-Ya llegará, ya llegará el gato...

Y llegó también.

Fue encontrado en el campo cercano a las cuadras, en la madrugada lo sintieron maullar quejándose y como no callaba espantaba el sueño de Florentina y Jeremías, al amanecer, guiado por su oído, ~~éste~~ llegó hasta unos matojos donde estaba el animal que se dejó coger.

-Mira Florentina, un gato negro, el de la suerte...

-Es muy chico...

-Ya le llegará el crecimiento a su hora, mujer, por lo pronto habrá que alimentarlo...

Una poquita de leche y el gato dejó de maullar y se entusiasmó después con su propia limpieza. A la niña le servía de juguete, a Jeremito no le gustaban sus ojos y lo despreciaba. El animal resultó ser dócil y cariñoso, Pepa lo llamó Zape.

Y Zape con la chiva Lola, fueron puntales de la fauna de La Calandria.

Después llegaron muchos regalos: el de María la de Los Lampazos con una docena de pollitos; la casera de San Ambrosio con dos gazapitos, macho y hembra; y la de Los Laureles con una collera de palomos.

-Somos ricos, Florentina -se alborozaba Jeremías- ya lo que nos falta es tener una burra que nos para ~~potros~~ <sup>burras</sup>

Y Florentina reía casi feliz; casi, porque el fantasma de Los Laureles no la dejaba tranquila.

Casi medio año había pasado cuando se presentaron en la finca Rita y su tía. El entusiasmo de la anciana fue grande cuando vio restablecido el oratorio. Florentina explicó como Jeremías trabajó de sol a sol hasta poner el techo en condiciones, que ya podía diluviar que no habría ni una sola gotera; que picó las paredes, las enyesó y las encaló él <sup>sólo</sup> porque ella sólo había ayudado a la limpieza y a la colocación del cuadro de la Virgen de Araceli, y de hacerle unas vainicas y pegarle un encaje de ganchillo que le había regalado Anica y que vino pintiparado para el trozo de sábana que servía de mantel de altar; y que las plantas de geranios que plantó en unos tiestos rotos los cuidaba ella misma y que cuando tuviera crecidos los rosales adornaría el oratorio con rosas.

-¡Bendita seas, hija mía!-agradeció, conmovida, la anciana.

Las habitaciones de los señores resplandecían de acicaladas. Rita estaba contentísima; sus campos cuidados por muy poco dinero, ya que los jornales eran suplementados por el uso de toda la finca y el huerto.

-...y todo el trabajo que eches en la casa te lo encontrarás cuando llegue a ser tuya.

-¿Cómo va a ser posible eso? -exclamó asombrado Jeremías.

-Ahorrando, ahorrando.., y como yo no tengo herederos

forzosos...

Por la noche Jeremías no encontraba postura en la cama para coger el sueño porque las palabras mágicas "no tengo herederos forzosos" le martilleaban el cerebro en constante silabeo, alternando con las inquietantes "ahorrando, ahorrando". ¿Qué había querido decir la Dengosa? Ni la Dengosa se aclaró, ni su cerebro se tranquilizó y ya clareaba el día; en la habitación comenzaron las sombras a huir a la par que se iban perfilando contornos.

Así pudo ver a Florentina en el gozo del sueño plácido; le pareció que la veía por primera vez: el pelo suelto resbalando por la nuca y los hombros; descansando la cabeza sobre un brazo; el cuerpo libre de ropa y los pechos, casi infantiles, levantos *levantos* al compás de la respiración. En otras ocasiones la despertaba acariciándola con furor, como si la hubiese encontrado después de haberla perdido, besándola apasionado como si fuese la primera vez que la tuviese junto a sí.

Y ella:

-¡Ay, Jeremías, que niño eres!

Muchas veces ocurría así, pero ese amanecer, tras el insomnio, fue distinto. Se echó de la cama con mucho cuidado para no despertarla y a medio vestir se acercó por el lado que ella ocupaba y puesto de rodillas, con suavidad de pluma puso un beso en su pie; ella encogió la pierna sin dejar de dormir; él, volvió a poner otro beso de seda en su rodilla, ella, cambió de postura.

-¡Flor, Flor..! -se le ocurrió, por primera vez, llamarla así.

Súbitamente despertó y se sentó en la cama.

-¿Me llamas? -dijo extasiada.

-Te llamo, sí -contestó él abrazándola con fuerza.

-¡Ah, eres tú? -dijo sorprendida.

-¿Y quién iba a ser, mujer?

-Es que mi padre me llamaba así *Flor* pero ¡por favor! no me llames más así...

-Descuida, Florentina, no lo diré nunca más.

-Nunca jamás.

-Nunca jamás -y añadió guasón- ¡Mira que la petera que te ha entrado!

¿Y cómo iba ella a confesarle, que en lo mejor del sueño la

despertó, cuando creía estar en brazos de Joseíto?

-No he pegado un ojo en toda la noche; he sentido a los palomos arrullarse y me ha dado envidia porque tú no estabas despierta como la paloma para que pensaras conmigo... Rita dice que hay que ahorrar, ahorrar mucho y yo pregunto ¿más todavía, si no he podido ir a Lucena a mercarte una buena tela para un vestido y que puedas tirar todos los que te compraste entonces?

-Jeremías, quedamos en que lo de entonces, sería como si no hubiera sido nunca...

-Sí, sí, pero yo soy el hombre que lleva esta casa y a mi mujer y a mis hijos los visto yo.

-Ya llegará, ya llegará, como dices tú, pero entretanto hay que aviarse con lo que tenemos... ¿Y qué te dijo Rita además de lo del ahorro?

-Me dijo, me dijo... -y abría la boca en una sonrisa- me dijo... bueno, yo no sé lo que me dijo pero me dio a entender que como no tiene herederos forzosos algún día seremos los amos de La Calandria.

La niña Pepa era la más feliz de la familia.

María la de Los Lampazos le había tomado cariño y mandaba a sus hijas mayores a recogerla cada día para que jugara con Candelita, de su misma edad, y después aprendieran las dos a leer con un maestro que a diario recorría los cortijos desempeñando su preciado menester.

Se intentó hacer lo mismo con Jeremito; el maestro fue varias semanas sin conseguir del muchacho absolutamente nada; el padre, muy conforme, había dicho:

-¡Bueno, ya llegará, ya llegará! Por lo pronto dá de cuerpo él solo y a las horas del día y eso es mucho adelanto; algún día también llegará que orine en condiciones y que no enseñe tanto lo que ha de estar tapado... Mi niña Pepa -siempre la llamaba así- está acostumbrada y lo ve natural pero las niñas de Los Lampazos se escandalizan porque ellas no tienen hermanos.

Así que, terminaron las clases y hubo un ahorro más con el

buen parecer del padre.

Jeremito avanzaba en altura y anchura de su cuerpo; adoraba a Florentina y la obedecía en todo hasta consentir llevar atado a la cintura un delantal a modo de taparrabos, porque ni ella ni el padre conseguían que se abrochase los pantalones, por lo que lucía espléndidamente sus espléndidos atributos viriles.

La niña Pepa crecía hermosa y grácil; le gustaba el campo y tenía sus amistades entre las niñas de los cercanos caseríos; su predilecta era Candelita, de su misma edad, vivaracha y cariñosa, la pequeña de los dueños de Los Lampazos.

Ya en una u otra casa, las niñas compartían juegos y deberes; los infantiles juegos de antaño con músicas *dedenciosas* y ligeras, muñecas y otros juguetes; los deberes eran ayudar en las faenas de la casa y en las del campo; Pepa era una artista preparando la comida de los animales del corral y mantenía limpiísima la cuba donde bebía la cabra; cuidaba las flores y el trozo de huerta que Rita les había cedido para sus gastos diarios de patatas, berzas y frutas.

Candelita preguntaba:

-¿Cuándo vas al pueblo?

-No voy. Dice mi madre que allí no tenemos a nadie y yo le digo: "Sí, tenemos a Petra y a Rita y siempre me dice lo mismo: Ya iremos las dos un día".

-Pues mi madre ha dicho que si tus padres quieren dejarte venir con nosotros a la feria...

-También Rita ha querido que vaya con ella y que me preparará para hacer la primera comunión.

-A mí me prepara mi abuela Curra y si tu madre quiere te prepara a ti a la vez y cuando llegue el día vamos juntas, ¡qué alegría!, ¿verdad Pepa?

Y realmente fue un día hermoso para las dos familias; la de Los Lampazos lo pasaron con sus parientes; la de La Calandria con Rita, dándole así una alegría muy grande a la anciana que todo lo que oliera a cera era de su mayor agrado.

En casa de Rita encontraron una novedad: la presencia de un sobrino del difunto marido de ella, que había quedado huérfano en plena *juventud* *adolescencia* y por reveses de fortuna en la más absoluta pobreza.

La Dengosa, que era compasiva, lo acogió como si el chaval hubiera nacido de su propio vientre. A Jeremito, que durante los

→ *punto y aparte*

oficios religiosos disfrutó muchísimo, le rebosaba el gozo en su trato con Gabriel -nombre del sobrino- que resultaba simpático por listo, y por su comportamiento con el inocente; por eso, ante los ojos, mejor aún, ante los corazones de Jeremías y Florentina, se había hecho un altar de agradecimiento.

“Velay -pensaba el padre- casi de la misma edad, altos y fuertes los dos; el Gabriel con los tornillos bien apretados, mi hijo sin ellos; el Gabriel guapo, de los que vuelven locas a las mocitas, y mi hijo feo con ganas... ¡caray!, que soy su padre, pero tengo ojos en la cara y Jeremito es feo de asombro y eso que su madre fue guapísima y yo no mal parecido; el Gabriel con el pantalón bien abrochado y la camisa cerrada; mi Jeremito, que por ser el día que es, no quiso Florentina ponerle el delantal para taparle la delantera, nos tiene a todos pendientes de su bragueta y de sus orines.. ¡velay!, lo que son las cosas: al Gabriel se le mira con gusto y a Jeremito con asco.., pero por lo mismo que es un inocente lo quiero más que a mi propia vida”.

Jeremías no hablaba esas cosas pero las pensaba y las adivinaba Florentina, quien toda amor se volcaba en el muchacho. Que fuera feliz era su meta. Que su hija también lo fuera eran sus afanes.

¿Y Jeremías?

“Jeremías es un bendito -pensaba ella- me quiere y lo quiero; él a mí con pasión de macho; yo a él con mi corazón rebosando agradecimiento, y cuando alguna vez se queja porque no le correspondo como él quiere a sus caricias fogosas, se pone triste y sé que recuerda nuestros primeros encuentros y entonces me esfuerzo en demostrarle cuanto lo quiero... porque la verdad es que lo quiero, no como él a mí; él es un torrente, yo un arroyito de agua ~~limpia y clara~~”

*mas espacio*

La Calandria era una hermosa finca, cuidada la casa y mimada su tierra, que si aquellos olivos eran pregoneros de paz y abundancia, la explanada era una explosión de colores y aromas.

Rita los visitaba con frecuencia y siempre iba acompañada del sobrino que se había convertido en un hermoso jayán “¡velay!, -diría Jeremías- para que las mocitas se vuelvan locas nada más verlo”.

Rita estaba orgullosa del sobrino, porque había conseguido que aprendiera a leer, a escribir y a hacer cuentas y había

salido "más listo que el hambre".

Algunas veces iba solo Gabriel, que le gustaba ver el olivar, preguntaba por el laboreo y por minucias, según llamaba Jeremías a las preguntas del mozo y comentando después con Florentina:

-Viene y lo mira todo con ojos de amo.

-Pero no nos echará de aquí ¿verdad, Jeremías?

-No mientras viva Rita y además pueden cambiar las cosas...

-¿Qué cosas...? -los cambios le asustaban.

-Pues eso, que la vida va dando vueltas como la noria y unas veces el cangilón se llena de agua y otras se derrama... ¡velay, lo que puede pasar!

-No te entiendo, Jeremías...

-Ya, ya caerás en la cuenta algún día...

-¡Me asustas!

-Todo será bueno, mujer...

¿Qué pensaba Jeremías?

Fácil.

La Pepa había dejado de ser niña; granó en mujer hermosa y fina como la madre; él había notado que Florentina vigilaba los pasos de Pepa y del Jeremito, pero la inocencia del muchacho era absoluta; el inocente quería mucho a su hermana, como la nombraba siempre.

-¿Quién es Pepa, Jeremito? -le preguntaban por oírlo.

Y abría mucho la boca silabeando para decir: -Mi hermana.

La quería mucho y también a Candelita y a Gabriel que continuaba sus visitas a los caseros.

Pues eso era lo que pensaba el cazurro Jeremías: "la Pepa es un pimpollo de rosal, el Gabriel un clavel reventón ¡buena pareja!, y como se encapriche con la mocita no nos moveremos en jamás de La Calandria, y ¡Florentina sin oler el guisado!.

Ella no tenía estos pensamientos y sin embargo, siempre que llegaba Gabriel, ponía un pretexto para enviarla a Los Lampazos porque el Gabriel con la sabiduría que dan los libros iba para señorito...

¿Y Pepa? Fuera de la red. Ni una sola vez pasó por su mente lo que pasaba por la de Candelita: -¡Si el Gabriel se fijara en mí! ¡Qué guapo es!

-Sí, es guapo pero es rubio y a mí me gustan los morenos.

Moreno era el amo de Los Laureles. Pero muy mayor; casi tendría la edad de su padrasto; cuando lo vio por primera y única vez fue el día en que Jeremías la llevó a ella y al Jeremito a Los Laureles porque lo había llamado el administrador de la finca; los tres fueron andando; al llegar, Jeremías entró en la casa y ellos quedaron en la explanada acariciando a los mastines., Un hombre se asomó a una ventana alta y gritó con alegría.

-¿Florentina, tú aquí? Ahora bajo.

Y bajó.

Quedó cortado cuando estuvo delante de la mocita al escuchar al inocente:

-Es mi her-ma-na.

Y ella aclaró:

-Florentina es mi madre.

Allí quedaron ellos con los perros. El amo de Los Laureles entró en la casa haciéndose preguntas sin respuestas.

De vuelta a casa, Pepa dijo alegremente, digamos orgullosa, de parecerse a su madre tan bonita:

-Mamá, el señorito de Los Laureles me llamó por tu nombre creyéndose que yo eras tú.

Jeremías escuchó sorprendido y miró inquisitivo a Florentina que había bajado la cabeza escondiendo el arrebol de su cara.

-¿Lo conocías tú? -preguntó en tono extraño.

Pepa esperó la respuesta de su madre que dijo con voz temblorosa:

-Sí, hace mucho tiempo., entonces todavía no me habían salido las canas... -y se dirigió a la cocina.

Jeremías la siguió: le puso una mano en el hombro y le dijo con sorprendente ternura:

-Yo fui a Los Laureles para servir de testigo ante el notario de la venta de la finca; se queda con ella Pedro el administrador; al señorito no le interesa el campo; hace un montón de años que no venía por el cortijo y esta misma noche se va para Madrid. No lo veremos más.

-Mamá -entró en la cocina Pepa- ¿y siempre ha sido así de guapo ese hombre?

-No me acuerdo como era, hija...

-Pues a mí me ha gustado...

-¿Quieres callar, Pepa? -gritó él- una niña decente no dice esas cosas...

-¡Jeremías..! -suplicó la madre.

Toda la tarde anduvo Florentina cavilosa; la reprimenda de Jeremías a Pepa era una espina muy grande que se le había clavado en el corazón; las palabras "las niñas decentes" eran un alerta doloroso; en adelante tendría que cuidar muchísimo sus palabras.. ¿y cómo, si Pepa ignoraba la verdad de su existencia?

Difícil se presentaba la mocedad de la niña que se había convertido en una mujer con apetencias sensuales y que ya despertaba deseos.

Cavilosa la sorprendió la noche; ni siquiera escuchó el ruido de los palomos ni el silencio de las gallinas; no se fijó en que a Jeremito se le había enganchado el delantal en los cuernos de la cabra cuando fue a darle de beber a ella y a su cría antes de encerrarlas; ni que Pepa cantaba a la par que regaba las plantas que adornaban la explanada; ni que había entrado el perro y la miraba, como siempre, amorosamente desde la puerta; y que era heraldo de Jeremías, por lo que éste ya estaba pronto a entrar en la cocina para tomar la cena diaria; ni que la Luna se había adelantado a las estrellas.

-¿Hoy no se enciende el candil? -dijo Jeremías entrando tras el perro.

Florentina se disculpó: que tan embebida estaba en sus quehaceres que ni se dio cuenta de que la noche se echaba encima.

Y aunque todo transcurrió con la normalidad habitual, Florentina seguía cavilosa. *un poquito de espacio*

En La Calandria se habían acabado todas las faenas, las obligadas a los animales -ya eran dueños de un hermoso borrico- y las precisas a Jeremito: la limpieza de su cuerpo y el arreglo del catre con lienzos doblados a modo de pañales que le servían de empapadera mientras dormía en la noche; lienzos de los que cuidaba Pepa desde que tuvo fuerzas para lavar la ropa.

Florentina estaba ya tendida en el lecho cuando entró Jeremías.

-Apagamos el candil y nos quedamos con la Luna que entra por

la ventana y así te veo bien.

(A Jeremías, acostumbrado a tener luz en el cuarto por necesidad y atención a su hijo, le gustaba la claridad de la mariposa, pero esta palabra no se pronunciaba entre ellos; se desvestían con luz de candil y procuraban tener cerca velas y cerillas para un caso necesario)

Entró en la cama con apenas ropa, le buscó la cintura y le preguntó preocupado:

-¿Estás mala? Me parece que te pasa algo...

-No me pasa nada, Jeremías, solamente que estoy cansada...

-¿El Jeremito? Hoy lo he retirado de aquí; me lo llevé con pepa a Los Laureles... ¡claro! -fingió que se daba cuenta del por qué la actitud silenciosa de ella- ¡lo que tú tienes es que ese señorito anda por estas tierras, pues tranquila que ya irá camino de Madrid.

Luego un silencio turbador y la mano de él paró de acariciar la cintura de ella.

Por la ventana entraba un torrente de Luna que hasta plateaba las vigas del techo.

Florentina, bañada en claridad ofrecía su cuerpo en una pasividad dolorosa.

Jeremías se incorporó y pasó la rudeza de sus manos por la suavidad del cabello destrenzado sobre los hombros.

-¡No, no..! -suplicó ella.

Le pareció que Jeremías había enloquecido de pronto, cuando tomándola entera, exclamaba, ronca la voz:

-...¡pero, eres mía, mía solamente!

Después, ya clareando el nuevo día, cuando la Luna desapareció de la alcoba, cuando en el campo continuaba la inefable lucha de luces, sombras, aromas y sonidos, Florentina aún seguía cavilosa.

Y Jeremías también andaba caviloso desde que abandonó el lecho. Apparentemente todo transcurría con la normalidad diaria: encender la candela y preparar los cacharros del desayuno: la

olla de barro para el café y la de porcelana para la leche; preparar el aparejo del burro, asear un poco la cuadra y coger la herramienta para la labor. Había que ordeñar a la cabra antes de que bajara Jeremito, que, empeñado en ordeñar él y no conseguir hacerlo bien nunca, armaba un pequeño escándalo que sólo la paciencia de Florentina era capaz de sofocar; el ordeño lo hacía, ella y a veces Pepa; la cabra en el corral esperaba paciente el descargo de su ubres y el agua fresca y <sup>para</sup> la salida al campo con su cría vigilada por Jeremito; era el aliciente del muchacho y la calma de sus instintos *violentos*.

Aquella mañana, aparentemente como todas, pero lo mismo Jeremías que Florentina sabían que un vaho frío se interponía entre los dos.

-Hoy está el trabajo en la loma; allí esperan los hombres que manda Rita para ayudar, así que no vendré hasta el anochecer..

-¿Te preparo la mochila?

-Prepáramela.

La preparó, como siempre, solícita y delicada; que comiera bien porque el trabajo de la tierra consume muchas energías: el queso, el chorizo, los dos huevos duros, las uvas, el pan y su botellita de vino; a Jeremías le gustaba un traguito de vez en cuando, pero sólo bebía cuando no estuviera delante Jeremito, que se alteraba nada más olerlo y si le daban a beber un buchito perdía por completo la razón.

Más temprano que otros días partió Jeremías para hacer las faenas; aún no se había desperezado el sol y ya iba camino de la besana; ella, como siempre, salió a la explanada para despedirlo.

-Hasta la vuela -dijéronse ambos.

*Por que* Ambos respiraban el mismo misterioso vaho frío.

Cuando ella lo perdió de vista, entró en la casa para que el día tomara el ritmo del trabajo y el orden.

Él, caballero en su asno, porque era suyo, fue comprado en la feria del pueblo con los dineros que les adelantó Rita. Eran propietarios ya de muchas riquezas: el burro, las cabras, las gallinas, los palomos, el perro y hasta un gato; y si las cosas se ponían a tiro en la feria, podría cambiar el borrico, con dineros encima, por un mulo o por una borrica ;quién sabe si alguna podría montar en su propio caballo!

¡Si las cosas marchaban muy bien!

¡Si él no era ambicioso! Si sólo quería vivir en paz y lo único que le entristecía era el comportamiento de Jeremito, el inocente que su difunta madre le dejó de recuerdo. Su difunta Antonia y Dios que la recogió en la flor de su vida sabría lo que hacía, pero a él le trastornó la senda, y si por lo menos el Jeremito se hubiese parecido a la guapa de su madre.., pero en pañales estaba y a pesar de que todos los niños gustan, el suyo asustaba de feo: "Ya se enmendará, Jeremías, se pondrá precioso", aseguraba la madre. Iba a peor, y eso de unos padres en condiciones; conque hubiera heredado a uno de los dos, tendría otro pasar; el pelo y los ojos negros de Antonia, la naricilla respingona que le hacía tanta gracia, la delantera tan echada para delante, las caderas que las movía al andar como un baile único; un poquillo sosa sí era; muy poca gracia y un poquito arisca...

En todo contraria a Florentina que rebosa mieles; menos anoche; ¿qué le pasaría? Él la buscó para que entendiera que no le importaba nada el asunto, ya más que pasado, que tuvo con el señorito de Los Laureles; sí es verdad que en un momento se sobresaltó, cuando la vio a la luz de la Luna que entraba por la ventana, tan blanca, con el pelo derramado por el pecho y enredado en un pezón, se olvidó del señorito y de todo lo que los rodeaba: la cintura y el vientre como si jamás hubiera albergado en él a una criatura, el aliento de su boca, su respiración... Tal vez no debió decir "eres mía, mía solamente", porque ella creería que se la estaba disputando al de Los Laureles y a los otros.

Eso fue lo que había ocurrido y así, aquella mañana, ninguno de los dos atinaba a mirarse directamente a los ojos, como si entre ellos se hubiera levantado una tapia a raíz de "Eres mía, mía solamente", cuando ella quedó callada y dejó sus manos quietas sin buscar las de él y como si estuviese cansada procuró su postura de descanso; y después, cuando se insinuaba el día se miraron sin sonreírse; y dijeron palabras secas y forzadas:

-Está amaneciendo y hay que levantarse.

-Ya es de día y pronto entrará en el cuarto la luz del sol.

-Como anoche entró la luna.

Ella salía ya ajustándose el delantal.

Jeremías sintió el vaho frío.

El día en la besana fue triste; no escuchaba a los

compañeros de faenas que en los descansos hablaban de las cosas que estaban ocurriendo en el pueblo.

Se escuchaba sólo sus pensamientos.

¿Qué el de Los Laureles confundió a la Pepa con la madre? ¿Dónde tenía los ojos el señorito? El pelo rubio, alta y fina pero endeblucha de tan fina que parecía un espárrago, en cambio, la madre tenía redondeces por donde hay que tenerlas y no más que las que hay que tener para estar en su punto; algunas canas le están saliendo pero hasta las canas la ponen bonita...

-Jeremías -le dijo uno de los acompañantes- ¿cómo marcha el Jeremito?

Dos veces hubo que hacerle la pregunta pues la distracción era manifiesta.

-¿Le pasa algo a tu hijo? Te encuentro preocupado.

-Jeremito está bien -contestó al fin- y no me preocupa nada, sólo que anoche tuve mala digestión...

Intentó meter baza en la conversación pero sin conseguir apartar de su cerebro la imagen en el lecho de Florentina, el señorito de Los Laureles y aquellas palabras que no debió decir.

El día la pareció muy largo separado de ella y muy corto porque al verse vuelta ¿seguiría el ánimo de ella retraído, como molesta y contrariada?

Volvía caballero en su asno, con las alforjas casi intactas, contestando con monosílabos a los jornaleros que se dependían hasta el día siguiente, sin escuchar a los pájaros que daban sus últimos paseos antes de volver a los nidos, sin ver cómo iba hundiéndose el sol en un mar verde de olivos, sin alegrarse cuando cerca de la casa salió a recibirlo el perro, sin notar que Jeremito quería azuzarlo con el delantal que se había quitado en un momento de infantil alegría y que el pantalón entreabierto mostraba sus atributos.

-¡Guarro..! -le gritó apeándose del asno.

A su voz acudió Florentina.

-Ven aquí, hijo mío, y tápate por favor, aunque sea con mi delantal -decía cariñosa, desatándose la prenda de su cintura.

El muchacho obedeció y la besó las manos dejándoselas húmedas, como si el perro, que miraba atento, se las hubiese lamido.

-¡No le riñas, por favor! -suplicó ella.

Jeremías se bajó de la bestia, agachó la cabeza, sacó la

mochila del serón y tiró del ronzal para darle de beber antes de llevarla a la cuadra.

Pepa andaba por la cocina con los preparativos para la cena.

Cuando Jeremías salía de la cuadra se sorprendió ver en la puerta a Florentina muy risueña y su corazón se volvió loco de alegría; ella se había subido al escalón para ganar altura y, llegar con su boca a la de él.

¡Oh, qué ruido de palomos arrullándose, qué algarabía en el cielo, qué balido tan tierno, qué cacareo al recogerse las gallinas, el ruidito del agua (¿qué agua?, las gotitas que chorrean de la sogá del pozo y que al chocar en el fondo forman música de cristales) el quiquiriquí tocando a recogida y el cri, cri, de un enamorado grillo... (¿podrían ser campanitas de gloria que tocaran en el oratorio? No había campanas, ni siquiera campanario, eso lo sabían muy bien las lechuzas).

Se abrazaron como dos chicuelos; se rieron como dos locos.

Y loco estaba Jeremías; una locura que le hizo descansar a la noche en los brazos fuertes y suaves de Florentina.

Jeremías había dejado de cavilar.

Gabriel menudeaba sus visitas a La Calandria, por lo que Candelita hacía visitas también con cualquier pretexto, aunque el muchacho, un tanto reservado y camandulón, trataba a las dos mocitas con la misma cortesía.

A Candelita, el que luciera el joven un cabello rubio la parecía el sumo de la belleza; Pepa seguía considerando la belleza en unos pelos negros y fuertes, como los del señorito de Los Laureles, como los del Jeremito o como los de su padrasto...

Y su verdadero padre ¿cómo los tendría? ¿cómo había sido? Muchas veces se lo había preguntado a su madre y siempre contestaba igual: -Hija, un hombre corriente.

-Pero ¿era guapo como Jeremías?

-Era corriente, ya te lo he dicho.

-¿No tienes retratos de él?

-No.

-Pero de los abuelos por tu parte sí los tienes.

-Sí.., mi padre se lo hizo de soldado y mi madre cuando servía en una casa de señores ricos.

-Y mis abuelos por parte de mi padre ¿cómo eran?

-Corrientes, hija, corrientes...

Pepa pensaba que las relaciones de su madre con la familia del padre no fueron muy amistosas y daban la impresión de no existir; las respuestas de Florentina no satisfacían a Pepa que a medida que pasaba el tiempo, en vez de diluir la curiosidad, se hacía más intensa; ¿fue un malhechor? ¿la maltrató? ¿le hizo pasar una vida amarga?

-Oye, Rita -le preguntó a ésta en una de las visitas a la finca -¿tú conociste a mi padre?

-¡Claro! ¡Cómo todo el mundo! -había contestado sin calibrar la pregunta.

-¿Cómo era mi padre?

-¿Cómo era..? -dijo, todavía sin comprender Rita -¿Qué como era, has dicho? Qué como es querrás decir...

-Pero Rita, yo sé cómo es Jeremías, y es mi padrasto; yo te pregunto por mi padre de verdad, porque a mi madre parece que no le gusta que se lo pregunte; dímelo tú ¿cómo era? ¿de qué murió?

-¡Ah! -(por fin Rita se puso a tono)- Pues mira, tu padre fue un hombre corriente, eso, corriente, ni alto, ni bajo, ni grueso, ni flaco...

-Pero ¿era bueno?

-¿Bueno? Pues eso, corriente...

La llegada de Florentina interrumpió el diálogo.

-¿De qué hablabais? -preguntó.

Y Pepa, guiñándole un ojo a Rita, contestó con gracia:

-¿De qué vamos a hablar? De lo corriente ¿verdad?, de lo corriente.

Y Pepa se había propuesto averiguarlo y buscaría la ocasión; tal vez, una de las veces que iba al pueblo con Candelita y su familia se daría trazas para visitar a Petra, la cocinera de la casa de don Paco, que de chiquita la sacaba de paseo a jugar con otras niñas en la Plaza. Seguro que ya estaría muy viejecita, pero se iba a alegrar mucho cuando le dijese:

-”Me acuerdo mucho de ti, Petra ¿me conoces?” -”¡Uy! -diría Petra sorprendida- ¡Pero si estás hecha una mocita !” -Y Petra le

diría la verdad.

Naturalmente, Petra había envejecido.

En la casa de don Paco, que ya no parecía el mismo, todo había cambiado, desde que murió doña Vero ~~x~~ la dirección de la casa la tenía la cocinera que se había erigido en dueña absoluta del maltrecho hogar. Además, don Paco padecía una enfermedad dolorosa que lo tenía sujeto a la cama y a una butaca que, cuando el tiempo lo permitía, era sacada, con él sentado, a la acera de la calle para que tuviera el aliciente de ver pasar gentes, que algunos charlaran con él, o que le acompañaran sentados también en sendas butacas; total, una tertulia; cuando los tertulianos faltaban, ocupaba una butaca Petra, con empaque de dueña.

Don Paco la aguantaba pero le había nacido un odio hacia ella, tan manifiesto, que se volvió agresivo. Aquella tarde, una tarde cálida de verano, ambos frente a frente, hablaban de cosas muy importantes: la de traer a la casa a Jose\lito, con su mujer y los seis hijos; al cortijo mandaría otros caseros que ya tenía apalabrados y de ese modo, los niños de Jose\lito podrían aprender a leer, a escribir y a saber de cuentas; Jose\lito sería para él más que un sirviente un enfermero, un hijo, sus pies y sus manos y ella, la mujer, llevaría las riendas de todo con lo cual, Petra, estaría más descansada.

Petra lo miraba hecha un basilisco. ¿Después de haberse sacrificado en tiempos de doña Vero, bregando años y años, venir ahora diciendo quítate de ahí que otra ocupará tu lugar? ¿Es de bien nacido? Acaso ella, habiendo habido entre ellos lo que hubo en la juventud ¿pidió algo en pago, como las otras? No. Ella entró de servidora y cumplió como tal y su comportamiento debía ser reconocido; claro, que ella sabía por qué quería traer a la casa a Jose\lito, que tenía una mujer muy apetecible..., ¿el viejo rijoso!, pero ¿se da cuenta de que no vale un ochavo?, calvo, bizco, desdentado, jorobeta, delgaducho, que con un soplo se cae..? Ya, ya tiene que aflojar la bolsa y hasta arreglar el testamento...

Esa tarde Pepa vio a Petra y ni siquiera tuvo que preguntar donde vivía; allí estaba sentada en una butaca enfrente de otra ocupada por un viejecito; aligeró el paso separándose de Candelita, se acercó y dijo alborozada:

-Tú eres Petra ¿me reconoces?

Petra la miró con una mala alegría porque al levantarse para abrazar a la joven, miró a don Paco que súbitamente temblaba como azogado ante la presencia de Pepa; con voz falsamente dulce, después de abrazarla, Petra dijo:

-Don Paco, esta mocita es la hija de Florentina, ¿se acuerda usted de ella? Pues es el vivo retrato de la madre. ¿no le apetece besarla como los padres besan a sus hijos?

Pepa miraba asombrada la espuma amarillenta que le salía al anciano por la boca y no pudo disimular una expresión de asco; intentó despedirse.

-No te vayas, Pepa ¿quieres que te enseñe la casa? Es la mejor del pueblo y mira que rejás en la fachada para pelar la pava...

Don Paco pudo, por fin, hablar: -Petra, retírate ahora mismo a la cocina que me asquea verte...

Se plantó ella. ¿Tenía él valor de echarla de su lado?

-No me voy a la cocina, me iré a mi casa para siempre y espera a otra que te limpie las cazcarrias... A mí no me echas, es que te abandono y ahora estamos en paz, porque te devuelvo la misma moneda...

Pepa estaba incomodísima y sin comprender nada. Al fondo de la calle vio que venían hacia allí Candelita y su hermana.

-Me voy Petra...

Ésta, sofocadísima, no contestó, esperando que se acercara al grupo un zagalón, alto y fornido, con manifiesto estrabismo en sus pardos ojos, que parecía esperar algo; la risotada de Petra pudo oírse en las cercanas casas; el muchachote quedó azarado y miró interrogante a don Paco.

-¡Ea! -habló Petra, o mejor, vomitó Petra- Ya tienes aquí quien cuide de ti y que puedes escoger entre estos dos que tienes delante, o Pascual que viene a que le des de comer o a Pepa que la habrá mandado la Florentina a sacarte los cuartos...

Comprendió la mocita. Fue un rayo de luz siniestra. Don Paco la miró con sus ojos extraviados y llorosos, con un temblor de sus labios, de su cuello, de sus manos. Comprendió la mocita.

Y seguía la lengua viperina de la mujer:

-Ese es tu padre y ese tu hermano.

La mocita quiso salir de aquel cerco infernal pero sus piernas no la obedecieron, sólo que Candelita y su hermana ya habían llegado y la tomaron por los brazos para sacarla de allí; pudieron oír a don Paco que tras una horrible blasfemia escupió:

-¡Maldita puta, que no te vea más..!

Y Petra, en el colmo de su demencia, gritó:

-¡Maldito tú, que nos desgraciastes a tantas mujeres..! -y alzando más la voz, llamó a Pepa, quien sencilla y humilde, volvió la cabeza- ¡Pregúntale a tu madre quien tuvo la culpa de que ella pusiera cada noche una mariposa encendida en su ventana..!

María y Joaquín, los dueños de Los Lampazos, fueron informados enseguida por las hijas y por algunas personas que vieron escandalizadas el acto.

María y Joaquín consolaban a la mocita con palabras cariñosas y le aconsejaban que no le contara a la madre lo sucedido; que en verdad, Petra, estaba demencial y tenía motivos para estarlo, dado que fue tratada mal de palabra y enterada a la vez que se quedaba sin empleo en la casa en la que últimamente se comportaba como dueña de todo; que don Paco era un pobre hombre rico, acostumbrado a hacer sus caprichos sin pensar en el daño que podrían producir; que los años y la enfermedad lo agacharon y ya no era lo que fue; que, tal vez, piense y recapacite que todo en la vida tiene un importante valor; que, quién sabe si los remordimientos le quitarían el sueño; que, si antes fue envidiado, ahora era compadecido.

Joaquín y María no conseguían que Pepa dejara de llorar y en sus afanes de consolarla, idearon ir a casa de Rita. Y así lo hicieron.

Como las noticias, y más si tienen sabor de escándalo, corren como el fuego de la pólvora, ya Rita estaba enterada y acogió a Pepa con ternura maternal y se dolió cuando ella se

quejó: -¿Por qué no me dijiste la verdad cuando te pregunté que quién era mi padre?

-No podía decírtelo; tu madre tampoco te lo dijo...

-¿Y me dirá la verdad cuando le pregunte que por qué ponía en la ventana, cada noche, una mariposa encendida?

Rita, horrorizada, se llevó las manos a la cabeza.

-No te calles y dime la verdad.

Rita llorando con desconsuelo le dijo:

-Prométeme ¡júralo! que no dirás nada de esto a tu madre...

Juró silencio la joven y escuchó lo que ya sabemos, pero que en boca de Rita el relato de las angustias de Florentina adquirirían una cubierta de compasión, de fatalidad, de amor y de honradez.

-...porque tu madre es pura como una niña, por eso Dios la ha premiado dándole un esposo tan bueno -y añadió conmovida: Quiérela mucho, como a un padre y al otro perdónalo, Pepa...

A Pepa le fue imposible aparentar normalidad, ya que no alegría por haber pasado un día de asueto en el pueblo.

-¿Te pasa algo? -se sorprendió Florinda ante el apretado abrazo que le dio al llegar. *Florinda*

-Estoy cansada...

-Tú has llorado ¿por qué? -siguió la madre muy alarmada.

-Porque nunca he tenido un dolor tan grande de cabeza y me punzan los ojos como si tuviese alfileres...

-Habrá que llevarte al médico.

-Vimos a don Luis; me dio una pastilla que tomé con un buche de agua y me dijo que el dolor era por haber tomado mucho sol y que se me quitaría durmiendo...

Pepa misma se admiró de lo bien que había mentado; se tomó una taza de yerbaluisa que le hizo la madre y se retiró a su cuarto obedeciendo, según dijo, al médico.

El cuarto estaba al fondo del pasillo; era pequeño, lo justo para dejar sitio a un catre y a un cajón de madera sin pulir que servía de baúl y de asiento; en un ángulo, un rústico vasar, en

lo tachado lo hice por error, hay que escribirlo

el que Pepa había colocado un cuadro religioso, un botellín que hacía de florero, unas flores de papel dentro del botellín ~~y un vasito con agua y aceite preparado para la mariposa que encendía cada noche~~; y una alcayata grande para sostener el candil; la ventana no era muy grande y sí lo suficiente para que el sol entrara con sus arrogancias y la luna, de vez en cuando, entrara a curiosear. SC

Si Pepa dejó la habitación a oscuras, entornó la puerta y cayó en el catre llorando convulsivamente en silencio, tapándose la boca; todo lo sucedido en la tarde pasaba por su mente en torbellino de fuego; revivió la actitud de Petra como un demonio atormentado; y las palabras de Rita: "tu madre es pura como una niña", "quírela mucho". Pura como una niña... ¿lo dudaba acaso? ¿pudo su madre haber aguantado su deshonor y miseria sin tener que llegar a lo que llegó? ¿la acusaba? ¿y quién era ella para juzgarla? ¿qué tuviera el respeto de todos los vecinos del campo, que sabían la verdad total, no era suficiente para estar orgullosa de su madre, pese a su vida pasada? ¿acaso aquella mariposa encendida en la ventana no podría ser una oración?

¿Una oración? Pensaba que se volvía loca dándole vueltas a su cabeza a todo lo sabido aquella tarde tan violentamente. Pero ¿qué hubiera sido de ella de seguir su madre siendo lo que era? Le horrorizaba pensarlo. Ahora comprendía muchas cosas; recordó la noche que en la feria del pueblo estuvo bailando con mocitos conocidos de la familia de Candelita; era la primera vez que asistía a una fiesta de aquella clase y a disgusto de su madre que puso toda clase de reparos para que la dejaran tranquila en La Calandria, pero ante los ruegos de todos accedió por fin; disfrutó mucho aquella noche; ya muy vencida la noche, y cuando se iban a recoger, se le acercó un hombre, canoso, el ralo pelo, con algunos dientes de oro en su gran boca de gruesos labios y un adelantado vientre que le ocultaba parte de las piernas, le dijo:

-Tú eres la hija de Florentina ¿verdad?

-Sí, señor -contestó complacida.

-Te pareces a ella y le vas a dar recuerdos de mi parte..; tú le dices que me acuerdo mucho de ella..; le vas a decir: recuerdos de Manolo el de los ultramarinos y se va a alegrar porque hemos sido muy amigos...

De vuelta a La Calandria le dijo nada más llegar:

-Mamá, Manolo el de los ultramarinos me dio recuerdos para

ti.

Ahora se da cuenta que su madre temblaba cuando le preguntó:

-¿Qué hablaste con ese hombre?

-Sólo eso que era amigo tuyo y te mandaba recuerdos.

No comprendía entonces su sobresalto, ni su actitud retraída y huraña que tuvo todo el día sin querer escucharla decir cómo se había divertido en la feria bailando y cantando. *reacia*

¡El sufrimiento de su madre! ¡Y lo *reacia* que estuvo cuando se empeñó en tener en su cuarto una mariposa! Ahora comprendía por qué. El poder tener la mariposa se lo debía a María la de Los Lampazos que intercedió con mucha diplomacia: que a Pepa le gusta dormir con luz ¿por qué no darle ese gusto? Y Florentina cedió. Sin querer le había dado a su madre un tremendo disgusto; ahora miraba el vasito de agua y aceite en el vasar sin luz, como pidiendo perdón de encontrarse allí.

Se incorporó Pepa, se restregó los ojos con sus puños, miró al vasar buscando la imagen religiosa, tomó del poyo de la ventana la caja de cerillas y un artilugio llamado mariposa colocándolo en el vaso, quedó flotando, encendió la cerilla y prendió en la mecha. ¿Sonreía la imagen? Eso le pareció a Pepa que musitó segura: mi madre es pura como una niña.

Luego, vueltas y más vueltas en el catre y a la salida del sol, ya en agonía la luz de la mariposa, cuando hacía unos minutos que por fin atrapó el sueño, entró Florentina en el cuarto:

-¿Estás mejor?

-Estoy buena -dijo echándose rápidamente del catre.

-¡Hija! ¿No te quitaste la ropa para acostarte?

-¡Ay, mamá! Tenía tanto sueño que no me dio tiempo.

¿Cómo pudo en tan poco tiempo aprender a mentir? Por amor, mintió Pepa.

*con tanta rapidez?*

Florentina se tranquilizó con la contestación de la joven, aunque seguía pensando en que el dolor de cabeza podía ser principio de algo malo -;no lo quiera Dios!- porque si el médico lo achacaba a tomar demasiado el sol, no acertaba, pues precisamente el sol no era fuerte en la temporada y Pepa casi todo su trabajo lo hacía dentro de la casa y cuando atravesaba el campo para ir a Los Lampazos, siempre lo hacía cubriéndose la cabeza con el sombrero de paja; pero, en fin, el médico sabrá lo que dice, y si Pepa ha pasado la noche durmiendo de un tirón, por lo que refleja sus ojeras y la irritación de sus ojos parece que la ha pasado en vela; por lo demás, la joven tan diligente como siempre, tan bromista con Jeremito y más cariñosa que nunca con todos, hasta con el perro y el gato, lo único que le faltaba para estar como todos los días, era cantar.

Con Jeremías no había comentado nada porque demasiadas preocupaciones y trabajo tenía éste en aquellos días.

Lo de Rita la Dengosa fue de lo más inesperado. Estaba sana, fuerte, fresca; no se había quejado de nada anormal y sus visitas a casa del médico era por su amistad con Dorita y porque le alegraban mucho. Y sin embargo había muerto.

Fue de repente, sentada junto a su anciana tía comentando las cosas del pueblo.

A Gabriel le costó trabajo creer en su nueva orfandad; si la fallecida hubiese sido la tía, no le hubiera afectado tanto, pensaba que la anciana era un árbol leñoso que se deshacía y Rita era aún leña verde.

Una noche, Rita, poco antes de retirarse a descansar, enseñándole un rollo de papeles, le había dicho:

-Mira, esto es mi testamento.

-;Tita, por Dios, no pienses en eso...!

-Pues sí pienso porque es una cosa segura; mira, si yo faltara antes que mi tía, cosa difícil porque ella tiene un pie

en la sepultura, todo lo mío sería de ella mientras viva y sólo a su muerte heredarías tú...

-¡Tita, por favor..!

-...y otra cosa: Jeremías y Florentina seguirán de caseros de La Calandria de por vida o hasta que ellos quieran..; y don Luis, el médico será eso que llaman albacea que viene a ser el encargado de que se cumpla un testamento.

la  
Todos en el pueblo habían conocido y elogiado la voluntad de la Dengosa, al dejar amparada a su anciana, que con aquella salud de hierro iba camino de enterrarlos a todos; noventa años son muy respetables y la anciana que ciertamente se le conocía un capitalito, podía seguir viviendo la placidez de su existencia. La casa siguió funcionando como en vida de Rita, pues una honradísima mujer, recomendada por las más piadosas señoras de la feligresía, entró a ocupar el puesto de gobernanta.

Felisa, que así se llamaba la nueva regidora de aquella casa, era viuda desde los veintiocho años, no tenía hijos, ni se había vuelto a casar; ella había enterrado su viudez entre cirios y altares y se había encasquetado fama de seriedad y recato.

Bien dijo Rita muchas veces que su sobrino Gabriel era muy listo y Felisa era de la misma opinión... ¿Qué pensaba ella de la longevidad de doña Pura? (Al fin supimos el nombre de la tía de Rita).

Por lo pronto sabemos que doña Pura era tacaña y desconfiada.

Que Felisa era artera, astuta, sin escrúpulos y farisáica.

Que no era tan listo como había creído Rita y se estaba destapando en francachuelas y otras diversiones.

-Lo propio de la juventud -disculpaba Felisa al muchacho.

Y los tres vivían en amor y compañía, como se suele decir en casos similares.

Doña Pura guardaba celosamente el secreto de sus riquezas: pulseras, pendientes, sortijas, collares además de monedas de oro de veinticinco pesetas, que, según dijo una vez Rita, puestas en el suelo una al lado de otra se podría alfombrar la casa toda. "No exageres, Rita.., toda la casa no, pero el piso alto, a lo mejor", lo decía riendo, pero en sus arrugados ojillos brillaba una luz de avaricia.

-¿Y cómo es que doña Pura viva tantas años? -preguntaban.

Ella daba la razón: que era metódica y parca en las comidas y que todas las mañanas empezaba el desayuno con una copita de agua de Carabaña, que le ayudaba al estómago y al vientre. A Rita le molestaba la manifiesta tacañería de su tía, pues ella se había visto necesitada algunas veces por malas cosechas y no le ayudó nunca. ¿Caprichos de la vejez? ¿Para qué guardaba? ¿Se creía eterna?

Otro capricho era el de la cadenita que llevaba al cuello de la que pendía, además de un pequeño crucifijo, una llavecita con la que se abría el arquita de madera donde guardaba su tesoro, encerrada en una alacena de cerradura antiquísima y cerrojo rechinante por falta de grasa.

-Tía el cerrojo de tu alacena me da dentera cuando lo descorres, habría que untarle manteca o aceite... -había dicho Rita más de una vez.

Y siempre la misma respuesta:

-No quiero engrasarlo porque así oigo si alguien la abre.

-Tú sabes, tía, que yo no toco tus cosas...

-Por si acaso... -decía riendo.

-¡Tía..!

-No te ofendas, porque todo lo que tengo es para ti pero a su tiempo, en cuanto yo falte...

Pero la que faltó fue Rita, que dejó sus sueños eróticos por el sueño eterno y siguió chirriando el cerrojo y colgando de la cadena de oro la llavecita que abría el arquita de los tesoros.

Con palabras burlonas aludía Gabriel a la llavecita y la incitaba para que le enseñara las joyas.

-Un día te arrancaré del cuello la cadena -bromeaba el joven- y le regalo a mi novia una de tus alhajas.

-Pero ¿tienes novia ya, chiquillo -sonreía feliz y esperanzada en una joven que proporcionara en vez de perros y gatos, niños que alegrasen la casa.

-Tengo casi novia...

-¿Quién? ¿La Pepa?

-No. La Candelita de Los Lampazos.

-Muy buena. Me gusta. ¿Y para cuándo es la boda, porque tú eres libre del servicio militar.

-No hay que correr, ya llegará la hora...

A estas conversaciones asistía Felisa sin intervenir; después, ya en descanso la anciana, se reunían los dos en

intimidad; empezaron a raíz de entrar ella al servicio de la casa porque a él le agradaba mucho su presencia, la encontraba servicial, trabajadora, dispuesta, hasta el punto de suplir con creces a la difunta, y era guapa de cara y su cuerpo se conservaba con armonía de juventud.

A Gabriel le gustaba la mujer.

Una noche dijo ella desabrochándose el púdico escote de la blusa (lo de púdico era palabra predilecta de doña Pura):

-¡Qué calor...!

En la mirada de él, que ella esperaba, se destacaba la lascivia (expresión favorita de Rita).

-Abre más el escote que yo soy de confianza...

Obedeció y tanto lo abrió que ya no había que adivinar el volumen de los senos.

Lo mismo él que ella eran cautos y por eso Gabriel buscaba distracciones entre las mocitas y ella por su parte, parecía cifrar sus deseos en ser cada día más devota y en vestir con honestidad. Doña Pura la alababa de continuo.

-...una mujer viuda a los veintiocho años, en plena juventud, guardar la memoria del difunto, no haberse casado de segundas con lo que vale su persona y mejor todavía sus buenos sentimientos..., para mí, como si fuese mi sobrina, ¡cómo que me parece que con ella me ha tocado la lotería..!

Nos consta que Felisa nunca fue casta pero supo ocultar con velos púdicos (usemos el término) su innata impudicia.

-¡Ay, Gabriel, si podías ser mi hijo..!

-Me gustas más que cien mocitas...

-Eso es lo que dices pero vas mucho por Los Lampazos. ¿Buscas a Candelita?

-La busco para disimular; demás sabes tú que estoy loco por ti.

-¿Te casarías conmigo?

Él se le acerco, al parecer, en un arranque apasionado:

-No seas niña, estamos bien así, y aún en el caso, que no va llegar, de que me casara para darle gusto a la vieja -y sin soltarla de la cintura, arrimándola más a su cuerpo le preguntó:

-¿Todavía no has podido quitarle la llave del arquita?

-¡Uy, tiene el sueño tan ligero que la despierta el vuelo de una mosca! Además, el cerrojo de la alacena es un chivato...

-Ya tú sabes que vamos a partes iguales, conque date maña

para romperle la cadena y que se pierda la llave en tu bolsillo.

-La vieja no es fácil de engañar; tendría que matarla para hacerme de la llavecita.

Ambos quedaron callados.

Instintivamente él le soltó la cintura y dio un paso para atrás. Ella abrió mucho los ojos asombrada del pensamiento que se iba agrandando en su cerebro.

-¡Si se muriera pronto! -pudo decir en voz queda.

-Sería mi solución -dijo él en el mismo tono de voz.

-¿Otra vez has perdido jugando?

-Otra vez y espero que tú me vuelvas a sacar del apuro.

-¿Yo? Me has dejado sin una perra chica.

-Cuando ella muera tendremos onzas de oro...

Cuando ella muera; cuando ella muera; ¡si fuera pronto!

Prometía no jugar más, pero era urgente pagar al día siguiente o al otro, una deuda de veinticinco pesetas, por eso, el poder abrir el arquita y tomar una onza de oro, de las muchas que la vieja guardaba, era suficiente su tranquilidad. Le juraba *Para* que no volvería a jugar más; la acuciaba.

-Cuando esté dormida...

Y Felisa con el horroroso pensamiento martilleándole la cabeza, lo miró espantado y dijo:

-Yo no soy capaz de matarla; hazlo tú.

-¿Cómo has pensado que hiciéramos una cosa así? Lo que hay que hacer es darle algo para dormirla y mientras duerme, tomar la llave, coger la onza, volverle a colgar la llave y "aquí no ha pasado nada".

-Bueno, eso sí, pero será mañana cuando le cueza unas adormideras como a los niños chicos y se dormirá como una bendita...

Trato hecho. *¡conviene!*

Reanudaron sus *¡conviene!* lúbricos, felices y esperanzados en ser dueños de una enorme riqueza. Felisa era exigente y Gabriel cumplidor; sin embargo aquella vez no amanecieron enlazados porque doña Pura llamó destempladamente desde su lecho:

-¡¡Felisa...!!

Acudió ella.

-¿Qué le ocurre? ¿Qué quiere?

-Hija que siento como si hubiera en la casa un cuchicheo..; y otras noches también lo he sentido pero he creído que soñaba, esta noche, sin embargo, hasta me parecía escuchar tu voz...

-Pues será soñando porque en la casa estamos los de siempre; Gabriel duerme y ni siquiera ha sentido que usted me llamaba porque de haberla oído se hubiera plantado de un salto en el cuarto... Ea, tranquila y a dormir ¿quiere que le traiga una tacita de tila para los nervios o quiere que llame al médico?

-¡Hija, no es para tanto! Acuéstate y me tranquiliza saber que es un sueño.

Mientras hablaba tenía cogida y apretada en las manos la llavecita de su tesoro y no pudo advertir a la débil luz de la mariposa las miradas codiciosas de Felisa.

Sigilosamente volvió con su amante; lo acunó en sus brazos y le dijo al oído: -Me voy a mi cuarto, no sea que a la vieja le dé más miedo y vaya a buscarme..; mañana tomará las adormideras...

Cada uno en su cuarto planeando la forma de hacerse con las riquezas de la avarienta anciana. Muerta esta, Gabriel entraba en posesión de la casa, de una viña y de La Calandria con su olivar; casaría con Candelita quien a su tiempo aportaría un bonito caudal porque el dueño de Los Lampazos estaba atiborrado de dinero; viviría con holgura y llegaría a ser alguien importante en el pueblo; formaría una familia... ¿y Felisa? ¿qué hacer con Felisa? Esa era un hueso duro de roer; pretende dominarlo y él aparenta estar sometido a sus encantos.

-Pero ¿de verdad te gusto?

-Hasta volverme loco...

-¡¡Tonto...!! Cásate conmigo.

-Hay mucha diferencia de años.., se escandalizarían las gentes.

-¡Qué importan las gentes ni los años si nos queremos... porque tú me quieres ¿verdad? ¿verdad que no me utilizas para darle gusto a tu cuerpo? ¿verdad que me quieres? Dímelo.

-Te quiero, te quiero y estaremos juntos toda la vida.

Gabriel pronunciaba aquellas palabras, un poco rutinarias sin sospechar que sería cierta esa unión para toda la vida.

Las adormideras se criaban en el mismo patio-jardín de la casa; a Rita le habían gustado como adorno y guardaba las semillas porque sabía que su cocimiento calmaba los nervios; ella

sólo las utilizó como adorno y guardaba las semillas por si algún día pudieran necesitarse.

Sacó Felisa un puñadito de cabezuelas y las coció a la par que preparaba el desayuno ya de vuelta de asistir a la Misa.

Había entrado doña Pura en la casa quitándose y doblando el velo que sujetaba con el hermoso broche de oro y los dos alfileres de cabeza negra. Está ya bebiéndose la copita de Carabaña previa al desayuno, cuando Gabriel dijo muy zalamero:

-Aquí siempre se toma pan frito por las mañanas ¿cuándo me vas a dar el gusto con unos tejeringsos calentitos, tía Pura?

-¡Ay, hijo, ahora mismo va Felisa a por ellos -contestó diligente y metiendo la mano en su faltriquera sacó unas monedas de cobre, que entregó a Felisa para cumplir el deseo del joven.

-Tía, ese broche tan bonito ¿es bueno?

Casi se indignó doña Pura ante la duda de Gabriel; era buenísimo, de oro macizo con tres brillantes; ella no tenía joyas falsas, todas eran auténticas; que tomara el peso del alfiler en sus manos.

-Y esto ¿vale mucho?

-Como una finca.

El joven jugueteó con la joya haciéndole reír a la anciana; *ataque* un ascenso de risa le hizo toser hasta ponerse roja de asfixia; en aquel momento entró Felisa de vuelta con los tejeringsos.

-¿Qué pasa? -dijo, dirigiendo a Gabriel una mirada acusadora.

-Que de tanta risa se iba a ahogar -aclaró él.

Y la anciana: -En mi vida me he reído tanto con las tonterías que ha hecho Gabriel con el alfiler colocándose en la cabeza, en la camisa, como si le colgara de una cadena, como sortija... ¡qué risa!

Doña Pura, pasado el susto, se volvió parlanchina mientras se tomaba, en vez de la leche, la tisana que rápidamente le calentó Felisa.

-¡Pero si no me ha pasado nada! ¡Si era que me iba a morir de risa! -insistía una vez y otra- ¿y qué me has dado a beber?, tiene un gusto raro.

-Manzanilla y tila rebujadas.

-Pues no está mal la mezcla...

Las miradas que se cruzaron los amantes no fueron vistas por doña Pura y aunque las hubiera visto no podía sospechar que los

ojos de él preguntaban: "¿Ya?, y que los de ella contestaron: -  
"Sí, ya".

Parlanchina estaba la anciana:

-Hoy le he dado gracias al Altísimo por teneros conmigo...  
¿Cómo iba yo a pensar que no iba a echar de menos a mi sobrina  
Rita! ¿Tan rebién como cuidáis de mí los dos!. Ella tuvo siempre,  
muchas delicadezas conmigo, pero nunca me dio gusto acompañándome  
a la iglesia; era muy buena pero tenía ideas raras en tocante a  
la religión...

Gabriel apuntó: -Yo quise mucho a mi tía Rita pero me  
hubiera gustado que se pareciera más a ti y a Felisa.

-¿Ay, es que Felisa es un ejemplo de mujer, que vale su peso  
en oro.

-¿Podríamos pesarla en las onzas que guardas?

La anciana reía y continuó:

-Cuando murió mi marido le vendí a Rita la parte que me  
correspondía de La Calandria y empleé el dinero en comprar  
alhajas de oro; las onzas las heredé de mi suegra; todo lo he  
conservado para tener la seguridad de que nada me falte en la  
vejez, porque nadie sabe el tiempo que una puede vivir...

-Que sean muchos años doña Pura.

-De familia me viene; mi abuelo Diego pasó del siglo y mi  
madre llegó a cumplir los noventa y nueve.

-Pues que bien, tita Pura...

-Y sobre todo, doña Pura, contando con una salud de  
hierro...

-Eso sí, estoy fuerte, gracias a Dios.

Gabriel miró preocupado a Felisa; ésta se retiró dispuesta  
a trajar en la casa; el día se deslizó con su monotonía  
habitual. Cuando a la noche quedaron solos, él preguntó  
angustiado:

-¿De verdad no tienes los cinco duros?

-¿Qué más quisiera yo!

-Es que el Currito me ha amenazado, si no le pago a cuenta  
los cinco duros mañana mismo, con venir y enterar a la vieja de  
mis deudas... ¿no tienes unos zarcillos o una sortija para  
taparle la boca a ese usurero? Te lo devolveré con creces.

-Mañana hablaremos de esas cosas; ya veré yo como te saco  
del apuro, vida mía...

Y el "vida mía" lo pronunció con una gran dulzura mientras

le echaba los brazos al cuello y le buscaba la boca.

Felisa era hermosa y sabía seducir; luego, ambos calmados, continuaron hablando.

-¿Tomó esta noche la tisana?

-No quiso salirse de sus costumbres..., tal vez mezclando el desayuno...

-¡Maldita vieja! Pues tiene que morir pronto.

-Morirá pronto...

Con esa esperanza intentaron dormir.

Amaneció un día esplendoroso de sol. La Misa. El desayuno. Las faenas. Las comidas. Las visitas... Gabriel estaba hosco. Felisa pensativa.

Al fin, durante la digestión del almuerzo se entabló una animada conversación entre los tres, conversación que más fue un repaso a las cosas que pasaban en el pueblo y que a doña Pura parecía gustarle mucho, y antes de levantar manteles, se atrevió Felisa a decir:

-Doña Pura, quiero pedirle un favor.

-Te escucho, hija mía, y si está en mi mano...

-Es que mi prima Inés, ya sabe, la de mi tío Indalecio, se vio muy apurada con la enfermedad de mi primo y tuvo que empeñar una sortija y unos aretes, que eran recuerdo de su madre, y como se le acaba el plazo y quiere recobrarlos recurrió a mí..; y yo ¿qué puedo tener si lo que gano en esta casa, como a mí me hace falta ni gloria, yo lo echo cada mes en el cepillo de las ánimas benditas? Ni siquiera tengo un real que prestarle a la pobretica, con lo buenísima que es... no

-Hay que guardar, hija, para el día de mañana.

-Sí, sí, lo comprendo y lo haré..; el favor que yo le pido es que me adelante tres o cuatro meses para poder socorrer a mi prima.

-¿Y cuánto necesitas?

-Cinco duros.

-Mucho es, pero en fin, por ser la primera vez que me pides un favor voy a ayudarte. ayudarte

En su faltriquera estuvo hurgando hasta conseguir entre calderilla y monedas de plata las veinticinco pesetas solicitadas.

-Ahora mismito se las llevo y Dios le pague tanto bien que

hace con todo el mundo... -y añadió mientras subía la escalera: - Voy arriba a cambiarme de delantal porque friendo esta mañana el pan, me salpicó aceite.

Subió. Entró en el cuarto de Gabriel y puso el dinero encima de la cama; bajó ligera, con el delantal cambiado; con disimulo ~~guiñó a Gabriel~~; dijo unas cuantas cosas al corazón tierno de doña Pura, madre de los pobres; apretaba la mano simulando llevar el dinero en el puño. Salió.

-Es muy buena, Felisa ¿verdad, tita? Y a ti te quiere mucho.

-Sí, yo sé que me quiere, pero debía guardar lo que gana en vez de dejarlo en el cepillo de las Ánimas, que, a lo mejor se queda el dinero en casa del sacristán; ella es muy buena pero muy confiada, se cree que todo el mundo es bueno...

El dinero lo tuvo a tiempo el usurero llamado Currito pero le apremió nuevamente: -Los pagarés cumplen el día quince...

-Cumpliré antes; cumpliré antes...

Y cumpliría porque Gabriel era hombre de palabra.

Tocaba la campanita de la espadaña de la iglesia y Felisa, como cada día, se echó del lecho y procedió a su aseo personal y al arreglo del cuarto, todo silenciosamente para no molestar a doña Pura ni al sobrino que dormirían aún un par de horas más. Se extrañaba que la anciana no la hubiera llamado en toda la noche; doña Pura tenía una salud de hierro y sólo la despertaban los pequeños ruidos de algún roedor que al confundirlo con el chirriar del famoso cerrojo la alarmaban; su vasito con leche en la mesita de noche; con su campanita de metal para llamar y la lamparita de aceite encendida toda la noche y con su mantita a los pies hasta en pleno verano.

De puntillas entró Felisa en el cuarto; la claridad del nuevo día se filtraba por el postigo de la ventana; se acercó a la cama; la leche del vaso seguía intacta y la cabeza de la anciana descansaba, como siempre, sobre su brazo izquierdo; parecía dormir plácidamente; su respiración...

¿Su respiración? ¿respiraba la vieja? Acercó el oído sin

conseguir <sup>oír</sup> escuchar; tomó un espejito del tocador y lo puso delante de la boca entreabierta esperando que pudiera empañarse; el espejito siguió limpio y Felisa se estremeció de espanto al admitir en su cerebro estas palabras: -¿Qué le habrá dado a beber y cuándo?

Corrió al cuarto de Gabriel que dormía profundamente.

-La vieja está muerta -y le lanzó una mirada de complicidad.

Saltó del lecho y corrió a verla y al contemplarla hizo un gesto de terror y mirando a Felisa le dijo:

-¿Le diste por fin el veneno para las ratas?

Ella levantó los brazos: -¡Has sido tú..! ¡Tú..!

~~del jefe de la~~ Gabriel tembloroso, ~~sentado en una silla, sostenía su cabeza con~~ ambas manos.

-Yo quería que se muriera pero no pensé nunca en matarla...

-Lo pensamos los dos.

-Yo sólo quería la llave del arquita...

-Tú y yo queríamos que muriera pronto.

-Pues ya está todo resulto y habrá que avisar al cura y al médico.

Con mano segura Gabriel le desprendió la cadenita del cuello, ya frío, sacó la llave y tiró del cerrojo; el chirriar del hierro mohoso era escalofriante; entre cajas de cartón vacías y ropas en desuso encontraron el arquita de madera; las manos de él temblaban; las de ella la sostenían en el aire con firmeza; la abrieron enseguida y revolvieron entre papelititos doblados y pequeños estuches, todos vacíos. ¿Dónde estaban las onzas de oro? ¿tendrá el arquita un doble fondo? ¿lo tendrá la alacena?; la vaciaron completamente y no había tal secreto; todo vacío; tan sólo un sobre cerrado: Para mi entierro y Misas; lo abrieron: un billete de quinientas pesetas. Volvió a meter papeles y estuches.

-¡Maldita vieja! -gritó Gabriel tirándosela a la cama.

Chocó el arquita con la almohada, se abrió y se esparció el contenido sobre el rostro del cadáver que reflejaba paz y como si la Muerte la hubiera sorprendido en un dulce ensueño, había en su boca el inicio de una pícaro sonrisa.

-Nos tenía engañados con sus alhajas y sus onzas de oro, la muy tunanta...

Felisa fue recogiendo con marcada ira los papeles arrugados y los estuches vacíos, que sólo eran dos, tal vez los pertenecientes a los pendientes, que aún colgaban de sus orejas

y al broche.

-Quítale los zarcillos...

Ella obedeció con cierto escrúpulo y al ir a guardárselos en el bolsillo del delantal, él se los arrebató con ira.

-Me pertenecen -dijo.

-La cadena y el crucifijo son para mí -dijo ella.

-La cadena es mía, tú quédate con el Cristo.

-Es de oro.

-Quédate con él, a lo mejor es de hojalata, la vieja era muy falsa... ¿y las cosas de Rita? Habrá que verlas.

-Lo de Rita no valía nada; no era mujer de adornarse y lo poquito que tenía se lo dio en vida a su ahijada, la niña mayor de don Luis el médico...

-¿Qué hacemos ahora?

-Poner en orden la alacena y salir a enterar a los vecinos para que alguien venga a amortajarla.

La leve sonrisa de la difunta los irritaba.

-Dime la verdad, Felisa ¿qué le diste?

-Eso mismo te pregunto yo a ti.

Y se miraron desconfiados.

*Lo anciana seguía sonriendo.  
Aquí las dos cuartillas; luego se continua  
con un espacio mayor que este.*

Todo normal. A la edad de doña Pura ¿qué se podía desear si no una muerte dulce y rápida? La muerte que se merecía una mujer tan cumplidora de sus deberes y tan caritativa; todos sentían su pérdida y todos hacían cábalas sobre el porvenir del sobrino y de Felisa.

Por lo pronto Felisa tendría que salir de la casa porque no estaba bien visto que una viuda, todavía de buen ver viviera bajo el mismo techo con un hombre joven; a Felisa no le faltaría acomodo porque su buena fama le abría puertas; en cambio él tendría que casarse pronto para estar bien atendido y vivir como Dios manda.

Al entierro fueron, además de Florentina y Jeremías, los amos de Los Lampazos y el nuevo dueño de Los Laureles. Florentina había puesto muchos obstáculos para asistir porque le daba

vergüenza que la vieran tantas personas y tenía el temor de que algunos que la habían tratado en tiempos atrás, manifestaran con gestos y miradas el recuerdo que le traía su presencia, pero Jeremías le aseguró que a la hora que iban a llegar no habría casi nadie y que tenía el deber de asistir como antes lo hiciera con Rita.

-¿Se metió alguien contigo?

-No me veían; yo estaba sentada al lado de doña Dorita que estuvo todo el tiempo hablándome de lo orgullosa que estaba porque Rita fue madrina de su hija.

-Pues ¡velay!, te pones otra vez a su lado y...

-Depende de que ella esté.

Pero Dorita estaba, justamente sentada en la antesala con Felisa que no cesaba de llorar la muerte de una "mujer tan buena a la que quería como si hubiera sido su madre" y por eso no quería estar junto al cadáver y se había retirado a aquel cuarto porque no podía sufrir el verla.

-Desde luego doña Pura ha tenido suerte de tener en sus últimos días a una persona como Felisa.

Florentina apenas hablaba; estaba encogida en la silla del rincón y no se atrevía a mirar a su alrededor; parecía que toda su atención estaba puesta en los gatos de Rita, que huyendo del personal se habían colocado en el tejado al amparo de la chimenea; eran dos, atigrados y muy bonitos; el perro se había enroscado detrás de una mecedora y parecía dormir aunque no dejaba de mover las orejas y abrir de cuando en cuando los ojos. Sobre la mesa consola de madera negra, había dos candelabros de metal a cada lado de la imagen de un Niño Jesús dentro de una urna de cristal; dos floreros sin flores y varios retratos enmarcados en madera fina: doña Pura y su esposo, Rita, ataviada de mantilla y su marido vestido de soldado. Unas moscas curioseaban las fotografías.

Los hombres acompañaban a Gabriel, entre ellos el llamado Currito que se desvivían alabanzas a la difunta.

-Era una señora de una vez tan sencilla y campechana...; nunca faltaba a Misa...

Le preguntaban al médico:

-Don Luis ¿cuántas veces ha estado mala doña Pura desde que usted vino al pueblo?

-Nunca. Ni un pequeño catarro.

-Tenía una salud de hierro; las naturalezas antiguas; en cambio, ahora con el soplo de un airecillo ya hay que llamar al médico, tomar potingues y ;a la tierra a criar yerba. ;las naturalezas antiguas eran mejores..!

Cuando llegaron los caseros de San Ambrosio, se armó un pequeño revuelo porque la casera tenía fama de "estirada", y sin más entretenimiento, después de entrar en la sala y santiguarse ante la caja donde estaba depositado el cuerpo de la difunta, echó una mirada al contorno y al divisar a ~~Florinda~~ se fue derecha a ella saludándola con marcado cariño. *Florentina*

Candelita se acercó a Gabriel para darle el pésame; comentaba después con las hermanas:

-Está echo polvo, se conoce que quería mucho a su tía, apenas me ha mirado.

Las hermanas encontraron natural la conducta del joven y para alegrarla un poco, le dijo la mayor:

-Ahora querrá casarse enseguida.

Candelita sintió que, algo que no se podía coger ni tocar, le recorría todo el cuerpo y sonrió feliz.

Los comentarios proseguían.

También comentó Dorita con su esposo, cuando ya acostados los niños -cinco- quedaron solos descansando en sendas butacas en el gabinete de ella.

-;Cómo puede cambiar una familia en un momento! Tan unidos los tres y ahora separados los tres...

-Esa es la vida -dijo él.

-Sí, pero fíjate que nosotros, con los cinco niños, tan felices, que de pronto...

-No pienses esas cosas, Dorita.

-Es que te quiero tanto... -y sin poderlo evitar comenzó a llorar...

También él estaba afectado; la Muerte nos sacude y levanta recuerdos al parecer olvidados. El médico no lograba la tranquilidad de conciencia; que la Muerte llega y nos lleva sin

tiempo para pedir perdón a los que ofendimos.

-No te merezco, Dorita -le tomaba las manos y se las apretaba con ternura- no te merezco...

-¿Por qué dices eso? -y dejó de llorar.

-Porque.., porque ¿quién no flaquea alguna vez?

-¡Oh!, tú eres buenísimo aunque no te veamos apenas por la iglesia...

-No te merezco.., pero es que a veces los hombres caemos hasta sin querer...

-¡Me asustas, Luis! ¿Qué quieres decir?

-Que te quiero y siempre te he querido, pero...

-¿Pero..?

-Nada; ya pasó; fue antes de casarnos.

-¿La Florentina?

-La Florentina es una mujer decente pese a todo y siempre me ha merecido respeto.

-¿Entonces..?

-Un consejo: no te fíes de nadie.

-Pero la gente de este pueblo es muy buena.

-Y lo son, pero no todos los que lo parecen.

-Estás pesimista, Luis...

-La muerte de doña Pura me da mucho que cavilar.

En La Calandria todo seguía el ritmo habitual, salvo que Jeremías tenía que ir muchas veces al pueblo a recibir órdenes de Gabriel, el nuevo dueño de la finca que se mostraba exigente con las faenas y moroso con respecto a los jornales. Ya hacía años que Jeremías le había dicho a Florinda: "El Gabriel mira la finca con ojos de amo", y ahora que era dueño les había dicho a los dos: -Yo soy el mismo de siempre pero delante de la gente tenéis que llamarme señorito Gabriel.

Y así lo llamaban menos Jeremito que cada vez que oía la palabra "señorito" le entraba una risa nerviosa que molestaba mucho a Gabriel, por eso iba poco La Calandria y obligaba a Jeremías a ir al pueblo.

Talmente parecía que trataba de aburrirlo par' que se fuera de la finca, porque se decía en la taberna (taberna que Jeremías visitaba porque era una buena ocasión de tomar unos vasitos de vino, que en casa <sup>no</sup> podía beber por mor del Jeremito) que el Gabriel había dejado decir como vaga idea, que Felisa era una buena casera ya que Florentina estaba envejeciendo y el Jeremito era un estorbo.

"¿Un estorbo mi niño de mi alma? ¡Velay!, le está tomando tirria porque se ríe cuando decimos "señorito Gabriel" ¿Y que Florentina estaba envejeciendo? Florentina era una chiquilla al lado de la Felisa... Se comprende que le esté muy agradecido a lo bien que se portó con doña Pura; bueno ¿y qué? Ellos estaban en La Calandria porque lo dispuso Rita y no podrían echarlos así como así, sin un motivo... ¡velay!, lo tonta que ha estado la Pepa, porque si ella le hubiera hecho arrumacos al Gabriel, él cae y nunca habría peligro de salir de la finca... ¿Qué el Gabriel ha tenido en cuenta la vida que llevó la madre para no querer ir con buen fin, pues de la forma que sea ¡concho! que los garbanzos hay que comerlos todos los días... ¿Acaso la Pepa va a encontrar un hombre como yo, que pasé por todo lo que había que pasar por tal de tener quien cuidara a mi Jeremito? Sí, que la Florentina estaba apetitosa y todavía, todavía... ¡las canas y las arruguitas! ¡pero si penas cumple dentro de unos días los treinta y seis años! ¡claro que el trabajo en el campo estropea mucho..! Pero si a Florentina le faltan cuatro años para los cuarenta, la Felisa se ha saltado ya los cincuenta... ¿Y quién puede venir de casero con ella? Tendrá que casarse, digo yo.

Jeremías no quería participar estas cosas a Florentina porque últimamente la encontraba muy nerviosa y rara; había notado que fue más de una vez, y mientras él estaba en el pueblo, a la finca San Ambrosio, que por cierto los marqueses pasaban una temporada ¿a qué iba allí Florentina? De habérselo preguntada a ella se hubiera enterado de que en el entierro de doña Pura, la casera de San Ambrosio le había preguntado si conocía a alguna jovencita que se pudiera ir con la marquesa de doncella, que estaría muy bien mirada y ganaría algunas perritas. Que la marquesa la llamó; que había ido dos veces y que siempre ella ponía el mismo obstáculo: la juventud de Pepa y la falta que le hacía al Jeremito; todo esto le hubiera dicho.

Florentina era una mujer preocupada por el porvenir de su

hija. Sospechaba que a la mocita nadie le proponía amores porque su vida pasada era un lastre enorme. ;Si don Paco hubiera tenido idea del mal que ocasionaba con su proceder libidinoso en las inocentes víctimas!¡¡;Bah! -diría- ;Aventurillas! ;Aventuras sin importancia!" Aquella aventura sin importancia que tuvo en la era, caía como plomo derretido en la vida de su inocente hija.

Florentina envidiaba a María la de Los Lampazos porque conservaba una familia unida y feliz; un hogar como ese vale más que todo el oro del mundo; Jeremías la quería y la respetaba, aunque algunas veces, de vuelta del pueblo, parecía otro, irritado con Gabriel, impaciente con Jeremito, autoritario con Pepa, con olor a vino...

En la alcoba suavemente le recriminaba: -Jeremito te huele como te olemos los demás..; gastas un dinero...

No la dejó terminar.

-Gasto el dinero que gano.

-Pero vas por mal camino.

-No hables tú de malos caminos, que tienes por qué callar.

-Es verdad -contestó sumisa y dolorida.

-La Pepa es buena -parecía preocupado por una idea- y yo la quiero como si fuera mi hija, pero...

-¿Pero qué, Jeremías?

-Ya tú me entiendes... Qué es muy difícil que se case y que debía proporcionarse un buen acomodo y lo de más sentido común era darse trazas para que nos quedáramos de amos de La Calandria.

-Pero Jeremías -dijo ella llorando- van en ese negocio la honra de mi hija.

-¿Y qué? Ella no puede aspirar a otra cosa.

Florentina no habló; lloraba.

Él, calló disgustado porque ella no se avenía a razones. Se le había subido a la cabeza la honradez porque todo el mundo la trataba con respeto y se creía que todo el monte era orégano, y no era así; ella pensaba que lo pasado, pasado estaba y no era así; ella creía que la Pepa podía entrar en el gremio de las mocitas decentes y no era así, por muy decente que fuera la Pepa, -que lo era- porque la gente guarda memoria; y tendrá que recapacitar, que, otro hombre como él no se encuentra con facilidad; que por mor del inocente tuvo esas tragaderas y se agarró a ella, como a un clavo ardiendo, por la tranquilidad y bienestar de Jeremito; bien es verdad que ella estaba de dulce -

como lo estaba ahora la Pepa- tan bonita, cariñosa y con ganas de agrandar, no como ahora que parece cumplir de mala gana; que trabaja muchísimo y llega a la cama como un fardo; ¡concho, también llego yo cansado y sin embargo el cuerpo me pide pelea! Ahora está llorando y después se dormirá como una cachorilla...

-¡Florentina...! -la voz más dulce de su garganta-  
¡Florentina! deja ya de llorar que me tienes el corazón encogido. Perdóname, mujer, que soy muy bestia y no sé decir lo que quiero decir... La Pepa encontrará un buen hombre y se casará como Dios manda... ¡ea!, fuera lágrimas y ven a mis brazos que está más bonita que nunca y que mi cuerpo necesita del tuyo, que hasta me parece que te estoy estrenando... ¿Por qué no hablas, mujer?

-¡Jeremías...! -gimió dolorosa.

-¡Así, no; llorando, no... ¡maldita sea!

Últimamente Jeremías le hacía recordar su pasado; parecía, que a causa del vino, se iba haciendo en él un cambio; no reía como antes; no buscaba el placer de su cuerpo con alegría, si no como algo necesario y molesto; no alababa las delicadezas de Pepa que se esmeraba en atenderlo; parecía no comprender el cariño que Pepa le tenía a Jeremito y que le fastidiaba la correspondencia del inocente.

Florentina notaba algo, no sabía qué ni se atrevía a insinuarle a Jeremías su preocupación; de lo que estaba segura era que el cambio fue a raíz de la muerte de doña Pura; sabía, porque se lo había contado en Los Lampazos, que las joyas de la anciana habían pasado a poder de Currito el usurero, para pagar deudas de juego; que en el presente parecía muy enmendado porque ni jugaba ni andaba de juergas; que vivía solo y que Felisa iba cada día a prepararle la comida y limpiar la casa, porque era muy difícil encontrar una mujer decente que se acomodara a ese trabajo y ~~que se encontrara o él se casara~~ <sup>y ella</sup> Felisa, en recuerdo de la santa doña Pura, se prestaba a cuidarlo.

*acomodar*  
*cuartilla*  
~~Que apenas visitaba Los Lampazos y que la familia no dejaba que Candelita fuera al pueblo y cumplir este mandato le estaba constando a ella una enfermedad.~~

Comentando el caso con Jeremías, éste se enfureció mucho y dio en hallar lo que solo se fraguaba en su pensamiento:

-...la culpa de todo lo que nos va a pasar la tiene la Pepa.

-¿Mi niña?

-Tu niña que no sabe vivir como hay que vivir, buscando los apaños de casa uno. ¿Qué importa que el Gabriel tenga el pelo rubio y por eso no le guste? Otra en su lugar, en vez de ser arisca como ella, haría de tripas corazón camelándose al rubio, se casaría y con él ~~y~~ nosotros estaríamos en La Calandria hasta morirnos de viejos. Pero, no; se lo lleva otra que es más lista; Candelita será el ama de la finca, que nos echará de aquí y que mi Jeremito sufrirá mucho acostumbrado a disfrutar del campo y de los animales, sólo porque a tu niña no le caen bien los rubios ¿sabe ella que no puede escoger? porque esa es la verdad, Florentina, ella no puede escoger por lo que sabemos los dos.

Llorando, dijo: -No hables así, que yo no tuve la culpa de aquello...

-Si vamos a mirar el detalle, quizá, peor así, a bulto, cuesta trabajo creerte.

-¡Por favor, Jeremías, no sigas hablando.

-Bueno, me callaré porque la verdad ~~me~~ escuece mucho.

Se repetía estas conversaciones que a ella le producían desvelos y pesares.

Pepa que tenía fama de trabajadora y formal, recibía, por diferentes conductos ofrecimientos de trabajo. La primera que lo hizo fue Dorita que pensó en niñera para sus cinco hijos que ella no podía atender debidamente porque ayudarle a su marido durante las consultas le llevaba mucho tiempo; la joven se ilusionó de momento pero luego pensó que era exponerse a que alguien del pueblo le hablase de su madre; dijo que lo consultaría ~~con su madre y con su padrastro~~ y que le contestaría entonces.

Lo consultó con su madre.

Y Florentina se lo dijo a Jeremías en la alcoba.

Y Jeremías dijo que no, que no y que no.

Y ella: -Yo me puedo desenvolver bien en la casa y Jeremito ocupado con los animales ~~les~~ da poco trabajo.

-No es por Jeremito, es que la Pepa allí en el pueblo está expuesta a que la soben y la manoseen...

Quiso indignarse Florentina: -Mi niña...Don Luis...

-Ni san Luis; la sobarán y manosearán sabiendo que es hija tuya.

Florentina no contestó, ni lloró; ~~habría~~ caído en un pozo sin fondo y comprendía la razón de Jeremías. Y... ¿qué sería de Pepa en el porvenir?

Tampoco durmió aquella noche y se le iban notando las ~~noches~~<sup>horas</sup> de vela; adelgazaba y sus facciones iban adquiriendo unos pliegues cada vez más profundos; solo los ojos guardaban la mirada dulce y cariciosa de siempre.

A la madrugada supo que soñaba con Pepa porque la nombró varias veces.

-Le preocupa la honra de mi hija -pensó y tímidamente puso un suave beso en la mano que él había dejado lánguida sobre el hombro de ella.

Pero a Pepa le ofrecieron trabajo en San Ambrosio. La marquesa mandó a la casera a decirle que ella quería conocerla.

-¿Qué quiere la marquesa?

-No me ha dicho qué pero me calculo que lo de siempre, que necesita una doncella para llevarla con ella a Córdoba.

Araceli, la casera "estirada" llevó a la joven a la finca y a los aposentos de la señora. Pepa quedó admirada; ella creía que una marquesa era una mujer extraordinaria como de cuentos de hadas.

Y como de hadas era la marquesa Pilar; bonita como una <sup>a</sup> Virgen, joven como una morita, alta y derecha como una palmera, con sonrisa permanente y con unas manos suavísimas y blancas; le gustaría estar siempre cerca de la marquesa, tan blanca que le recordaba las azucenas.

A la marquesa le gustó la joven y al marqués también.

Pepa le contó a su madre sus impresiones y la ilusión que le haría trabajar con una marquesa; tal le pareció a Florentina el caso: su hija al lado de unos señores que eran tan nobles, en Córdoba, donde nadie la reconocería como hija suya y podría encontrar un hombre de bien que la llevara honradamente al altar y la hiciera feliz ¿qué cosa mejor podría desear?

Seguramente que Jeremías vería el asunto por el mismo lado que ella, pero también aquel día había vuelto del pueblo con olor a vino. Comió poco y habló poco también, solo para decirle a Jeremito, que andaba hurgándose en la abertura de los pantalones, que era un guarro y el muchacho queriendo hacer una gracia, dijo cómicamente:

-Soy el señorito Jeremito.

En vez de caerle bien al padre, montó en cólera y lo amenazó con darle una paliza; como siempre, medió Florentina, calmando a

Jeremías y hablándole al hijo con mucha dulzura: -Jeremito, eso no lo digas más porque el único señorito es Gabriel y no te rías delante de él porque se disgusta mucho ¿me vas a hacer caso?

Por respuesta el muchacho le besó las manos mojándose las de babas y salivas.

Ya en el lecho para descansar, al ir ella a apagar el candil, él le pidió:

-Déjalo encendido hasta que se consuma el aceite y muévete ahora de un lado a otro que me gusta ver las sombras tuyas en el techo...

Anduvo ella de un rincón a otro de la alcoba y él, con las manos cruzadas bajo la nuca, miraba alargarse y encogerse las sombras en el techo con placer infantil.

-¿Me puedo acostar ya?- preguntó guasona.

-Te estoy esperando hace un ratito.

-Me dijiste que me paseara para ver las sombras...

-Para verte a ti, que me gusta verte andar de aquí para allá casi desnuda..., que no me pareces tú de lo flacas que te has quedado; anda acércate que yo te toque las palomitas..., también están flacas pero me siguen gustando...

A Florentina no le pareció ocasión de hablar de la petición de la marquesa.

Pepa se estaba volviendo cada vez más observadora y miraba a su madre de una forma nueva, como si la acabara de conocer y se recreaba en la armonía de su cuerpo y en sus ojos tan cariciosos: la gustaba su manera de ajustarse a la cintura el delantal y se recreaba pensando que en aquel vientre estuvo ella encerrada, ¿cómo esperaría su nacimiento? ¿cómo será aquella espera? ¿deseaba tenerla en sus brazos o la tenía porque era fruto de su vergüenza? ¿qué sentimiento opuesto pudo tener? ¿cómo pudo superar la desgracia?

Ella no recordaba nada que pudiera ser indicio de lo que pasaba en su casa, lo único que percibió fue que no tenía amigas de su edad. Ya pude comprenderlo, como comprende que en el pueblo los mocitos la miran como si fuera una novia imposible por ser hija de Florentina. "Dale recuerdos a tu madre de Manolo el de los ultramarinos; fuimos muy amigos". ¿Cuántos como el de los ultramarinos podrían decir "la Florentina y yo..." No iría más al pueblo; no quería oír más "eres el vivo retrato de tu madre", en

cualquier momento y el cualquier parte podría encontrarse con uno que fue amigo de ella, como pasó el día que estuvo en Los Laureles y el señorito la confundió con su madre y ese parecido del que siempre estuvo orgullosa le resulta un tormento y la mira y la remira y se pone a su lado a ver si varía la estatura y son iguales de altas y la misma estrecha cintura y la misma anchura, de caderas y de hombros, sólo no son iguales sus pechos, los suyos son pequeños, duros y erectos, los de su madre serían así y se han vuelto flácidos y apenas abultan ;y pensar que de aquellos benditos pechos mamó ella y que haría como el nietecillo de María la de Los Lampazos, que cuando ya está harto le da palmaditas al pecho y mira agradecido y bobalicón y al reír se le derrama por la boca los chorreoncitos de leche sobrante. Así haría ella también y al pensarlo le entran ganas de llorar porque no puede su corazón con tanta ternura.

A Pepa pensar en todo aquello le producía nerviosismo y una inquietud muy grande cuando notaba que Jeremías volvía del pueblo con un vasito demás ~~de vino~~. ¿Por qué bebía su padrastro? ¿Era por encontrarse en el pueblo con antiguos clientes de su madre? La palabra "clientes" le hizo mucho daño pero fue inevitable pensarlo al unirla al recuerdo de los ultramarinos. Fuera lo que fuera, que Jeremías bebía y venía rabioso y desahogaba su mal humor con su madre, con ella y hasta con Jeremito. Y su madre tenía cada vez más canas, la sonrisa y la mirada dirigida a algo muy lejano.

En ocasiones Florentina sorprendía las miradas de su hija ¿qué estará pensando? ¿querrá ir a Córdoba con la marquesa? Sería un tranquilidad; allí no la conocían y era difícil que se enterara de lo pasado; hay que hablar con Jeremías y convencerle que era lo mejor para Pepa y ese día en el que ella cavilaba tanto sobre el asunto y ~~dad~~ que Jeremías no había ido al pueblo y por lo tanto no estaría bebido podría ser, y fue el señalado para la plática; entre otras cosas porque Jeremito estaba muy contento por el regalo que le había elevado el nuevo dueño de Los Laureles, un cachorro de mastín, y tenía tal alegría que bailaba en la explanada con el cachorrillo en brazos y tan payaso que comunicaba placer.

Jeremías agradeció la fineza de don Pedro, antiguo administrador de la finca; tendrían que ir y corresponder con algún regalo.

-Podría yo hacer roscos de huevo, que tan buenos me salen y regalarle dos o tres docenas ¿qué te parece, Jeremías?

-Pues ¡velay! que es una buena idea y los llevará, cuando estén hechos, el mismo Jeremito acompañado por su hermana...

El cachorrillo era un juguete para Jeremito que lo tuvo sobre sus piernas mientras la cena y costó trabajo convencerle, que el perro no podría comer garbanzos y que solo tomaría leche en un plato y sin cuchara.

Jeremías tuvo amagos de cólera, pero como siempre, Florentina lo aplacó y cuando llegó la hora de acostarse, cada uno se iría a su cuarto o como dijo Jeremito cuando iban subiendo la escalera "cada mochuelo a su olivo" y agregó con inocente malicia "el señorito mochuelo" dando a continuación una estúpida carcajada; Florentina le dijo que como repitiese lo de "señorito" devolvería al perro.

El padre no se enteró de esto y esperaba impaciente a la mujer, que excusó su tardanza por entretenerse con el cachorrillo al que tuvo que prepararle un capacho como cama al lado del catre de Jeremito.

-Ha estado bien que don Pedro le regale el perro porque el que tenemos se morirá de viejo un día de estos...;habrá que ponerle un nombre ¿cuál se te ocurre a ti?

Y ella, que estaba junto al vasar del rincón en donde tenía las medicinas; sal de higuera, jarabe de tolú y brea para la tos, cataplasmas, alcohol, algodón, agua oxigenada y yodo, dijo:

-Podemos llamarlo Yodo que <sup>e</sup>un nombre más corto que cataplasma.

Jeremías se rió.

-Lo llamaremos Yodo como si fuera de un médico o de un boticario aunque a la larga nos resulte cataplasma.

Yodo dormía por primera vez separado de su madre y hermanos, triste quizá, buscando en vano la tetita de la lechecita rica y se resignó a dar chupadas al aire.

Jeremito consiguió dormir y era feliz.

No tanto Pepa que seguía pensando en su madre y la imaginaba en los fuertes brazos de Jeremías y en los de otros hombres, el de Los Laureles tan guapo, el los de el ultramarinos barrigón repugnante; y no se daba cuenta de un odio que iba germinando en su corazón no sabía contra quien.

Tampoco Florentina pudo hablar sobre la posible colocación

de Pepa con los marqueses, porque Jeremías estaba con sus proyectos del trabajo en el próximo invierno: Pepa o la madre, o las dos entrarían en la cuadrilla de las aceitunas como dos jornaleras más y con las ganancias seguro que podría comprar un par de mulos que se los alquilaría al mismo "señorito Gabriel" que ya venía desde los tiempos de Rita, alquilando yuntas para el laboreo y ya con el tiempo vendrá la compra de un caballo, hablaba y hablaba Jeremías sin esperar la opinión de ella hasta que dijo de pronto:

-¡Qué malasombra tiene la Pepa! ¡Mira que no haber sabido camelar al señorito Gabriel!

-El Gabriel no se casaría nunca con ella sabiendo todo lo que sabrá de mí y lo que me habrán inventado...

-En eso estoy conforme pero ¿sabes lo que se dice por el pueblo? Que el "señorito" y la Felisa se entienden... casi viven juntos y ella esta de muy bien ver aunque flaquilla y ojerosa.

-Se portó muy bien con doña Pura...

-Sí, pero todo el mundo habla, todo el mundo habla...

-Hablar por hablar, porque El es muy joven y ella demasiado madura. *los*

-Entre ~~todos~~ tiene que haber algo turbio porque ¡mira que arrendarle la viña! ¿cómo va a poder vivir sin hacer nada, sólo lo que le dé La Calandría?

*mas espacio*  
~~(Felisa bastante más delgada y bastante malas noches casi en vela, temiendo quedar dormida y soñar lo de siempre: las carcajadas de la difunta con el arquita vacía en las manos. Él la envenenó, y sin embargo le seguía gustando el macho que le trastornó su vida íntima; debo rechazar a un asesino...~~

~~Y él ¿cómo pudo entregarse a un arpía envenenadora? Había que terminar.~~

Estaba decidido por eso le dijo:

-No podemos seguir así Felisa..., la gente empieza a murmurar; hay que cambiar.

-¿Y qué planes tienes tú?- preguntó desafiando.

El se atemorizó: -Creo que tú no debías venir tanto por aquí en una temporada; yo me las apañaría solo y comería en la fonda de Cecilia; te pasaré un tanto por semanas o por meses; de vez en cuando nos haríamos los encontradizos en la calle y hablaríamos como amigos y la gente dejará de murmurar...

Esperaba la respuesta. Ella lo estaba mirando sin pestañear y habló:

-¿Y qué más?

-Pues eso.

*coverlo* ➔ Y después te casa con la tontaina de Candelita y a mí me das el puntapié. Pues no te saldrás con la tuya, porque aunque ahora no me haces caso, hemos sido y somos amantes y no consentiré que me dejes en la cuneta porque estamos unidos para siempre y estoy dispuesta a hablar.

-Hablar ¿qué?

— Que envenenaste a tu tía para robarle antes de que las deudas te comieran.

-¿Qué yo...? Pero si fuiste tú...!

Se acercó y la tomó por los brazos zarandeándola:

-¡Maldita bruja!

-¡Tú, tu...-seguía escupiendo ella- te denunciaré, le harán la autopsia y te pudrirás en presidio...

-¡Maldita puta, si la envenenaste tú...!!

-Bien sabé que fuiste tú y te denunciaré...

-Pero vamos a ver, Felisa -con esfuerzo tremendo quiso tranquilizarla con voz suave- A ¿qué viene todo esto? -la creía loca- ¿No somos amigos? ¿no nos hemos querido? ¿no nos seguimos queriendo? Contéstame aunque sea con la cabeza! Que sí y que nos seguiremos queriendo hasta la muerte...

A llegar a pronunciar esta palabra un escalofrío recorrió su cuerpo ~~que~~, involuntariamente se separó un poco de ella. *que*  
~~Ella callaba sin dejar de mirarlo.~~

-Ven a razones, mujer.

-¿Dejemos eso y hablamos de los planes nuevos?

-Pasamos... Mira, de momento tú en tu casa y yo en la mía.

-Cédeme la viña...

-En el testamento de Rita es mía legítimamente.

-Simula que me la arriendas y si los haces no te descubro ¡te lo juro!

Volvió a indignarse Gabriel.

-¿Otra vez, si fuiste tú? No empieces de nuevo Felisa; pensemos los dos que se murió sin que ni tú, ni yo hiciéramos nada y que los dos hemos salido beneficiados.

-Tú, sí, yo, no.

-Quedamos en que yo te pasaría un tanto, según las

cosechas...

-Yo quiero la seguridad de la viña; me tienes que hacer un papel con testigos y firmas de arriendo.

-Bueno, conforme.

-¿Nos seguiremos viendo?

-¡Claro, mujer!

~~se cierra el paréntesis~~  
suprimido el paréntesis

Nada de esto podrían imaginarse en el pueblo, pero seguían las cábalas.

Y Jeremías también murmuraba no sabiendo pensar nada más que su hijastra no se había dado maña para engatusar al señorito; de haber sido lista no se le arrendaría a la Felisa que además no le va a pagar el arriendo ;seguro! Ya podría Pepa aprender de las dos ;la tonta! pues a andar de rodillas al pie de los olivos y la cosecha de este año es muy buena... Tú y Pepa entraréis en la cuadrilla de mujeres.

arrendarla

trayéndonos aparte

-Estoy conforme en recoger la aceituna a destajo si es preciso, pero mi Pepa...

-¿Qué pasa con Pepa?

-Que habría que aprovechar la buena colocación en casa de los marqueses.

-¿Una colocación?

-Sí, de doncella y se iría con ellos a Córdoba y en Córdoba...

Saltó Jeremías en la cama: -¿La Pepa a Córdoba, mujer? Eso no lo consiento, yo que luego unos señoritos viciosos...; no saldrá de aquí mientras yo vivo...; nada de irse a Córdoba, aquí a coger aceitunas y que le sangren los sabañones de las manos, pero ganando un jornal con honra...

-Pero Jeremías, podrá a lo mejor, que un buen hombre se fijara en ella.

-En ella se fijaran muchos hombres porque como hembra, vale mucho...

Repentinamente quedó callado; por vez primera había considerado a su hijastra como hembra y esa palabra le aturdió. Hasta ese momento la había considerado una niña; aquella que conoció en una cuna y que la vio crecer como a una yerba que no molesta; su amor por Jeremito hizo nacer en él una gran estima parecida al cariño, pero no olvidaba que era hija de don Paco al que aborrecía desde que acudió a él para trabajar en sus campos

y no lo admitió porque "Jeremito era un estorbo en la besana".

Siempre fue para él una niña sumisa, obediente, discreta y cariñosa; más cariñosa con Jeremito al que llamaba hermano.

Ha sido un cambio demasiado fuerte al pronunciar la palabra hembra, porque enseguida la ha visto como tal y el corazón le palpité con violencia y le costó trabajo reponerse de su propia sorpresa para seguir hablando. *cuanta*

-¿Podrías vivir tranquila teniendo a tu hija lejos de nosotros y en peligro?

Florentina lloraba silenciosamente.

Y él: -Podemos hablar de esto otro día, porque prisa no corre la cosa.

-Los marqueses necesitan una contestación... además Pepa está muy ilusionada.

-Cosas de la juventud que no sabe de peligros...; bueno, ya hablaremos despacio; ahora vamos a aprovechar esa luna que está entrando como "Perico por su casa".

La luna había entrado posesiva y curiosa; pudo ver a una mujer ofreciéndose rendida y a un hombre impetuoso y brusco.

*más espacio*

Llevaba razón Gabriel: la gente empezaba a murmurar; los pasos de ella fueron vigilados; el tiempo empleado en los quehaceres de la casa estaba medido; el arreglo personal observado y la delgadez, la demacración y las ojeras, comentadas.

Hasta que estalló la noticia: la viña de Rita la ha arrendado Felisa. ¿Y con qué dinero? A pagar a golpes de cosecha. Un buen negocio el de Felisa; ahora se encumbrará y presumirá de señora rica...

¿Por qué es tan mala la gente? ¿Por qué no se alegra del bien de los demás? ¿Por qué a la gente le gusta más decir "¡Pobrecita, cuan desgraciada es!", que decir: "Pues muy bien, que disfrute lo que pueda". La compasión es fácil de demostrar y la envidia de difícil disimulo.

Joaquín, el de Los Lampazos le daba vueltas al asunto, porque no acababa de comprender que arrendara la viña pudiéndola explotar él mismo; sacaría más producto del que estipulara con Felisa; cada día estaba más seguro que no sería un buen labrador y que su hija había hecho una mala elección; que se decía que ya no jugaba, que ya no bebía, que se acabaron las mujeres... podría significar que había una sola dominando. ¿Cuál? ¿Su Candelita?

Era demasiado niña para eso, ¿Felisa? tal vez, porque es muy sospechoso el arriendo de la viña.

Candelita, naturalmente, estaba encantada con las noticias que le llegaban del pueblo.

-Parece otro, tan formal...

-De juego, ni hablar...

-Ni una copita para abrir el apetito y eso que le hace falta porque se está quedando en los huesos...

*está bien* # Las mocitas del pueblo ni mirarlas y las de fuera ni caso...  
Candelita ¡cómo gozaba! hasta le dijo a Pepa:

-Ahora siempre tengo ganas de comer.

-La satisfacción; ¿no viene por aquí?

-No quiere encontrarse con mi padre y me ha mandado recado con mi primo de que mañana viene a La Calandria y quiere verme allí.

Y se vieron ¡La casualidad, dirían después! que Candelita fue a pasar el día con Pepa y él se presento sin avisar.

Había llegado al mediodía y muy amigable gritó desde la explanada:

-Casera, ¿muerde el perro?

Era el saludo rutinario del visitante del campo.

Florentina salió sorprendida {Pepa no había dicho ni una palabra} y contestó:

-El perro se nos murió anoche de viejo y esta mañana se lo ha llevado Jeremías para enterrarlo en la Loma sin que se entere Jeremito, que ya tiene otro, un cachorro de mastín...

-¿Y el casero?

-Ya lo he dicho: en la Loma y no vendrá hasta la noche, pero si hay necesidad de hablar algo, Pepa va y le dice que venga.

-No hace falta, esperaré a que venga ¿Y Jeremito?

-Con la cabritas y el perro nuevo.

-¿Cómo llamáis al perro?

-Yodo.

-¡Qué nombre más raro! Me huele a enfermedad.

-Pues sí, cuando Jeremito se resfría le pintamos el pecho con ese mejunje y siente alivio.

-¿Y Pepa?

-En el huertecillo recogiendo unas patatas para el almuerzo, con Candelita...

-¡Ah, voy a verlas!

A Florentina le pareció el encuentro con la joven de los más natural, pero ¿a qué vendría? ¿a amargarle el día a Jeremías?

Pues sí, se lo amargó; a nada bueno vendría el señorito, que no sabía nada de campo y se creía un sabio por leer unos librotos que solo decían tonterías; a la tierra hay que quererla y vivir con ella, sufriendo o disfrutando cuando ella sufre o disfruta. ¿Qué saben los que escriben qué es un amanecer cuando el sol quiere apuntar y las nubes se interponen y se arma en el cielo una guerra? ¿Y qué me dices de un mediodía cuando ningún cuerpo al sol dá sombra? ¿y qué del anochecer, cuando el día no quiere irse y tienen que venir las estrellas para que reine la noche con su descanso? ¿qué sabe el "señorito" Gabriel de lo que es una buena yerba y un cizaña? Es un ignorante y nos quiere apabullar con sus libros.

¿A qué ha venido el "señorito"? A presumir de amor y a buscar las finquitas de Joaquín por medio de la Candelita, ¡y que la niña está como su nombre! y además es bonita.

-Pero vamos a ver Florentina -le decía a la noche en la alcoba- ¿a qué ha venido el "señorito".

-De paseo, me dijo.

-¿Y a ti no te huele el paseo a quemado?

-¿Qué quieres decir?

-¿No estarían de acuerdo para verse aquí? Pues ¡velay! que no me gusta ni chispa que mi familia haga de tapadera para algo que no le gustará a Joaquín, que es amigo nuestro y vamos a tener un disgusto...

-Jeremías tú no puedes decirle a Gabriel que no venga a su casa.

-Pero se le puede decir a Candelita que sin que lo sepan sus padres no puede tener entrevistas aquí...! y hay que ver lo que sabe la cichuela! Ya, ya podría la Pepa aprender...

*chisuela*  
Florentina temió que volviera a hablar del porvenir de Pepa tal como él lo concebía, pero Jeremías la había tomado aquella noche con el "señorito", que le amargó la noche hasta no darse cuenta que la luz de las estrellas era torrencial, ni de que Yodo ladraba intranquilo.

-¿Por qué labra?

-Oírás algún ruido extraño...

-¿Qué puede ser? ¿Puede él saber que su congénere ha muerto?

-Eso es una tontería.

*Más espacio*

## Más espacio

El matrimonio formado por María y Joaquín habían llenado su hogar con cinco preciosas niñas, la más pequeña contaba solo ocho años y cuando ya estaban olvidados de pañales y malas noches, María empezó a abrigar en su vientre una nueva esperanza. Que Joaquín deseara un varón, naturalmente, al que iniciaría desde pequeño en las tareas de la tierra y que sería el descanso de su vejez. Será maravillosa su venida al mundo por la voluntad divina; a un mundo complejo y bello; un mundo para cantar la gloria de su creador; un mundo de amor; un mundo para vivir una vida sencilla; la familia, el hogar, el entorno de los vecinos, con los animales domésticos, con las tierras para labrarlas y cosecharlas; el agua, el sol, las nubes, los pájaros, el aire abrasador y el viento refrescante; el largo día con la azada o con la yunta, buscando las honduras del suelo para echar las semillas; la noche corta, sin apenas tiempo para el descanso o para el goce carnal; todo sencillito... Un nuevo hijo, niño o niña (mejor niño), su mujer (una real hembra), los abuelos, la casa, los olivos, las viñas, su perra, su escopeta, sus perdices enjauladas ¿podía pedir más? Nunca saldría de aquel lugar donde la tierra parecía siempre un cantar jubiloso.

Joaquín sentíase juguetero y feliz. Allí estaba Pepa que había llegado, mandada por su madre, por si había que "echar una mano".

La pequeña, contagiada por la alegría general, cantaba.

Por la calle abajito va  
déjalo tú ir, no le digas ná  
que si es de ley él solito volverá.

-¡Qué bien canta tu hermana!- comentó Pepa.

La niña se hinchó de orgullo y continuó cantando mientras ordenaba un cajón con innumerables muñecos de trapo:

Aunque soy fea de cara tengo el  
corazón bonito y otras cosas más  
bonitas que mi novio ya me ha  
visto.

*aunque soy fea de cara  
tengo el corazón bonito  
y otras cosas más bonitas  
que mi novio ya me ha visto*

-¡Mira la niña!- y Pepa reía.

-Mi hermana sabe muchas coplas -apuntó Candelita,

-¿Y tú?

-Yo también pero no puedo cantar porque caen chaparrones...

Rosita seguía cantando:

Una negrita en la Habana estaba

cogiendo flores y el negro que la  
miraba gozaba de sus favores...

La abuela Curra se irritó: "¡que parecía mentira que le enseñasen a la niña esas indecencias!".

Y Rosita continuaba cantando, <sup>ero</sup> pero con las voces de la abuela no se le entendían la letra, Joaquín parecía distraído, cuando al callar Curra, molesta por no tener el apoyo del yerno, se oyó nítidamente la terminación de la copla:

...¡qué decepción pues la negrita  
usa calzón!

-¡Joaquín!

-Abuela...

-Enséñale a la niña a tener respeto.

Y Joaquín socarrón, se acercó a Rosita y le dijo:

-¡Ea, maresita, vete a otro sitio a jugar!- y cuando la niña se hubo marchado, añadió: -Abuela, antes la niña cantaba inocente y desde ahora, no; hay que dejarla cantar lo que quiera porque así disfruta ella y disfrutamos los demás, oyéndola.

Curra, subiendo malhumorada la escalera, fruncido el ceño, mascullaba:

-... el padre le enseña esas coplas verdusconas que aprendió siendo soldado en Cuba ¿quién lo diría de un beatuco?

Joaquín la oyó y naturalmente sonrió con beatitud.

Los marqueses había <sup>más espacio</sup> dejado la finca marchando a Córdoba sin Pepa porque Jeremías no cedió.

-La Pepa tiene que trabajar en la recogida de la aceituna; necesitamos su jornal para comprar una yunta y así cuidaré de mis propias bestias; tú no te das cuenta de que a media noche me tengo que levantar para darle el pienso a los animales que son de otro y si fueran del señorito pues todavía..., pero los tiene que alquilar ¿que nos lo alquile a nosotros! ¿no?

-Pues sí.

-Y hay que comprarlos ¿no?

-Pues sí.

-Y tenemos que trabajar todo ¿no?

-Pues sí.

-Pues sí, pues sí, no me des siempre la razón como a Jeremito, porque aquí lo que estamos tratando es de que trabaje Pepa.

-Pepa está siempre trabajando.

-Lo sé, lo sé, ¿te crees que no me fijo en ella?

~~Florentina no supo por qué se estremeció al oírlo.~~

~~También Jeremías sintió algo extraño y placentero al hablar de Pepa.~~

Florentina seguía pensando que Jeremías era un bendito, con sus defectos, como cada cual, que quería mucho a su Pepa, como si fuera su hija, se lo decía a ella muchas veces: "tienes que respetarlo y quererlo porque él te quiere mucho y es un bendito".

A Jeremías le molestaba oírlo y a veces se exasperaba y soltaba tacos: -¡Co...! que no soy un bendito, que soy un hombre como los demás!

A ella le hacía gracia su irritación y le guiñaba un ojo a las moras. *mora*

Así había sido siempre; y seguía siendo un bendito, aunque por mor del vino que tomaba en el pueblo iba cambiando poco a poco; era como una manía la que traía conque Pepa era tonta por no encelar a Gabriel; y su hija era honrada como ella, aunque su vida fue como se la hicieron entre todos y le pedía a Dios, con todas sus fuerzas, que la reservara de los malos hombres y que encontrara uno que la llevara al altar.

A Jeremías, el hablar de Pepa, le produjo *ña* una extraña sensación. Si la madre se empeña en mandarla a Córdoba a que la manoseen los señoritos... "Pero yo no lo voy a consentir; Pepa no se apartará de nuestro lado ¿qué iba a ser de Jeremito sin su hermana? ¿qué iba a ser de nosotros sin sentirla cantar y reír? ¿sin mirarnos en sus ojos llenos de luz que parece que el sol se ha hecho un huequesito en ellos? La Calandria sin la Pepa no sería lo mismo... ¿para que un señorito la desflores...!)"

Fue Florentina la que dijo primero:

-¡Ea, a dormir, que ya mismo está aquí el día...!

-La que está aquí mismo es mi Florentina, que no hay quien la aventaje en bonita...

Suspiró ella: -¡Ay, que ya están mandando en mi cara las arrugas!

-Pero tu cuerpo ni se ha enterado...

El de Jeremías le resultó pesado a Florentina.

Y después, el suspiro, profundo y ronco del hombre, diciendo: -¡Pepa!

Ella, decidió no haberse enterado.

Él, quedó dormido.

*mas espacio*

A Jeremías le molestaba sobre todo: "respétalo como si fuera tu padre, que es un bendito". Jeremías no era un bendito. Jeremías no quería a la muchacha como si fuera su hija. No.

Y nunca se había dado cuenta de esto hasta que un día, en la taberna del Mocho en el pueblo, un amigote que había bebido más de la cuenta le dijo:

-¡Gachó, qué suerte tienes disfrutando de la madre y de la hija!

Se revolvió como una culebra y no aplastó al charlatán, porque se lo impidieron los acompañantes; juró que la Pepa era sagrada para él y que la respetaría siempre como si fuera su hija...

-¡Cómo si fueras un bendito! ¡Hombre ¿quién te va a creer?

Lo sacaron a viva fuerza de la taberna porque su furor e indignación fueron tan grandes que sacó la faca y en un tris estuvo de clavarla en el vientre del borracho; sin embargo todo pasó sin que ocurriera desgracia alguna por los buenos oficios de los amigos que insistían en que "es un esaborío y tiene mal beber".

Desde aquel día dio en cavilar y cavilar..., en mirar a la mocita, en vigilarla y no podía ponerle ningún reparo, trabajadora, cariñosa, alegre y hermosa; más hermosa que fue la madre.

Hasta entonces todos había sido felices. Sí él nunca había mirado a su hijastra con ojos de hombre si no de padre agradecido a su comportamiento con Jeremito; si él nunca gastó una broma, ni siquiera comentaba con la madre que la niña era bonita, porque le daba rabia que lo fuera; le torturaba saberla lista y decente; le hubiera gustado, (y que Dios lo perdonara) que hubiese sido una inútil, una "maltrabaja", una descarada, paticoja, o tuerta, o manca, o fea o tonta, o loca. Pero no, era todo lo contrario de *su hijo* ~~bien~~; tuvo que nacer con tantas faltas que lo tenía avergonzado; él no sería un bendito pero era un hombre que no merecía ser padre de un tontiloco. En cambio, la Pepa, nacida sin padre y de un madre con historia... (bueno, la pobrecita fue empujada a la charca) y buen cuidado tenía Florentina de que su hija fuera decente, porque lo era, de eso estaba seguro.

¿Por qué tuvo que ocurrir lo de la taberna? Desde entonces

no tenía tranquilidad para nada. La imaginaba en todas partes y se le aparecía en el campo como si saliera del fondo de la tierra; se alzaba detrás de una cepa; montada en el mulo; por todas las sendas, por todas las vereditas y caminitos que él tenía que andar, ella iba delante moviendo sus caderas en un baile diabólico; en las ventanas y puertas de todos los lagares por los que él pasaba; soñaba con ella de día y de noche. Acariciaba el cuerpo de Florentina con el deseo de que fuera el otro... *apasionado*

~~Al principio de aquellas maneras suyas,~~ *razón* la mujer gozaba y reía...

-Jeremías estás en una primavera con savia nueva...

Y él, la disfrutaba brutalmente.

-Jeremías, que puede oírnos Pepa....

Enloquecía y terminaba apretándole los hombros, estrujándole los pechos, pateándole el vientre...

-¿Qué te pasa, Jeremías? Me haces daño... *gimoteaba* ella.

Lloraba él, prometiéndose no volver a tocarla.

Firme en su propósito, pero la presencia de Pepa, la risa de Pepa, el cantar de Pepa ¡era demasiado; y tampoco tenía paz cuando la mocita salía de paseo porque los celos eran cuchillos afilados que jugueteaban con su corazón. ¿Con quién hablaría? ¿Quiénes la mirarían con el deseo de verla desnuda?

-¿Cuando vuelve tu hija de su paseo?

-Pero Jeremías, si no hace una hora que salió!

Una hora. Una hora. Años le parecía que faltaba; de paseo por los lagares con Candelita y sus hermanas, donde había hombres... *que la desnudarían con los ojos...*

-¡Tanto paseo! ¿Qué se la ha perdido por los lagares con el frío que hace que hasta parece que va a nevar! *¡Tanto paseo!*

-Tiene que distraerse....; ya mismo empieza lo de la aceituna...; no tendrás queja de Pepa ¿verdad?

No. No tenía queja de Pepa, pero no podía vivir ni con Pepa, ni sin Pepa. Su vida desde aquel día de la taberna, ~~era un~~ *estaba como* infierno.

~~Desde aquel día de la taberna~~ *estaba* metido en un infierno; ~~estaba nevando.~~ La nieve en aquella tierra era una novedad; y ese día, justamente el día de la nevada más grande que jamás había caído por aquellos terrenos, ese día Jeremías, no podía salir a trabajar al campo, ni los aceitunos habían podido llegar a La

aceituneros

Calandria. Tuvo que quitar primero con las manos la nieve del escalón de la puerta de la casa y el del corral y el de la cuadra y después con una herramienta para hacer caminos hasta el pozo; Jeremías era fuerte pero el frío era intensísimo y entró a sentarse al calor de la chimenea sin poder quitarse el otro frío, el que atenazaba su corazón; le molestaba verlos a todos celebrando la nieve con exclamaciones de júbilo.

-¡A callar...! gritó.

Callaron ellas atemorizadas; Jeremito, no. Daba saltos y quería salir a la explanada con Yodo, que ~~parecía~~ <sup>estaba</sup> asombrado, <sup>los ojos fijos y el ralo cacio</sup>

-¡Quieto aquí!- se había levantado y casi arrastrando llevó al hijo a sentarlo a su lado -¡y abróchate la portañuela, guarro!

Siempre riendo ocultó el muchacho sus atributos varoniles, sin atinar a abrochar cada botón con su ojal respectivo; Florentina acabó de vestirlo con mucho cuidado y cariño; Jeremito le cogió una mano y se la llevó a la boca para besarla, llenándola de babas <sup>amarillentas.</sup>

-Si es un niño, Dios mío, si es un inocente!

Era un inocente, y él, su padre no debió tratarlo mal y considerar su alegría como un bien, pero estaba la Pepa allí, con el pelo alborotado, sin toquilla de lana por los hombros, la blusa apretada que ~~parecía~~ <sup>parecía</sup> poder estallar el brío de sus pechos; con los cachetes colorados como amapolas y los ojos brillantes como las <sup>asenas</sup> ~~asenas~~... Como un ascua estaba él, teniéndola delante agachada atizando la leña...; atizándolo a él, cuando puso en sus manos el tazón de café con leche, diciéndole:

-Tome usted el café y ya mismo estarán fritas las rebanadas.

...y su voz fue como un latigazo que le hizo encoger la espalda y temblarle las manos y las rodillas.

-Hoy no es día de haciendas por mor de la nieve -hablaba Florentina- le echaremos de comer a los animales, haremos las camas, pondremos la olla para la noche...

Siempre ordenada. Una mujer muy hacendosa mirando por los dinerillos y aprovechando los minutos. Muy completa. Cuando se casaron, además de bonita, tenía el cuerpo relleno y muy bien repartidas las carnes; una vez la piropeó "Eres tan bonita como un clavel reventón" y era verdad, pero las faenas de la casa, las del campo y sobre todo el quehacer tan grande que le daba Jeremito, <sup>de</sup> secó su cuerpo y lo resquebrajó igual que le pasa a la tierra en años de sequía, con la diferencia <sup>de</sup> que la tierra se

repone cada primavera; fue un hermosura de clavel oloroso, suave y delicado y ahora parecía un ~~clavel~~ pisoteado. Sí, y no exageraba. Le tenía que agradecer lo que hacía por Jeremito y bendecía la hora en que se decidió casarse con ella... Y si no fuera por... ¡El demonio había entrado en su casa! La Pepa era ahora el clavel reventón! ¿cómo un clavel? Un jardín, un parque, entero era aquella mujer. ~~en flor.~~

-¿Qué vamos a almorzar? -preguntaba la mocita-

-Huevos fritos con chorizos y torrezmos y manzanas; luego no sentaremos al calorcito y repasamos la ropa que hay mucho que coser.

¡Todo el día dentro de la casa! Viéndola. Ardiendo por ella. Era tener sed y la jarra rebosando en la mano sin poder beber ~~las~~ sin ni siquiera una gota... NI mirarla... Habría que inventarse algún trabajo para estar fuera de la casa aunque se entumeciera de frío; ~~por eso fue~~

Fue de un lado para otro, la cuadra, el cobertizo, el gallinero, las corraletas y después salió a dar una vuelta alrededor de la casa, ¿cuántas vueltas? resbalando por el suelo duro y tropezando con el ramaje de los almendros que le azotaba el rostro y la cabeza, como un varillaje de hierro plateado.

Apenas probó la comida cuando llegó la hora; se tragó un torrezno muy caliente porque aún el aceite hacía pompitas en su apetitosa superficie; se quejó, se tomó un buche de vino para calmarse el ardor de la boca y la garganta; Jeremito se reía.

-Cállate, mastuerzo, y come...

-¡Quiero vino! ¡Yo soy un hombre como tú...- la risa voló de su boca y una ansiedad muy grande asomó a sus ojos. ~~ansiosos~~.

-No, hijo, no- y la voz de Florentina era una caricia -no, Jeremito, tú eres un hombre, pero ni tú, ni Pepa, ni yo, podemos beber vino... Toma, toma esta magra que está muy rica...

Nuevamente afloró la risa en la boca del inocente.

Y fue entonces, cuando ~~llegó~~ Joaquín, desencajado temeroso a decir que llegó el parto de su mujer y que la nieve...

Florentina se lió el mantón de lana al cuerpo y se abrigó la cabeza con un pañuelo y sin terminar de comer se fue con Joaquín y ya en el rebate se volvió y le dijo a Pepa:

-Cuando terminéis de comer ~~ven~~ a Los Lampazos y al anochecer, que se habrá terminado todo, volvemos las dos juntas.

Se asomaron los tres para verlos marchar. Jeremito llevaba

~~vente~~

al gato en sus brazos y la chaqueta se le llenó de ceniza; el Yodo, despedía a su ama en la explanada aporreando la nieve con el rabo, en cariñosa despedida.

Y Jeremías no quiso terminar de comer y no entró en la casa; acompañado del perro se fue al olivar. Todo blanco, tierra y árboles; sacudió un rama y algunas aceitunas hablaron de primavera al desnudarse y mostrar la insolencia de su color verde; la nieve desprendida caía al suelo con levedad de paja; juegos de artificio era aquello; el perro saltaba y ladraba con alegría. En el rostro de Jeremías, un rostro bello y varonil, curtido por aires inclementes, expresión de bondad, a pesar de su barbilla imperiosa, de su nariz algo arqueada, de su boca carnosa y bien dibujada, de la dentadura blanca y perfecta, de ojos grandes, serenos y oscuros..., todo había cambiado: apretada la boca y punzante la mirada, era la expresión angustiada de un sentimiento doloroso. e insoportable.

Allí en el olivar, también veía la imagen de Pepa, que se escapaba entre los olivos, con su toquilla de lana roja, su falda oscura de paño y su delantal blanco. Allí estaba ella. Y él, como un loco, corría y corría de un árbol a otro, tropezando, cayéndose, agarrándose a los ramones, sacudiéndolos con furia, llenándose de nieve todo el cuerpo; y ella, reía y bailaba... - ¡Maldita seas!

Volvió a La Calandria y entró como un vendaval; Pepa se asustó.

-¿Le pasa algo...?

No contestó Jeremías ¿Qué iba a decirle, maldita seas? ¿eh?  
Entró en la despensa y sacó el jarro grande de cristal lleno de vino y dos vasitos.

-¿Quieres, Pepa?

-No. Mi madre no quiere que beba más que en días señalados.

-¿Más señalado que este? Es el ocho de enero de mil novecientos once; el año de la nieve; nunca ha caído por estos lugares tanta nieve; más de una cuarta sobre el suelo; el año que le va a nacer a Joaquín un nuevo hijo; el año que yo... ¡maldita seas! tienes que beber...

Se asustó Pepa; ¿qué le pasaba a Jeremías que la miraba de aquella manera? Se iría corriendo, aun sin quitar las cosas de la comida, en busca de la madre; se echo la toquilla por la cabeza.

-¡Ea, me tengo que ir a Los Lampazos antes que caiga más

nieve.

-No te vayas, Pepa -suplicó el hombre.

-Tengo que irme, me lo mandó mi madre...

El tono lloroso de Jeremías y el temblor de las manos de Jeremías la llenó de estupor y de miedo a no sabía qué- Tengo que irme.

-No te vayas, Pepa... -parecía un niño; era como si hablara Jeremito; se había sentado y le indicaba que ella lo hiciera también; negó la muchacha con un gesto y él la amenazó: -si te vas le doy de beber a Jeremito.

Palmoteó el inocente con júbilo y cogió con avidez un vasito: -Llénalo, -dijo sin dejar de reír.

Rebosó el vaso por el temblor de las manos paternas; lo bebió de un trago y lo presentó al padre -Llénalo otra vez...

-Tú tendrás la culpa -sentenció Jeremías- ¡vamos a emborracharnos, hijo...

Pepa salió a la explanada; desde allí, aún oía repetir una y otra vez: -llénalo, llénalo, llénalo...

-Sí, Jeremito, los dos, y luego a dormir la mona, ea... ¡Malditas sean las mujeres!...

Pepa pensó: dormirán la borrachera; mejor, así estarían todos más tranquilos.

*Más espacio*

Cuando Pepa llegaba a Los Lampazos, comenzó de nuevo a caer nieve en copos grandes; alrededor de la chimenea estaban el abuelo Rafael y la niña Rosita.

-¿Qué...?- preguntó la joven sacudiéndose la nieve de los hombros.

-¡Un niño! ¡Ha nacido un niño hermosísimo!

Subió a las habitaciones donde estaba reunida la familia.

-Y mi madre?- preguntó.

-Ahí dentro bañando al niño.

La alegría en la casa era una oración de agradecimiento a Dios; todo salió bien; la madre como una chicuela de valiente, el niño perfecto, las hermanas felices y las abuelas y el padre...

Y la nieve vuelve a caer; todo el campo blanco y los caminos escondidos; a la tarde se haría muy <sup>definit</sup> tarde volver a La Calandria; pasarían la noche allí y saldrían al día siguiente cuando la luz del día alumbrara el campo.

Toda la noche estuvo la chimenea encendida y hasta se

cantaron villancicos porque, según palabras de Joaquín, era una nochebuena. *X y así la disfrutaban etc etc.*

*vale*  
*Muchacha*  
Florentina estaba intranquila por Jeremito que necesitaba tanta atención y más haciendo tanto frío. La luz indecisa del amanecer de aquel día, puso prisas en el ánimo de Florentina que, apenas sorbido su café, sin esperar las rebanadas de pan frito, avivó a la soñolienta Pepa y las dos se pusieron en camino. La nieve dura y resbaladiza calmaba sus prisas; la nueva nevada era un sudario blanco sobre el panorama, cuya belleza no alabaron; ya veían La Calandria; la puerta estaba abierta de par en par y el perro ladraba desde dentro; apresuraban el paso expuestas a resbalar y al acercarse a la explanada, Yodo escapó al olivar; Florentina lo siguió sin saber qué quería decirle el animal pero le saltaba el corazón de espanto.

-Vuelve a Los Lampazos que nos ayuden...

Pepa presintió una tragedia dado el comportamiento del perro y tembló por su hermano.

Llorando y jadeante llegó: -¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia - gritaba enloquecida sin poder decir otras palabras.

Fue la abuela Curra que la tomó de la mano, la sentó al calor de la chimenea, le secó el sudor de la cara con su pañuelo y le preguntó: -¿A tu madre...?

Con un movimiento convulso, negó.

-...¿tu padrastro?

Tuvo entonces la dolorosa intuición y gritó desesperada:

-¡¡Jeremito!!

Joaquín y el abuelo Rafael, enfundados en sendas pellizas se dirigieron con la rapidez que les permitía el nevado terreno, a La Calandria.

Allí no estaba Florentina y a sus voces nadie contestaba; toda la casa estaba en el mayor desorden; la chimenea apagada y los pucheros volcados en las cenizas; la puerta que comunicaba con los corrales estaba abierta y las gallinas en libertad picoteaban hambrientas en el suelo de la chimenea ante la indiferencia del gato; se notaba como el arrastrarse de un cuerpo en el piso alto; subió Joaquín; sobre el suelo, liado en una manta, dormía tan profundamente Jeremías, que fueron inútiles las sacudidas que Joaquín le daba para despertarlo.

Cuando los hombres, guiados por los aullidos del animal, dieron la vuelta al edificio quedaron paralizados por el cuadro

que se les ofrecía en la frontera del olivar: un montón alargado en forma de tumba, el animal escarbando en él, enloquecido, unos zapatones emergiendo entre la blancura y Florentina llorando desconsolada, destrozándose las manos queriendo librar de la nieve la cabeza del inocente.

-¡Mi Jeremito!...¡Mi Jeremito!...

*Más espacio*

Curra, con morbosa curiosidad, no se cansaba de preguntar a Rafael; y él describía el macabro hallazgo recreándose en los detalles: que estaba de medio lado cuando pudieron entre los dos quitarle la nieve de encima; que la nieve estaba muy dura y que a lo primero se valieron de un palo, pero que tuvieron que ir por una azada y un almocafre; que Florentina alargaba las manos y les pedía que "no le fuéramos a hacer daño a su Jeremito" y que esas palabras partían el corazón al oírlas.

-Tiene que tener muy buenos sentimientos.

-Sí, tiene que ser muy buena.

... que apareció el cuerpo del muchacho con el delantal arrollado en el pecho; que las botas de tan duras parecían hechas mismamente de madera; que la boca la tenía abierta y llena de nieve y que al quererlo levantar del suelo quedaron ~~las~~ *pelos* ~~pelambreras~~ de su cabeza en la tierra como sembrados en la nieve; que...

-No sigas, Rafael; pobrecito!- pero a pesar de eso, preguntó: -¿y los ojos? ¿cómo tenía los ojos? ¿abiertos o cerrados?

-Mira, Curra, para quitarles la nieve, tendríamos que habérselos arrancado.

-¡Jesús! ¡Jesús!

-Así que, con unos palos y unas sogas hicimos, como pudimos, unas parihuelas y entre los tres lo llevamos a la casa y... a esperar el deshielo.

-¡Jesús! ¡Jesús!

A mi me tocó enterar al Jeremías el triste asunto porque Joaquín se fue a San Ambrosio para hablar con el casero y pedirle ayuda, como así fue; el marqués ofreció su nombre para las diligencias.

-¡Qué bien!

No cesaba Florentina de ir de un lado para otro buscando las

## regüeldos

pertenencias de Jeremito apilándolas en una canasta.

Jeremías, <sup>estaba</sup> sentado en el sillón de olivo que él mismo hizo para su niño cuando llegaron al lagar de caseros; sobre el respaldo, la zalea para evitar el frío en los inviernos, queapestaba a borrego y a orines viejos del inocente, pero era el olor de su hijo y le parecía tenerlo al lado con su risa constante y la peste de sus regüelos; pero era la peste de su hijo y le parecía verlo moqueando y babeando; porque era su hijo y lo quería más que si hubiese sido una personal normal; era suyo y de aquella bendita mujer que lo hizo tan feliz el poco tiempo que vivieron juntos... También ha sido feliz con Florentina porque desde el primer día fue como si lo hubiera parido. Así está ahora como una magdalena y sin pensar en otra cosa que en la desgracia de Jeremito... ¿y si en vez del Jeremito hubiese muerto la Pepa?

Ella, la Pepa, lo sentenció cuando salió por la puerta; ella hizo que bebiera; ella los dejó <sup>a</sup> solos... ¿y si se hubiera quedado? A Jeremías se le va la cabeza; ¿a qué abismo se habría lanzado? La Pepa allí, con él, sin <sup>la</sup> madre! ¡Si parecía un diablillo con los ojos tan brillantes y calientes como la candela que ardía en la chimenea; y el fruncimiento de su hociquito, mismamente como si le pidiera un beso; un beso en la boca y coger sus caderas y apretarla sobre su cuerpo...

-Jeremías, ¿no oyes a las bestias en la cuadra? <sup>+ Ande!!!</sup>

→ Anda, llévalas el pienso mientras yo caliente una mijilla de café.

Se alzó Jeremías del asiento y callado se adentró en la casa. ¿Y de qué iba a hablar si sus pensamientos eran criminales? Si podía más el ímpetu de su deseo que el dolor por la muerte de su niño; si no la podía arrancar de su pensamiento; si la veía constantemente ante sí, aún sin querer pensar en ella; si aquel deseo era una fiera que le arañaba el corazón y hacía correr su sangre como si la volcase por una torrentera.

Había que resolver esto; había que resolverlo o él se quitaba la vida, porque para vivir sin su Jeremito y alimentando esta ansia, esta sed de sentir el cuerpo de la mocita poseído por el suyo...

Y que ella volvería de Los Lampazos de un momento a otro...; un escalofrío hizo que tropezara con el quicio de la puerta de la cuadra; la yegua saludó <sup>o</sup> agradecida por el banquete tan esperado;

Jeremías volcó la espuerta en el pesebre y comenzó a pasarle la mano por la cruz resbalándola hasta la grupa; un temblor de gusto, como un leve alboroto en la sangre de la bestia al sentirse acariciada, acompañó su cola con el vaivén de oleaje...

Jeremías entro despavorido en la cocina.

-Anda, Florentina, termina tú de darle el pienso a los mulos, y yo calentaré el café...

Le dio un puntapié al perro, otro al gato y volcó el puchero del café, lanzando una blasfemia; tiro la zalea, que había abrigado tantos años la espalda del Jeremito y la tiró con furia a la nieve del campo y allí quedó con los extremos rígidos al pie de un olivo como un extraño y sucio animal; luego, valiéndose solo de sus manos, deshizo el sillón, destrozó la madera, arrancó a puñados las eneas del asiento y amontonando todo en la chimenea prendió el fuego.

Más leña de la que permitía el hogar; unas maderas resacas y fragmentadas como grueso picón ansioso de culebrear entre llamaradas peligrosas que buscaban con rapidez el hollín del cañón; una pila de <sup>cenizas</sup> arenas rebasando los límites, buscando prender en la canasta cercana, en la silla, en el taburete; ya las trébedes había perdido la negrura de su color y las llamas lamían las paredes exteriores.

El gato había huido.

Aullaba y saltaba el perro corriendo de la cocina a la cuadra y de la cuadra a la cocina enloquecido avisando a Florentina.

-¿Qué pasa? ¡Dios mió, fuego...!- gritó Pepa que entraba en aquel momento con Candelita y su hermana.

Jeremías la vio y lanzó una horrible blasfemia saliendo de estampida al campo.

Florentina supo por fin del aviso que le daba Yodo; se sobrepuso ante el peligro, fue ordenando a las muchachas lo que tenían que retirar del alcance de las llamas.

La pelliza de Jeremito que estaba en la canasta fue aplastada sobre el fuego; vaciaron los cántaros de agua y aislaban las culebrinas asfixiándolas a golpes de zapatazos; el hollín no había prendido lo suficiente y el desastre no llegó a producirse.

-¡Madre, ¿qué ha pasado?

-Lo natural, Pepa, que el pobre Jeremías se ha desahogado,

que es una pena muy honda la muerte de un hijo y más como ha muerto Jeremito ;es para perder la cabeza!

*mas espacio*

La "estirada" casera de San Ambrosio fue a La Calandria en visita de pésame y Florentina se desahogó con ella: que desde la muerte del inocente el padre no hablaba si no palabras sin sentido y en casi todas nombraba a Pepa, hasta dormido la llamaba y un miedo muy grande la tenía aplastada día y noche, porque temía que le diera otro ataque de locura como cuando prendió fuego; <sup>vez</sup> ~~de~~ven cuando dice "ella lo mató".

-...no puede verla; cuando ella entra en la cocina él se levanta y sale sin mirarla siquiera; durante la recogida de la aceituna, con tanto trabajo, parecía más tranquilo... La verdad, Araceli, temo que ocurra algo malo otra vez porque él la odia; no estaré tranquila hasta que no esté en Córdoba con la señora marquesa.

-Puedes prepararlo todo para mañana mismo que tiene que ir el administrador en el coche... La señora marquesa ya sabe que iría un día de estos.

Al entrar Jeremías se cambió la conversación por la nieve, el deshielo, la cosecha tan buena de aceituna, la primavera que viéne con mucha fuerza....

El atardecer dio paso a la noche.

-A la paz de Dios- saludó Pepa que llegaba del huertecito con un canastillo lleno de verduras.

-A la paz de Dios- contestó el padrastro y comenzó parsimonioso a liar un cigarro sin levantar la cabeza.

Saltaba Yodo, jugueterón alrededor de la mocita y ella le tomaba mimosa el hocico; se agachó para acariciar al gato; la madre avivaba el rescoldo de la chimenea para calentar el potaje de garbanzos que les serviría de cena, y de pronto se esparció un grato olor que aumentó el apetito; el borbotar del guiso hizo fácil el silencio aplastante que reinaba en la casa y también en la mortecina luz del candil ayudó a borrar los trazos de desesperación en el rostro de Jeremías, los acuosos ojos de Florentina y el rictus de impotencia de Pepa.

Jeremías se retiró a la alcoba. Desde que supo que la mocita se iría a Córdoba no encontraba sosiego. Esta noche la tiene allí y tan vez se marcha al día siguiente, y ya para siempre; se irá

y no para casarse como pensaba su madre.

-... mi Pepa encontrará un buen esposo...

Y eso no lo podía escuchar; se irritaba más.

-¿Un buen esposo siendo hija tuya?

-Yo..., yo..., te tengo a ti- se atrevió a decir.

-Me casé contigo por mi avío, por mi Jeremito ¿cómo iba yo, a cargar por gusto con una espuerta de estiércol?

-Nunca te he faltado.

-Me faltaste con anticipo y la Pepa...

-Mi Pepa es decente.

-Hasta el momento, pero ya tú verás en Córdoba.

Y Florentina lloraba con enorme desconsuelo.

-...aquí debía quedarse bajo un techo honrado.

Y lloraba Florentina.

También él lloraba porque creía firmemente lo que decía: "Aquí, aquí debe estar", murmuraba dándose puñetazos en la cabeza y puntapiés al perro que se quejaba mirándolo con tristeza humana.

"Aquí no puede estar..."

"Aquí sí puede estar".

*esa* No. No podía estar Pepa. No podía estar sin que se volviera loco; esta era la cuestión y esta noche lo está comprobando. Había entrado con el cesto de la verdura al brazo, más hermosa que un sol; traía en su garganta (a la paz de Dios había dicho al saludar) la voz de todos los jilgueros del campo; despedía su cuerpo un olor especial de hembra; la pechera de pedernal, levantada para lucir la cinturita; no alzó la cabeza y fingió indiferencia liando el cigarro; ¿cuántas veces imaginaba que la tomaba con dominio de amo?; las caderas rotundas y sus movimientos y pasos por la casa, suaves como de gata y retozones como de potrilla. No puede resistir la molosidad de su voz ni el aroma de su cuerpo; aunque no la mire, la ve; y el ademán de sus manos al tomar la cuchara y el pan, lo siente en su carne y por eso apenas come y se levanta para ir a dormir.

A dormir aunque esté descansado; a dormir, aunque todos los poros de su cuerpo pidan ansiosamente la comunión con el otro y pueda morir sofocado de deseos *satisfechos*.

Luego, al subir las dos mujeres a los dormitorios y entrar Florentina en el de ellos, cerró la ventana que Jeremías había dejado abierta a pesar del fresco de la noche; entornó la puerta

de la habitación comprobando una vez más que no chirriaban las bisagras; buen ciudadano había puesto ella en esto, porque cada vez que Jeremías se levantaba para bajar a la cuadra a dar de comer a las bestias, ella despertaba sobresaltada y tardaba luego en coger el sueño.

-Te vas a enfriar, es mejor que te tapes... -y tiró de la cobertera hasta cubrirle el pecho.

Y él la dejó hacer simulando que dormía. Cuando ella apagó el candil y se metió bajo las sábanas, musitó sus oraciones y después, tras muchos y ahogados suspiros<sup>+</sup> parecía que el sueño y el cansancio le habían vencido. *había el sueño no fue así; le fue difícil el*

~~También habían vencido los instintos del varón:~~ Suavemente se deslizó de la cama y con sigilo anduvo hasta la puerta y la abrió. Escuchó: la respiración de Florentina era la normal del completo descanso. Dio unos pasos por la antesala y se paró junto a la puerta del cuarto donde dormía Pepa. Un cuartucho con una puerta sin cerrojo, sin pestillo, sin llave.

Todavía luchaban su carne y la razón; ganó la primera.

El cuarto estaba alumbrado por la mariposa encendida en el vasar; el catre cabe un crucifijo oscuro; Pepa suspiraba en sueños.

Imaginaba Jeremías con deleite a Pepa en su abandono!..; no consentiría nunca ;nunca! que ningún hombre baboseara el cuerpo que ~~ya era suyo.~~ *iba a ser suyo.* — X

Pepa gritaba llamando a su madre; se defendía a bocados y le buscaba los ojos con las uñas; Jeremías era de hierro y pesaba como plomo.

-¿Qué has hecho, canalla, con mi hija? -imprecaba Florentina abrazada a la muchacha-. Es como si me mataras, Jeremías ¿cómo podía suponer que harías esta infamia? ¿cómo no adiviné que tu rencor era fingido? -Maldita sea yo! ;Maldito seas! ;canalla! Y mi niña te respetaba como a un padre! ;Vete, vete, canalla que no puedo contenerme...!

Jeremías salió.

Florentina atrancó la puerta arrastrando una mesa y un banquillo y apagó la vela que había traído; las sombras del movimiento de su cuerpo paseaban por el techo engrandándose en las vigas.

-¡Hija! ;Pepa! Me voy a Córdoba contigo aunque sea para pedir limosna.

Se irían las dos; dejaría el campo para siempre; el trabajo era rudo y agotador; de seguir en el campo, pronto sería Pepa una vieja como ella, con falta de dientes, con pelos blancos y espalda vencida; eso era lo que daba la brieda con las cabras, los cochinos, las gallinas, y los mulos y los riñones doloridos de escardar la tierra y recoger aceitunas.

-Me voy contigo a Córdoba porque no quiero vivir al lado de un criminal- y abrazaba a Pepa entre sollozos y temblor.

-...nena, yo quise siempre ser decente y no me dejaron serlo.

-Lo sé.

-¿Y sabes quién fue tu padre?

-Sí.

-¡Tan canalla como Jeremías! Para tu padre una aventura sin importancia, para mí la vida rota...; ¡no me dejaron ser decente! Pero nene, aunque yo haya sido una mujer pública (he sido de todos, Pepa de mi alma) aunque haya sido todo eso, yo era en mi corazón pura y honrada...

Le contó todas sus humillaciones, dolores, sacrificios y amarguras; todo el asco de su vida; su servidumbre humilde a todas las personas para que le perdonaran su pasado; y contando horrores a la luz de la mortecina mariposa llegaron las incipientes claridades del nuevo día filtrándose por las mal encajadas puertas de la ventana.

Florentina entreabrió las maderas y se fueron las sombras y pudieron verse las dos; encogida y acobardada, la niña.

--¿Qué te hizo además, ángel mío?

-Me mordió aquí, y aquí, y aquí...- iba señalando cardenales y rastros de sangre.

Florentina maldecía y blasfemaba, loca, el pelo suelto, la camisa arrugada, descalza andando por el cuarto como una fiera enjaulada.

-¡Lo pagaré!...- y juró alzando en amenaza la mano al Crucifijo -¡Por estas!- formó una cruz con el dedo índice y el pulgar de la mano derecha y la besó -¡Juró que le haré pagar esto...!

Decidieron salir de la casa para ir a San Ambrosio; no dirían nada de lo ocurrido, de aquello no debía enterarse nadie; de momento ella, Florentina, quedaría en el campo y más adelante abandonaría todo, todo.

Entró en su alcoba para vestirse.

Y al salir: -El canalla está en la cuadra dándole el pienso a las bestias que no hacen más que dar patadas contra la pared.

Bajaron ligerísimas y salieron al campo, desde la explanada sentíase cocear las bestias y ladrar a Yodo; enfilaron la vereda que derecho las llevaba a la finca de los marqueses.

-No puedo andar, madre, me duelo todo- se quejó la niña.

-¿Te pusiste los trapos entre las piernas?

-Sí.

-Iremos más despacio, pero aguanta; ¡qué nadie se entere de la desgracia! ¿cuándo te tocaba ponerte mala?

Pepa dio unas fechas.

-Es posible que no haya consecuencias; ni en confesión cuentas lo que te ha pasado, nena; tú, para las gentes sigues igual de mocita que ayer.

Y luego, ya en San Ambrosio, confidencial le dijo a la casera: -¡Mira que la ocurrencia de mi Pepa!

-¿Qué le pasa?

-Que le ha venido el mes y algunas veces se pone mala, mira que cara tiene, como si no hubiera pegado un ojo en toda la noche.

-Pues es verdad y tú también estas ojerosa.

-Lo natural, Araceli, que me cuesta mucho trabajo separarme de mi hija.

-Pues quédate tranquila que va a estar muy bien mirada... ¡Ea, ahora a desayunar todos!

Después se acomodaron los viajeros en el coche; ella con su lió de ropa; el administrador con un pequeño cabás, *y las nietas con sus maletines*

Florentina solo tenía ojos y oídos para su Pepa: cara de Dolorosa, cara de mártir; el pelo recogido en apretado moño sobre la nuca, descubiertas las orejas adornadas con unos mezquinos aretes de plata; las ojeras agrandando los ojos tristes y enrojecidos; las lágrimas habían marcado surcos rojizos en las mejillas y alrededor de la boca; la boca de su Pepa que solo sabía reír y cantar.

Cuando arrancó el coche, pensó que le arrancaban la vida y presa de un nerviosismo incontrolable, sentóse en el poyo adosado a la fachada de la finca, sin que Araceli lograra calmarla.

Y más tarde, ya que el sol había impuesto su dominio, la gañanía para el tajo, los animales libres en pleno retozo, las

yervas dejándose robar sumisamente el rocío y los árboles ahilando la sombra en sus pies, se despidió Florentina de la casera. Le temblaban las piernas y le brincaba el corazón como un animal maltratado; creía que las fuerzas se le acabarían cuando se encontrase cara a cara con Jeremías.

Estaba decidida al encuentro y al silencio; a aparecer, olvidada de todo y cuando más confiado estuviese, abandonarlo para siempre; otra cosa no podría ella hacer, aunque el odio le hiciera pensar en la venganza, en la crueldad y hasta en matarlo; todo eso pasó por su cabeza como un ráfaga de viento. Como un mal viento.

Llegaría a la casa y como siempre le prepararía el desayuno; arreglaría la casa y los corrales, todo como siempre; como si hubiese sido un sueño ya olvidado.

La esperanza de ver pronto a su Pepa y confiar que la vil acción no dejaba huellas en su vientre, la fortalecía. Para poder seguir viviendo tenía que pensar que encontraría un hombre que la haría dichosa.

La puerta de La Calandria continuaba entornada, como la habían dejado al salir; el gato continuaba en la chimenea y enarcó el lomo cuando la vio; en los corrales, el alboroto diario.

También en la cuadra había ruido de coces sobre la pared y un ladrido lastimero de Yodo; pensó con lógica: Jeremías ha pagado su furor, como otras veces desde la muerte de Jeremito, con el perro y lo ha lastimado y él ha salido al campo, estaría debajo un olivo meditando su mala acción; no le ha dado el pienso a las bestias y ellas van a echar al suelo la pared a fuerza de patadas.

Fiel a su propósito de portarse como si nada hubiese cambiado, fue a la pajareta, llenó de paja una espuerta, se la echó al cuadril y mientras iba a la cuadra pensaba que Jeremías no tendría valor aquella mañana para encontrarse con ella y volvería del campo entrada la noche; le tendría preparada la cena.

Entró y volcó parte del pienso en el primer pesebre y cuando se disponía a vaciar en el otro le habló a la burra para que no se impacientara tanto y buscó con la mirada al perro que no cesaba en sus lamentos; se agachó para eso porque la pared de la bestia le impedía ver claramente el piso del suelo y vio que

← *completamente*  
sobre el cuerpo del perro pendían unas telas blancas que no lo cubrían; reconoció las telas y gritó; de un viga rodeado su cuello con una soga, oscilaba levemente, al soplo de brisa que empujaba por la ventana de la cuadra, el cuerpo sin vida y casi desnudo de Jeremías; solo mantenía en su sitio la burda camisa, porque los calzoncillos largos, amarrados los perniles a los tobillos, se habían descolgado de la cintura arrollándose en las piernas y sobre el lomo de Yodo.

Y corrió desolada y aturdida gritando:

¿Dónde ir? ¿Quién pudiera oírla?

Pasaban por las cercanas lindes, jornaleros del pueblo que iban con sus yuntas al trabajo; alguno la oyó y todos acudieron a su llamada.

Y fue de esta manera como un aventura sin importancia terminó en drama quedando Florentina nuevamente desamparada.

Fueron días terribles de papeles y de declaraciones, fue ayudada por la vecindad; la casera de San Ambrosio le brindó hospedaje, como también lo hicieron Joaquín y María y don Pedro el de Los Laureles. Sólo falló el "señorito" Gabriel al que le faltó tiempo para decirle que recogiera sus cosas que ahora irían a La Calandria nuevos caseros.

-¿Y te ha echado así como así?- se indignaba Araceli- ¿Y no te ha dado dinero para que te avies mientras encuentras otro acomodo?

-El dinero que ganamos en la aceituna todavía está intacto; por la burra, que era de Jeremías me da veinte duros, por las dos cabras otros veinte duros y se queda con las gallinas y los guarros porque dice que el pienso era suyo.

-¡Qué mala persona! Pero tú no te apures que la marquesa encontrará algo que te convenga.

-De momento me voy al pueblo, doña Dorita, la señora del médico me mandó recado para que vaya a verla... Me iré a mi casa, que, aunque de vez en cuando Jeremías le hacía unos arreglitos, de estar cerrada tiene que necesitar compostura.

-Te prestamos el carro y lo cargas con todo lo que te tengas que llevar.

Así, una mañana, como todas las primaverales, alegre y luminosa, salió Florentina de La Calandria, enlutada y triste; fue despedida por Araceli y acompañada por el carrero; éste la miraba compadecido mientras pensaba "¿Y esta mujer volvía locos

a los hombres? ¡Las vueltas que da el mundo! Ahora heredará su oficio la Pepa... ¡quién la pillara!

Y Florentina, mentalmente, se despedía de sus vecinos, como antes lo hiciera en persona; todos se habían portado bien con ella y a todos tenía que agradecer el respeto con que la trataban.

En aquellos campos había pasado los mejores años de su vida viendo crecer a su hija ¿qué le tendría reservado el destino?

Pasado el cortijo Moreno, en todo lo alto del montecito, rodeado de olivos que trepaban con firmeza hasta abrazar al caserío blanco, oyó la campana de la iglesia que tocaba a Misa y sintió que algo subía de su estómago a la garganta con ímpetu de escapada y escupió y fue consciente de que era una blasfemia aquel salivazo oscuro que cayó sobre las margaritas de la cuneta y la acentuó más, increpando, con fiera mirada a la espadaña que asomaba tímida sobre los pardos tejados:

-No quiero oírte, no quiero oírte... Si fuera verdad lo que predicas, no me pasaría lo que me está pasando...

La palabra injuriosa que dirigió al cielo, la escuchó el gañan. No se inmutó, solo dijo avivando a la bestia:

-¡¡Arre...!! ¡¡Arre!!

Puerto Real 967